



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

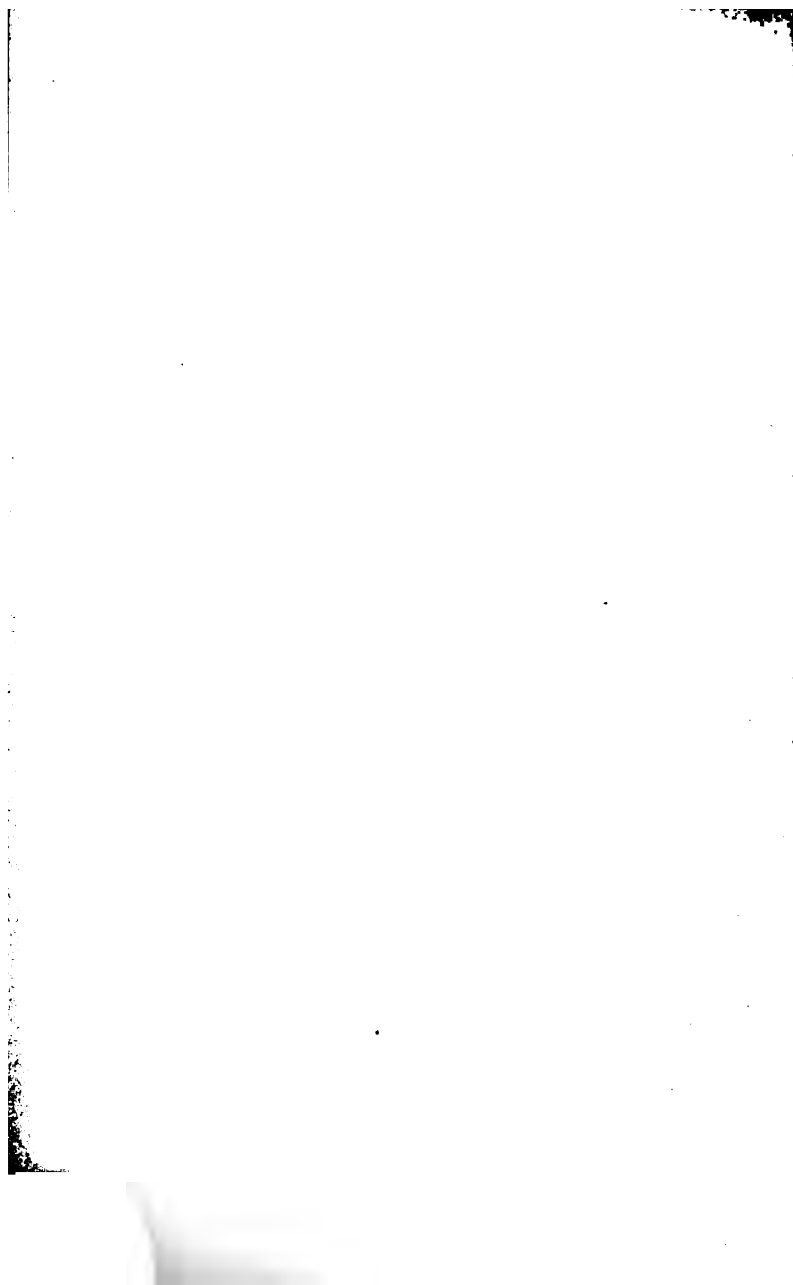
SAL 5609.131

Harvard College Library



BOUGHT WITH MONEY
RECEIVED FROM THE
SALE OF DUPLICATES





EL
DOCTOR TEMIS

TOMO SEGUNDO

AL
RIMAT 107000

CHATELAIN CHIST

0

JOSÉ MARÍA ÁNGEL GAITÁN

EL
DOCTOR TEMIS

INTRODUCCIÓN

Por JOSÉ MARÍA MALDONADO CASTRO

NUEVA EDICIÓN AUMENTADA

CON UNA NOTICIA

Por ISIDORO LAVERDE AMAYA

TOMO SEGUNDO

PARÍS
GARNIER HERMANOS
LIBREROS EDITORES

BOGOTÁ
CAMACHO, ROLDÁN Y TAMAYO
LIBRERÍA COLOMBIANA

1897

2AL5609.1.31



Confiscated money

EL DOCTOR TEMIS

PRIMERA PARTE

(Continuación.)

XXIII

LA JUNTA

Monterilla llegó donde la Daifa á tiempo precisamente que ella y su compañera rendidas de cansancio llegaban de Monserrate. Ya era por la tarde; mas eso no bastaba para que la Daifa se hubiese calmado: antes bien, llena de cólera y sentada en el patio de la casa, se quitaba el sombrero y le daba contra el suelo, inspirando con estos movimientos al pobre de Juan Cancio un miedo horrible, y excitando en Monterilla el furor que por su parte lo dominaba. Éste, sentado en una silla que estaba á la entrada de un corredorcito, preguntaba y repreguntaba á la Daifa la causa del mal éxito de aquella importante excursión. Ella no contestaba sino llorando de ira y maldiciendo al que tuviera la culpa de semejante contratiempo. Si hubiera sabido entonces que Juan

Cancio era el origen de todo el mal, no es fácil adivinar lo que hubiera preferido : si matarlo en el acto, ó martirizarlo lentamente, como juraba hacerlo con la Cisne cuando, según esperaba, volviese á caer en sus manos. Sin embargo, Juan Cancio, adivinando el motivo de tanto encono, disimulaba con mucha facilidad, andando de aquí para allí, pero volviendo siempre la espalda á Monserrate, hacia donde por nada de este mundo habría dirigido una mirada durante aquella escena.

La Daífa y Monterilla se reconvenían recíprocamente.

— ¿Cómo es posible, decía ella volviendo á golpear el sombrero, que vayan de esta suerte marchando todas nuestras cosas ? ¿que lejos de bogar con fortuna estemos peor de día en día ? Esa Cisne que se ha burlado hasta donde ha querido de mí que nunca me he dejado de nadie en este mundo ; esa Cisne que además ha causado de intento, pues no lo dudo, tantos perjuicios al Mordedor y á todos nosotros, en vez de sufrir el castigo que merece, está ahora en grande, riéndose de mí, en este mismo instante en que la furia me desespera. Esto es imposible ; y no sé cómo puede soportarlo una mujer como yo, rodeada de tantos hombres que se precian de tales, pero que al fin no hacen sino ofertas que ni aun piensan en cumplir : no lo digo por usted, señor Monterilla ; pero pese á Dios, que yo sola sería capaz hasta de asesinar á ese doctor

Temis que los tiene metidos entre un zapato, yo no sé por qué razón.

— No se impaciente usted, señora Daífa, decía Monterilla, que todo requiere calma y tiempo.

— ¿Cómo no me impacientaré, al ver á todos esos mojigatos riéndose hasta donde quieren de nosotros? Don Juan y Santiago en fiestas nada menos, muy divertidos; la Cisne á las mil maravillas en una casa grande; el doctor Témis paseándose lleno de orgullo, y Emilio al lado de su dama en gran tranquilidad... ¡Jesús! si no parece sino que con tal que sigan persiguiéndonos llegarán todos á príncipes. Entre tanto el Mordedor pasa el día en la cárcel, tal vez para salir al cabo á un establecimiento de trabajos forzados, y yo tengo aquí visita de la policía todas las noches, para coger á ese pobre de don Adolfo que ya no tiene quien lo proteja, y que, si por sus propias manos no hubiera matado anoche á ese viejo mequetrefe, sabe Dios dónde estaría hoy.

— Eso no, repuso Monterilla; y le aseguro de nuevo que dentro de bien poco las cosas no irán así.

— ¿Pero cuáles son esas providencias, replicó la Daífa, que se están tomando para mejorarlas? ¿está acaso la gracia sólo en anunciar que haremos, y tornaremos no obstante que ya lo estén ahorcando á uno y que nadie haga el menor caso de amenazas que nada significan, y de las que se ríen altamente?

— No tanto así, dijo Monterilla, que yo sé muy bien que el caballero Emilio está tan confundido,

que da lástima, siendo además muy cierto que la señorita Adelaida ha derramado ya sus buenas lágrimas previendo los trabajos que amenazan á su amante.

— Gran cosa es ésa por cierto, repuso la Daifa ; en tanto que la otra que importa más, se halla muy en grande.

— Eso puede ser sólo por un momento, señora.

— Y los otros, continuó ella, también por un momento, andan bailando y cantando sin hacer caso de nada, á pesar de que usted mismo ha dicho que son peligrosos, ó pueden serlo después.

— Déjelos usted, contestó Monterilla, que por lo que respecta á don Juan, ya caerá ; no hay para que hacer caso de él, pues cuento ya como si lo hubiésemos despachado, siendo bien seguro, por tanto, que no volverá á Bogotá. Mañana debe irse don Enrique, y ya se ha dispuesto el modo de lograr que don Juan se venga por la noche, probablemente solo ; pues Santiago, que está muy enamorado, no tiene tampoco á que volver aquí ; así es que solamente con nuestro amigo... aquel que usted sabe, pues por ahora no podemos disponer de más gente, tenemos lo bastante para que, emboscado en el camino, lo despache con la mayor facilidad del mundo.

— ¿Y á ese niño Enrique, repuso la Daifa, por qué no procuran emplearlo, cuando muestra tan buen carácter ?

— Él no es sino un auxiliar para mí solo, con-

testó Monterilla; y eso gracias á su rivalidad con Emilio, que es la que lo hace se preste á intervenir en algunas cosas muy menudas; pues para lo más grande no sirve absolutamente.

— Es que podían encargarle con provecho á ese señor Santiago.

— Santiago poco importa, con tal que no se aparezca á ayudar á alguno de los otros, pues yo no tendré trabajo en perdonarle por ahora el desprecio con que me trató.

— Mas... ¡ silencio ! dijo la Daífa interrumpiéndose al oír el ruido de uno que se acercaba.

— Sí: es bueno no conversar mucho estas cosas, añadió Monterilla en voz baja.

— Sin embargo yo creo que eso nada tendría de malo, replicó la Daífa, porque al fin no hablamos más que de esperanzas vanas é ilusorias.

— De esperanzas que habrán de cumplirse, dijo Monterilla á tiempo que se presentó en el patio el capellán.

Monterilla al verlo se paró con precipitación, se quitó el sombrero haciendo demostraciones de gran reverencia y acercándosele para saludarlo. La Daífa se paró también, siguiendo el ejemplo de su interlocutor, en tanto que Juan Cancio con el sombrero en la mano se arribaba al capellán para besarle el vestido. Aquélla, creyendo no cumplir debidamente con los deberes de la buena crianza, si no invitaba á este sacerdote á que entrase y tomase

asiento, lo hizo así; mas él, como debe suponerse, no aceptó esas atenciones, limitándose á llenar allí, no más, el objeto de su visita.

— Vengo únicamente, dijo dirigiéndose á la Daifa, con el fin de dar á usted aviso de que una muchacha que pertenece á esta casa se halla en Monserrate: yo querría que usted fuese por ella y la tuviese aquí, **hasta** que cierta familia decida con mi anuencia lo conveniente.

— Señor **doctor**, dijo Monterilla: ya la señora fué por esa muchacha **hasta** Monserrate, donde dos pisaverdes han tenido el atrevimiento de arrebatarla y cargar con ella.

— ¿No lo dije yo? repuso el capellán. ¿Conque no es uno solo, sino que son dos?... ¿Quién lo creyera!

— Pero lo más gracioso es, añadió Monterilla con semblante de admiración, que esos dos pisaverdes han colocado muy bien á la muchacha en casa de doña Gonzaga.

— ¿Cómo! exclamó el capellán. Eso no puede ser.

— No podrá ser; pero así es en efecto, dijo la Daifa; y espero por tanto que el señor doctor, como buen sacerdote, ayude á una pobre mujer en la empresa de recuperar esa muchacha á quien he criado, y sobre la cual tengo todos los derechos de madre.

— A lo menos, dijo el capellán, aquí es su casa, aquí debe por lo mismo vivir y de ningún modo en casa de Beatriz. No señor: eso no puede ser; por-

que no quiero tampoco que Beatriz tenga á su lado ninguna compañera, pues tal cosa no serviría sino para distraer á esa niña. Cuando yo no pienso sino en que olvidándose enteramente del mundo se incline á las monjas, es claro que no le conviene en manera alguna semejante compañía. No : todo mi trabajo se perdería sin remedio.

— Y esto es que no se tiene en cuenta, dijo Monterilla, que la Cisne es de un carácter diabólico que sólo la señora Daifa sabe tener á raya ; esto lo está viendo el señor doctor ; pues una muchacha que se fuga de la casa en que vive, donde nada le falta y aun se la trata como á señora, no puede menos de ser de malísimas inclinaciones.

— ¡ Pobre de esa señorita Beatriz ! dijo la Daifa : estoy segura de que, aun cuando sea un ángel, al lado de la Cisne será otra tal en ocho días.

— ¡ Jesús mío ! exclamó el capellán levantando los ojos : esto no puede ser.

— Y sobre todo, continuó la Daifa, yo reclamo á esa muchacha, y nadie en conciencia debe oponerse á que la tenga á mi lado y le dé una buena educación ; por el contrario, hago responsables á los que la protegen de todos los pecados que puede causar el encubrirle sus extravíos y el sustraerla sin derecho de la casa en que puede corregírsela.

— Tiene usted razón, repuso el capellán ; así es que puede contar con que de aquí á tres días iré á arreglar estas cosas.

— Mejor sería que fuera hoy mismo, replicó Monterilla.

— Hoy no conviene interrumpir la oración de la familia por el alma bendita de don Mateo ; pero de aquí á tres días pueden estar seguros de recobrar á la Cisne, pues no ignoro que sería ajeno del celo de mi ministerio autorizar tal compañía, cuando basta sólo, para que se pierda todo mi trabajo, que ella carezca del espíritu de devoción que yo, con la ayuda de Dios, he llegado á inspirar en Beatriz. No señor : esto no puede ser ; y ahí haremos lo más provechoso á la salud espiritual de todos y á la tranquilidad de mi conciencia.

Con esto el capellán se retiró, rezando por toda la calle para que Beatriz pudiera resistir, siquiera durante tres días, el contagio temible que debía comunicarle la Cisne.

Monterilla, volviendo á su asiento, continuó la conversación con la Daifa.

— Ya ve usted, decía riéndose, que la Cisne no está tan en grande como se creía, y que las esperanzas de que hablábamos son más que fundadas.

— Es cierto, dijo la Daifa algo menos irritada ; pero gracias sólo al capellán que nos ha venido ahora tan á propósito que ya no desconfío del buen resultado en esta parte. Por lo mismo, señor Monterilla, ahora que las cosas empiezan á mejorarse, conviene que ustedes trabajen con mayor empeño, pues, en cuanto á mí, si Dios vuelve á poner en mis

manos á la Cisne, aseguro que me las ha de pagar á toda mi satisfacción.

— Bien hecho será eso, que tanta insubordinación y tantas burlas merecen un castigo muy severo.

— Eso enséñemelo á mí, dijo la Daifa levantándose y dejando solo á Monterilla, quien se puso luego á pasear por el patio echándose al hombro el canto de la capa, y en actitud de meditabundo.

La noche se acercaba, y él desapareció tomando una de las senditas ocultas, por la cual se dirigió á su casa.

Esta era una especie de sótano situado en una calle tenebrosa, y confundido entre las casas sinietras que se ven por aquel lado.

Allí llegó y se quedó encerrado sin que se viese entrar á nadie más hasta muy tarde de la noche, cuando la luna se había ya ocultado, hora en que fueron llegando poco á poco algunos personajes misteriosos que entraban sin hacer el menor ruido, pues que las puertas apenas estaban entornadas. Aquellos sitios, que son muy solitarios y oscuros aun durante el día, lo estaban en extremo esa noche, no viéndose absolutamente ni gente ni animales de ninguna clase.

Ya que llegaron todos, á excepción del asesino de don Mateo, que lleno de alarma no se atrevió á salir esa noche todavía, se reunieron en un aposento bajo, de figura de caverna, donde, alumbrados por un candelil lúgubre, se sentaron con gravedad. Mon-

terilla, ocupando como presidente el asiento más distinguido entre ellos, les dirigió la palabra en estos términos :

— Señores, la Dai'a acaba de quejarse ante mí con aparente razón, porque ve la insuficiencia de nuestros pasos para escapar de la justicia y arruinar á nuestros perseguidores, quienes por donde quiera, llenos de orgullo y desvergüenza, se burlan de nosotros hasta el extremo de estar los unos bailando en las fiestas, y los otros gozando aquí de una tranquilidad que nuestra compañía no alcanza á turbar. La Dai'a sólo ha creído laudable la acción que la otra noche ejecutó con admirable valor nuestro nuevo socio el distinguido don Adolfo, á quien le cupo la gloria de libertarnos de uno de nuestros enemigos, por desgracia el más pequeño. El orden de las cosas, pues, ha señalado ya con este primer hecho el camino que debemos seguir, pasando gradualmente de lo más pequeño á lo más grande. Ésa es precisamente mi opinión, y me cabe la honra de someterla á vuestra consideración.

— Es buena, dijo uno á quien llamaban Solimán.

— Muy buena, dijo otro que se distinguía con el nombre de Oropimente.

— En consecuencia, pues, continuó Monterilla, debe seguir en la jerarquía, para pagarnos el tributo legítimo, don Juan de Oliva, enemigo pequeño también, pero que puede llegar á ser muy grande. El señor Oropimente es el encargado de esta proeza,

dejándosele íntegro todo el botín en recompensa de su adhesión al comunismo que la época predica, y del talento admirable con que sabe sostenerlo. Mañana marchará don Enrique, mi cooperador, para las fiestas; y según lo acordado anoche, ya se ha visto será indudable que, inmediatamente que llegue, habrá de salir don Juan solo para Bogotá. Oropimente se colocará en aquel sitio que con tanta elocuencia le cupo la satisfacción de describirnos en la última junta. Allí nos libraré de ese débil enemigo.

— Muy bien, dijo Oropimente. ¿Quién sigue en la jerarquía?

— Sigue, dijo Monterilla, la Cisne.

— Respecto de ella, repuso aquél, debe hacerse lo que se acordó desde anoche y que fué lo aprobado por todos unánimemente.

— No, replicó Monterilla, porque las cosas han variado mucho acerca de este artículo, el que por tanto viene á ser esta noche el objeto quizá más grave de que tiene que ocuparse la junta. La Cisne nos ha sido hoy arrebatada por dos de sus protectores, enemigos nuestros, cuando la Daifa fué por ella á Monserrate. Mas ya se sabe que esa joven está en casa de don Mateo, y la Daifa espera que el capellán la ayude á recuperarla.

— Nada de capellán, replicó Oropimente.

— Corriente, exclamó Solimán. Y yo propongo que se empleen otros medios para apoderarnos de la Cisne, haciendo que vuelva al poder de la Daifa.

— ¿Cuáles pueden ser esos medios? preguntó Monterilla.

— Indicaré los que me parecen por ahora más fáciles y seguros. Dos de entre nosotros deberíamos presentarnos una de estas noches en casa de doña Gonzaga, y apoderarnos de la Cisne, bien fuese por medio de algún artificio, bien por la fuerza si la maña no bastare.

— Muy bien pensado, dijo Oropimente; y tanto más, cuanto que, no habiendo en esa casa sino mujeres solas, y aun muy pocas, apenas pueden oponernos resistencia.

— Eso es exacto, añadió Solimán.

— ¡Brillante idea! exclamó Monterilla; y por mi parte pido que se apruebe.

Entonces éste, que se reservaba acerca de la Cisne otros proyectos secretos, abrió el libro de acuerdos de la junta, escribió en él durante un rato de silencio, pasado el cual preguntó á la junta si firmaba; y no habiendo replicado nadie, sancionó el acuerdo con su firma.

— Sigue en la jerarquía, continuó cerrando el libro, el caballero Emilio.

— Yo quiero, gritó Solimán, que Emilio muera; y me encargo desde ahora de la ejecución de este acuerdo.

— No, señor, dijo Monterilla. Emilio no morirá hasta que haya sido miembro de esta junta. Si bien se considera, se verá que él no es vuestro enemigo,

y que en nada os ha ofendido : sólo yo tengo razón para quejarme de él y para vengarme cuando lo tenga por conveniente. Así es que me opongo abiertamente á todo cuanto tienda á ofenderlo, y extraño que olvidéis tan fácilmente el interés que en su conservación tiene don Adolfo. Además ya está acordado anticipadamente que el objeto principal de la compañía respecto de ese joven es el de hacer que venga también á figurar con el tiempo como miembro de esta junta.

— Mas yo voy observando, dijo Solimán, que eso es muy difícil.

— No lo es tanto, repuso Monterilla ; y puedo aseguraros que vendrá tan luego como esté infamado, perseguido de todos, despreciado de Adelaida y lleno de desesperación : en una palabra, cuando sepa aquello que habéis acordado anoche y se le revele en la primera ocasión oportuna, la que hasta ahora habéis juzgado pueda presentarse la noche del concierto en la Sociedad filarmónica.

— Emilio, repitió Solimán, debe por lo menos ser castigado como enemigo nuestro, pues lo es en efecto, según lo manifiesta aquella carta.

— No, contestó Monterilla : Emilio no escribió esa carta. Sin embargo bien castigado queda procurando que viva, hasta que, siendo miembro de esta junta, llene las funciones que desde el principio acordasteis imponerle, cuando, sometido ese papel á vuestra consideración, resolvisteis se clavase ahí donde

está en esa pared, para que cuando Emilio sea nuestro colega y portero de la compañía, apague sobre esa carta este candil todas las noches al cerrarse la sesión.

— Pero supongamos, dijo Solimán, que no se logre todo eso, ¿qué se acuerda hacer con Emilio en semejante caso?

— No sé, repuso Monterilla; pero, sí, os recordaré que los acuerdos de la junta no pueden revocarse; y el que dispone se conserve á Emilio para que sea nuestro colega está firmado por mí, como presidente, y es necesario procurar se lleve á efecto.

— Pido, pues, que ese acuerdo se adicione, dijo Solimán; y la adición debe concebirse en estos términos: « Si fuere al fin imposible atraer á Emilio Castelví, se tratará de hacerlo morir para vengar á la compañía de los insultos irrogados á ella en la carta de este joven. »

— Considere la junta con la madurez que corresponde, dijo Monterilla abriendo el libro, esta adición de Solimán.

Luego, previa la fórmula de estilo, escribió y firmó el acuerdo.

— Mas yo quiero, añadió Solimán, que no se mate siempre como se mató la otra noche: eso es muy peligroso; y pido se extienda un artículo prohibiéndolo, á menos que no sea en caso de necesidad comprobada ó evidente, y que sólo sea lícito quitar la vida haciendo previamente que quien debe morir

salga de Bogotá, para que, matándolo en un camino solitario, como debe hacerse mañana con don Juan, se pueda echar el cadáver al primer río que se encuentre, y correr la voz de que el muerto es alguna persona ahogada por desgracia.

— Yo también pido, añadió Oropimente, que se agregue ser lícito aprovechar para el mismo objeto las ausencias que se hagan voluntaria ó casualmente.

— Eso se entiende implícitamente, decidió Monterilla.

Y tomando el libro, escribió y firmó igualmente este acuerdo.

— Resta por último en la jerarquía el doctor Temis, continuó luego cerrando el libro.

— Eso me toca á mí, dijo el Mordedor (que como se recordará, salía todas las noches, pero que no hablaba jamás en la junta sino cuando directamente le importaba la discusión). Yo creo que si el doctor Temis se encarga de mi defensa, debe ser perdonado. No sólo eso : del primer botín que ganemos en nuestras empresas, debe separarse una cantidad en oro para remunerarle su trabajo, según es de justicia, y para que yo pueda darle las gracias como corresponde.

— Soy de la misma opinión, dijo Monterilla, porque nada es más justo, siempre que á mi solo se atribuya la gloria de esa defensa, como está acordado.

Y tomando otra vez el libro, firmó el último acuerdo de aquella sesión.

— Van á dar muy pronto las dos de la mañana, dijo después, y por consiguiente es la hora de que empiece á ejecutarse el acuerdo de anoche, en el que se dispuso el modo cómo deben irse preparando las cosas respecto de Emilio, para que Enrique pueda marchar, como lo desea, á las cinco de la mañana, instruído ya de los sucesos misteriosos cuya noticia debe llevar á la gente que está en las fiestas.

— Muy bien, dijo el Mordedor; al efecto traigo ya bien preparados mi disfraz y mi tiple.

— Que se disfrace el Mordedor en nuestra presencia, dijo Solimán, con el fin de ver si queda en la figura que conviene para atërrar á Emilio, pues de lo contrario la farsa viene á ser ridícula y no sirve al intento de disponerle bien la imaginación y hacer más eficaz el éxito de la revelación que ha de hacerse la noche del concierto.

El Mordedor entonces sacó un disfraz que tenía por objeto hacer una figura aterradora y misteriosa. El disfraz quedó aprobado por la junta, y el Mordedor, antes de irse á la cárcel, se encaminó con su tiple para la esquina de la casa de Emilio.

XXIV

LAS FIESTAS

En la noche que tuvo lugar la junta de que acabamos de hablar, se trataba particularmente por los enemigos de Emilio de hacer que sucediesen algunos acontecimientos misteriosos y alarmantes acerca de él, para que, cuando Enrique al día siguiente llegase á las fiestas, fuese provisto, aunque sin saber él mismo el objeto, de noticias tales que, al oírlas, don Juan emprendiese inmediatamente su viaje para Bogotá.

En efecto al día siguiente partió Enrique para las fiestas, andando muy aprisa, no sólo á favor de la celeridad de su caballo y por la vanidad que cifraba siempre en hacer rápidas jornadas, sino también porque, agitado con la idea de los sucesos que sabía haber acaecido la noche anterior y de cuyos detalles fué instruído oportunamente á virtud de disposiciones adoptadas al efecto por Monterilla, deseaba vivamente ser el primero que daba en las fiestas aquellas noticias, para tener el gusto de llamar

por este medio la atención y hacer interesante su llegada.

Algunas horas después de Enrique partió también Oropimente, para apoderarse con tiempo de su sitio señalado y aguardar el indudable tránsito de don Juan por aquel punto.

A la una del día llegó Enrique á un paraje desde el cual se divisaba el lugar de las fiestas, que comenzó por ofrecerse á sus ojos, primero reflejando los rayos del sol sobre los toldos blancos que, formando una multitud de tiendas campales, aumentaban el caserío de paja que alojaba la población. Después empezó á ver también algunos grupos de señoras que ándaban de paseo, y gentes á caballo que corrían por diferentes partes. Todo esto le reanimó el deseo de llegar pronto, lo que acaso no era muy conveniente á los intereses del congreso de Monterilla; pues, si don Juan alcanzaba á salir muy temprano, todo se malograba.

Enrique llegó á la plaza del lugar á tiempo que casi toda la gente de las fiestas estaba en el baño ó en el paseo; de modo que apenas encontró algunas señoras que, sentadas á la sombra de los árboles, parecían cansadas ya de la alegría y sustraídas de ella; á varios vecinos que andaban en la plaza disponiendo con mucha actividad la refacción de la cerca para la corrida de toros, y á otros que, subidos sobre los tablados, y andando en actitud encorvada, por la poca elevación de la cubierta, disponían y

arreglaban las colchas ó el laurel que debían adornar los claros y las columnas.

Enrique se encontró por allí con don Alejo, que andaba á pie recorriendo la plaza y dictando órdenes que, según la expresión de su fisonomía, parecían relativas á graves y serios asuntos, pero que sin embargo no tendían á otro fin que el arreglo y policía de las fiestas. Don Alejo con mucha atención se acercó á saludar á Enrique, deteniéndole el caballo por la brida y elogiándolo mucho, á la vez que lo miraba de arriba á abajo y observaba el sobresalto que manifestaba el hermoso animal al ver llegar los manojos de laurel con que un niño desde el tablado inmediato, en que de rodillas se reclinaba sobre el antepecho, le tiraba para espantarlo y hacerlo brincar.

Don Alejo muy cordialmente ofreció su casa á Enrique; pero éste, que no quería proceder á dar sus noticias porque la escena no era suficiente para ello, se limitó á preguntarle en qué casa estaba alojado su amigo Anselmo y dónde se hallaban á la sazón él y toda la gente de Bogotá.

— Anselmo se ha alojado en aquella casa, le respondió don Alejo señalándosela; pero actualmente está reunido con toda la gente que se fué á pasear y que ya debe volver, porque son las dos de la tarde.

— ¿Con ellos estará también don Juan?

— No, señor : él y Santiago se fueron solos á pasear por otra parte; ambos han estado insufribles

en estas fiestas, y don Juan particularmente no ha pensado sino en volverse para Bogotá, de tal modo que ha costado mucho trabajo detenerlo.

— Me voy pues á buscar á Anselmo ó á otros amigos, dijo Enrique picando el caballo para irse antes que don Alejo empezara á exigirle noticias de Bogotá.

Al volver la esquina alcanzó á divisar á mucha distancia una gran partida de gente que venía aprisa y muy alegre, con la que á pocos momentos afrontó, y quitándose el sombrero saludó en general. Fué recibido en ese grupo animado con gritos estrepitosos que todos los jóvenes que allí venían, amigos y no amigos suyos, se empeñaron en lanzar, porque hacía rato les estaba haciendo falta un dominguillo con quien desahogar su rebosante buen humor. Este recibimiento, tan entusiasta y lisonjero para él al estar todavía á algunos pasos de distancia, vino á serle casi funesto cuando, algo más cerca, é intentando la mayor parte de los jóvenes salirle al encuentro velozmente para abrazarlo desde á caballo en medio de la carrera, se vió en alternativos riesgos, de los cuales pudo escapar los primeros, hasta que al fin vino á tierra entre otros, que, habiendo caído en el encuentro aquí y allí, daban su golpe por muy bien empleado, con tal que los demás se rieran y los tuvieran por gente de humor.

Mientras Enrique logró desembarazarse de semejante arremetida, las señoras, que iban á la carrera, llegaron con los demás á la plaza, sin cuidarse de

los que quedaban por el suelo ; cosa que, en concepto del presuntuoso Enrique, no pudo depender sino de que les había disgustado mucho que le hiciesen sufrir un porrazo en ocasión que su presencia deseada las había agitado extraordinariamente.

Levantándose después para montar, vió venir muy cerca cuatro jóvenes que se habían quedado atrás, y que andaban no muy aprisa, trayendo en la mano sus respectivas botellas ; uno de ellos era Anselmo, que venía en un caballo fatigado, con Ricardo y otros amigos recíprocos y comunes.

— ¡ Vamos ! Enrique, ¡ qué simple eres ! le dijo Anselmo meciéndose sobre el caballo y con una cara en que las cejas trataban de levantarse cuanto los párpados por su parte se cerraban. ¡ Qué simple ! ¿ No es verdad ?... ¿ Para qué estás caído ?... Mira : mejor es que *montes* en esta botella... ¡ Bien ! monta, añadió destapando la botella y tratando de ponérsela á Enrique en la boca, repitiéndole que *montara*, en la creencia de que la decía que *tomara*. Monta, hombre, mira que está muy bueno.

Enrique no podía contestar, porque los otros repetían la misma invitación, y él con mucha docilidad se ocupaba en admitir á cada uno su respectiva oferta. En tomar se pasó un rato hasta que rogó que lo dejaran ir, porque las señoras lo esperaban.

Anselmo debía hallarse ebrio desde antes de montar, porque su caballo estaba enjaezado solamente con una jáquima ordinaria, el galápago sin estribos,

y hacia atrás llevaba cuatro docenas de voladores, de los que desde el principio se olvidó completamente por la misma causa que ya iba Enrique olvidándose de sus noticias y de Bogotá. Al fin éste consiguió montar, bien que Anselmo entre tanto se quedó derramando el aguardiente en el suelo por imaginarse que lo recibía la boca de su amigo.

— Vámonos, dijo éste ya montado y viendo á Anselmo quieto con la botella boca abajo.

— ¿Luego ya estás á caballo? preguntó él.

— Perfectamente, contestó Enrique.

— Llévame entonces por el cabestro, le dijo su ebrio amigo; pues que este animal está borracho, y no puedo hacerlo caminar aprisa como lo exige nuestra edad.

Enrique, obedeciendo, tomó por el cabestro el caballo de Anselmo, y siguieron todos para la plaza, en la que ya las señoras se habían desmontado y se divertían en diferentes cosas.

A tiempo que llegaron Enrique y sus compañeros, en la mitad de la plaza bailaba torbellino el cura vestido con su sotana y su sombrero de paja medio ahumado: la pareja era Baciliza, que, con el cabello suelto por venir del baño, daba con agilidad las vueltas acompasadas no sólo por dos sonoros tiples que dos vecinos tocaban á su lado, sino también por las palmaditas de don Sandalio, que, haciendo piruetas al rededor, repetía riendo á carcajadas:

. — Por aquí, Baciliza: vamos á entonar la *alleluya*.

— ¿Qué es aquello? preguntó Anselmo al divisar el baile.

— Que Baciliza está diaconando, gritó Ricardo sentado sobre la cerca.

— ¿Y qué tal sabe diaconar Baciliza? preguntaba Anselmo acercándose á Ricardo.

Mas éste sin hacerle caso exclamaba :

— ¡Qué dejen á Baciliza de coadjutora, porque tiene los cuatro grados y está tonsurada!

— ¡Mentira! decía don Sandalio.

— Me consta, porque tengo los despojos de la tonsura, gritaba el otro.

— Que se quite el Padre, exclamaba Anselmo acercándose al cura: yo soy, señores, el excusador del curato.

— No tal, gritaba Ricardo; que yo soy el verdadero sota-cura.

— Entonces yo echaré el vino, dijo Anselmo acercándose más al cura con una botella destapada para hacerlo tomar.

— Me gustan, gritaba Ricardo, los acólitos del torbellino... ¡Baciliza! ¡Baciliza! Voy á numerar al cura: le toca el número 20, y es el amante de coro.

Entre tanto el cura, con la tentación de la botella, se vió en la necesidad de acabar su torbellino, separándose del puesto para irse con Enrique á los fogones en que se estaban asando unas terneras. Entonces Ricardo montó en el caballo de Enrique, hizo montar á otros muchos en los que había ensillados,

y principalmente á doña Leoncia, para que capitanease una cuadrilla é improvisasen unas carreras, que al momento, á pesar del grave riesgo que corría la madre de Baciliza, empezaron con mucha animación y contento de la multitud, y con el mayor desorden en los cuadrilleros de ambos sexos.

Poco después reaparecieron el cura y Enrique con sendos perniles en la mano, é improvisaron otras carreras por fuera de la cerca, persiguiendo á las damas de un modo muy agradable para untarles la cara con la grasa de la carne. A ejemplo de estos dos, se fueron presentando en breve otros muchos, mientras que las señoras, armándose igualmente con pedazos de carne ó con manotadas de ceniza, trabaron un combate muy bullicioso y festivo, durante el cual gritaba el cura y repetía don Sandalio:

« ¡ Viva la civilización ! ¡ Viva el buen humor !
¡ Viva la ceniza de adviento ! »

Las cuadrillas de á caballo, observando que se quedaban sin espectadores, se acabaron de un modo muy frío ; y los dos cuadrilleros Ricardo y doña Leoncia se fueron á buscar á Baciliza, á quien apenas pudieron distinguir cuando la encontraron con la cara toda engrasada y en la necesidad de volver á bañarse.

Con esto se fueron todos muy contentos á comer, mientras llegaba la hora en que debía comenzar la corrida de toros, para la que ya estaba dispuesto todo del mejor modo posible.

Entre tanto don Juan y Santiago, que, como se ha dicho, se fueron ese día á pasear solos por puntos retirados llevando sus provisiones para no volver hasta muy tarde, estaban sentados á la sombra de unos árboles, ofreciendo un cuadro lánguido y melancólico.

-- No se abata usted, decía don Juan á Santiago, por una mujer que probablemente no le ha inspirado más que una ilusión pasajera, por una mujer que no ofrece otro incentivo que las esperanzas con que engaña, y á la que no es posible amar por ninguna razón justificante.

— ¿Es decir, don Juan, que usted, sí, cree que Baciliza se ha conducido indignamente?

— ¿Y quién puede dudarlo?

— ¿Mas por qué mostrará Baciliza ese carácter?

— Porque tiene muy mal corazón y no ha recibido una educación elevada; porque su sociedad es ruin y vulgar, y sobre todo porque tiene la flaqueza de ser muy vana, y la tontería de cifrar su vanidad en que la vean amada por un número abundante de jóvenes, sin advertir que el número de amantes es el termómetro no de la belleza y del mérito, sino del descaro con que se prodigan las esperanzas violando el decoro para comprar con él las galanterías despreciables de algunos ociosos...

— No diga más, don Juan: eso es muy doloroso para mí. Yo creo, á pesar de todo, que Baciliza es disculpable, y que puede ser que amando al fin de

veras á alguno de sus pretendientes, me elija á mí, que tanto lo merezco por la sinceridad con que la amo.

— No sería imposible eso, en verdad, dijo don Juan; y aun creo haber presenciado algunos rasgos que me inclinan á pensar pueda ser usted el amante que ella prefiere.

— Repítame eso, don Juan, que tales palabras me hacen feliz.

— Tanto peor entonces, pues no quiero lisonjear su pasión, porque mi amistad la condena, y, lejos de alimentársela, debo procurar extinguirla.

— No sea usted cruel, que yo le prometo que sin necesidad de eso, olvidaré á Baciliza, pero poco á poco, no así repentinamente, pues eso es como matar algo que uno mismo ha creado, algo que le es muy querido y muy sensible.

— Pero que debe morir, porque es un algo que desde que nació está condenado á muerte.

— Sin embargo, ser uno mismo el verdugo...

— No, señor: quien está encargado de matar su mal colocado amor, es sólo Baciliza. A usted no le toca sino ser dócil, servir de cadalso y dejarlo morir.

— No, don Juan: tal vez Baciliza me ama. Cuando regaló en mi presencia la rosa que le dí; cuando oí que dijo á Ricardo las mismas expresiones de afecto que acababa de decirme, y á don Sandalio las que había dicho á Ricardo; cuando vi que le decía á Anselmo secretos que lo lisonjaban y observé que

bailó con el cura toda la noche; en una palabra, cuando yo me mostré disgustado por su ligereza, ella me pareció muy triste. No, don Juan, estoy seguro de que Baciliza ha tenido hoy un día amargo. Permítame usted la franqueza de hablar cual si estuviera solo : no puedo creer que Baciliza no haya llorado hoy ; tal vez no habrá ido al paseo, pensando en que ha ofendido á un amante tan leal como yo, tan apasionado y sincero. ¿ Cómo no ha de sufrir mucho, al observar que no he procurado verla, ni presentarme en la sociedad en que ella está, después de haberla mirado anoche con tanta indiferencia ? Todo esto ha debido causarle una profunda pena, aunque fuera muy insensible, tal vez, aun cuando no me amara, porque perdía un amante del que se ha mostrado muy contenta ; pues si yo me resolví á hablarle con franqueza, fué sólo movido de la ternura de sus miradas y de algunas expresiones afectuosas que avanzó, cual, si habiendo adivinado mi amor, hubiera querido dejarme conocer que estaba pronta á aceptarlo con gratitud. ¿ Cuántas veces no me dijo que yo le parecía inconstante ? ¿ cuántas no me repitió que tal vez me gustaba Mariquita y que yo la prefería?... ; Don Juan ! convenga usted en que Baciliza además se ha manifestado algunos ratos muy triste : ¿ qué habrá sido hoy, después de haberla mirado anoche con tanta indiferencia y tratado intencionalmente con más galantería á Mariquita ? Tan seguro estoy de que Baciliza ha

llorado en este día, como puedo estarlo de mi propia pena.

— Quizá, dijo don Juan : he oído asegurar que algunas de estas mujeres suelen fijarse.

— ¿ Y por qué Baciliza no ha de haberse fijado en mí ? Don Sandalio es un estólido, Anselmo un disoluto, Ricardo no la quiere y se burla de ella...

— ¿ Y se sabe, preguntó don Juan, si el catálogo se acaba con usted ?

— No sé, por lo menos, que Baciliza tenga otros amantes.

— Aunque los tuviera, repuso don Juan, si es usted el preferido, poco importa que el escuadrón tenga una compañía de más ó de menos.

— ¡ Oh ! si ella me amara, exclamó Santiago, ¡ cómo volaría yo á pedirle perdón y jurarle nuevamente mi amor ! En verdad, don Juan, no debo afligirme todavía : tengo aún muchas esperanzas. Ya me imagino que esta noche, cuando entremos á la sala del baile, estará Baciliza triste, taciturna y pálida... Sí, no hay duda, va á presentarse, sin remedio, con las señales del estrago causado por el pesar. ¡ Pobre Baciliza ! He sido harto cruel ; pero ella se pondrá contenta... bailaremos, haremos las paces... ¡ Oh ! don Juan, ¡ qué felicidad !

— ¡ Envidiable ! Santiago : sus amores son una delicia que provoca.

— Es verdad ; lo que tiene es que yo soy excesivamente celoso, don Juan : de ahí proviene toda mi

desgracia. Mas esta noche voy á decir á Baciliza que eso mismo le debe probar la grandeza, la dignidad y fineza de mi amor : ella me comprenderá, porque es también tan celosa que se disgustó la otra noche conmigo, sólo porque le serví á Mariquita un vaso de agua. No, don Juan : Baciliza me ama, y yo debo pedirle perdón.

— Por mi parte, celebraré mucho que se reconcilien, pues tengo experiencia de que las ilusiones de esa especie se calman y aun concluyen con una reconciliación posterior al desengaño.

Durante esta conversación, don Juan y Santiago, aun cuando estaban á mucha distancia del lugar, alcanzaban á oír la gritería y los cohetes que denotaban el bullicio en la plaza y la corrida de toros en que se divertía la gente. Santiago se imaginaba que Baciliza estaría echándolo menos, y esta idea lo congratulaba, aunque de un modo muy amargo. Ya era bastante tarde, y don Juan invitó á su triste compañero á que regresasen.

Cuando llegaron al lugar, casi era de noche ; por lo que apenas tuvieron el tiempo necesario para vestirse como convenía á la función del baile, en la que no les fué posible presentarse hasta después de haberse bailado la primera pieza. Cuando Santiago entró en la sala, Baciliza, lejos de estar triste, pálida, y retraída como su inexperto amante se había imaginado, estaba colorada, alegre y festiva, rodeada de Anselmo, el cura, don Sandalio, Ricardo, Enrique y

otros muchos que, formando á su rededor un círculo alegre y numeroso, apenas dejaron á Santiago distinguirla desde lejos. Todos pedían á Baciliza valeses y contradanzas y se disputaban el orden en que debían bailar con ella, que, fingiendo confusión, los miraba alternativamente con esos ojos esperanzantes que decía don Juan, y que se fijaban con dulzura y expresión en cada uno de los corifeos, incluso el cura. Todos le daban celos con diversos personajes ausentes, cuyos nombres jamás habían llegado á oídos de Santiago, de quien absolutamente nadie se acordaba allí. Este se persuadió entonces, con horrible pesar, de la insensatez de sus ilusiones, y sintió que en su corazón agonizaba alguna cosa que lo hacía agonizar á él igualmente. Imposible le habría sido dar un paso de baile aquella noche, aunque don Juan le advertía que su papel iba á ser el objeto de la risa general, si no trataba de sobreponerse á tan ridículo sufrimiento.

Enrique, en el corrillo galante, no se acordaba ni de Bogotá ni de cosa alguna que no fuese las fiestas ó Baciliza, Anselmo ó las botellas. Mas don Juan, luego que lo vió, dejando á Santiago, se le acercó, le dió un golpecito en el hombro, y tomándolo del brazo lo arrancó del corrillo para ponerse á pasear con él por la sala mientras se tocaba la otra pieza.

— ¿Qué ha dejado usted en Bogotá? le preguntó con interés.

— ¡ Hombre ! exclamó Enrique parándose. He de-

jado cosas admirables...; Anselmo!; Ricardo! Venid todos aquí, que voy á referiros sucesos muy curiosos.

Al oír esta invitación abandonaron á Baciliza, creyendo que algo muy importante tendría que decirles Enrique.

— ¿Saben ustedes, continuó este, que han vuelto para Bogotá los tiempos de los espantos?

—; Vaya una simpleza! exclamó Ricardo volviéndose donde Baciliza.

— Ven, Ricardo, repitió Enrique: mira que es cierto cuanto voy á referir; te aseguro que hay brujas en Bogotá, y que anoche mismo se han aparecido.

— Me alegro, dijo Ricardo; pues me gustan en extremo los espantos, y quiero á las brujas como buen galán que mira en ellas las coquetas célebres del siglo diez y ocho.

—; Buenas muchachas y bonito nombre! exclamó Anselmo: si vuelven las brujas, protesto que me caso con la más redonda.

— Y yo con la más larga, dijo don Sandalio.

— De ésas fué la de anoche, continuó Enrique, era más larga que el padre cura, y le dió un gran susto á Emilio.

—; Qué sabe usted de asustar! repuso don Juan, ¡sería capaz Emilio de asustarse con algún mamarracho!

— Pero es que advierta usted, don Juan, que el mamarracho hablaba, y tenía puñal y tiple: el mamarracho probablemente era un asesino.

— ¡Bueno! dijo Ricardo: el mamarracho vale algo.

— Ya sabrán ustedes que antenoche asesinaron á don Mateo...

— ¿Es cierto eso por fin? preguntó don Juan.

— Sí, señor; y el espantajo de anoche, que según unas mujeres de la vecindad, no era sino el alma bendita de don Mateo, se ha aparecido á las dos de la mañana, en la esquina de la casa del señor Osmán, llamando la atención primero con un tiple, y después cantando en tono de responso estas palabras: *¡Infeliz Emilio! ¡que te compadezca Adelaida!* No fué sólo eso: en el patio han aparecido hoy dos manos de difunto que tenían escritas en la palma y con letras de sangre, la una esas mismas palabras que cantaba el espectro, y la otra las siguientes: *¡Emilio desafía la muerte y no teme la desgracia!*

— Esa burla es muy amenazante para Emilio, dijo Ricardo.

— Las manos que aparecieron, continuó Enrique, se dice son las de don Mateo. Además, en la esquina de la casa se ha visto, y yo lo vi con mis ojos al pasar por allí cuando me venía, una mano pintada, como si se hubiera limpiado en la pared la de un asesino.

— ¿Y Emilio que ha hecho? preguntó don Juan.

— Monterilla me refirió esta mañana en el puente de San Victorino que decían haberse sobrecogido de espanto cuando, desde su cama, alcanzó á oír las exclamaciones del espectro. Es de suponer

cuánto sería el pavor suyo al principio; mas aseguran que luego, indignado al oír pronunciar de tal modo el nombre de Adelaida, se levantó y salió á la calle armado de un estoque; pero el espectro desapareció. Se dice también que, al ver Emilio las manos del cadáver y las palabras que estaban escritas en ellas, cayó en un estado de indisposición nerviosa que lo tenía abismado en una horrible tristeza. Adelaida también debe estar muy afectada, no sólo por haber oído cantar así su nombre en una esquina, sino principalmente por haberlo visto escrito con sangre en la mano de un muerto. Sin embargo para mí tengo que su aflicción proviene más bien de que no ignoraba que yo debía venirme hoy...

— ¿No hay más? interrumpió don Juan.

— Me parece, dijo Enrique, que esto no es poca cosa para un hombre que, como Emilio, blasona de ser tan sensible, tiene una imaginación tan tétrica y está además tan alebrestado desde la carta de Monterilla.

— Basta, dijo don Juan saliéndose con Santiago al corredor. Me voy, continuó dirigiéndose á éste en voz baja, me voy para Bogotá, porque no puedo permanecer aquí más tiempo.

— ¿Qué es eso? preguntó Ricardo que, saliendo en pos de ellos, llegó al corredor y oyó estas palabras.

— Se quiere ir don Juan ahora mismo, contestó Santiago.

— No se irá, repuso Ricardo, tomándolo del brazo ; camine usted para dentro y pónganos la contradanza.

— ¡ Imposible ! Ricardo ; me voy ahora mismo.

— ¿ Qué es ? gritaban otros dejando la sala por ir á ver de qué se trataba en el corredor.

— No dejemos ir á don Juan, repitió Ricardo ; llevémoslo alzado para adentro.

— Don Juan se irá, decía Santiago ; déjenlo ustedes, pues si el asunto que lo lleva no fuera grave, es claro que no emprendería viaje á estas horas.

— Pero son las nueve de la noche, replicó Ricardo ; ¿ qué puede hacer con marchar en un momento tan inoportuno ?

— Llegar á Bogotá al amanecer, dijo don Juan, y salir pronto de la inquietud que me atormenta en estas fiestas que han sido mi martirio.

— Es verdad, añadió Santiago : dejémoslo ir. Camine, continuó tomándolo del brazo : vamos á arreglar el viaje, que yo me voy con usted.

— ¡ Cómo ! Santiago también se va, gritó Ricardo.

Entonces empezó á circular por la sala esta novedad. Muchos salieron á detenerlos, mientras que los músicos, empezando á tocar, por nada conseguían que las parejas ocupasen su puesto.

— ¡ Santiago ! gritaba Anselmo desde adentro : Baciliza lo llama.

Aquél obedeció por cortesía y no con la celeridad que se esperaba.

— No se vaya usted ni deje ir á don Juan, le dijo Baciliza con semblante muy afable : se lo ruego á usted encarecidamente.

— Trataré de complacerla, señorita, respondió Santiago con indiferencia.

Y se retiró al corredor, en tanto que Baciliza llamaba á Ricardo para decirle algo, en consecuencia de lo cual éste se escapó á hurtadillas.

Entre todos lograron introducir á la sala otra vez á don Juan y á Santiago, que, circundados de hombres y mujeres, se vieron detenidos con un tesón extraordinario, hasta que volviendo Ricardo, les dijo que era inútil insistir en irse, porque ya estaban escondidos no sólo los caballos, sino también las monturas.

— ¡ A bailar, pues, á bailar ! que se pasa el tiempo, gritó don Sandalio sacando su pareja.

Luchar contra aquel empeño era imposible, tanto más cuanto que ya habían cerrado la puerta que daba á la calle, abriendo en su lugar la del patio. La música empezó, todos con sus parejas ocuparon su puesto, y don Juan y Santiago se sentaron en un canapé.

— ¡ Qué necedad ! decía don Juan : han hecho de mí esta noche un verdadero mártir.

— Y otro de mí, contestó Santiago : la presencia de Baciliza me incomoda, y estaba muy contento de que ahora mismo marchásemos; para no volver á verla en mi vida.

— Sin embargo, añadió don Juan, en el momento que se distraigan nos vamos, si es que usted insiste en partir también.

— Por supuesto: Bogotá me gusta mucho y deseo ayudar en los servicios que usted piensa prestar á sus amigos, y cumplir la oferta que hice al doctor Temis de ser uno de los protectores de la Cisne.

— Mas ¡quién sabe si llegaremos ya muy tarde! Con todo, nos iremos volando, y cuando más, al concluirse el baile.

Entre tanto la contradanza bulliciosa y animada ofrecía un alegre desorden de movimientos y una mezcla graciosa de palabras, muchas en extremo burlescas y picantes para Santiago.

— El número 7, gritaba Ricardo, está de luto riguroso: pido mucha seriedad cuando pasemos por frente del canapé.

— ¡Aquí, hermosa Baciliza! gritaba el cura.

— Haga usted bien la figura del incensario, añadía Anselmo.

— Allí hacen la del atril, gritaba Ricardo; y Baciliza se pinta en ella.

— ¡Santiago! ¡qué dolor! decía Anselmo al pasar. ¡Padre cura! aquí la figura del santo óleo para un amor que se muere.

— Santiago está haciendo la figura del paroxismo, decía el cura: ¡cuidado con llorar, rival dichoso!

Santiago, sofocado y lleno de indignación, aguantaba como una piedra, aguardando sólo una ocasión

favorable para escapar. Las burlas continuaban, y la impaciencia de don Juan subía de punto, hasta que por último á la hora del refresco se abrió la puerta ; pero todavía esperaron un poco á que las botellas generalizaran su efecto, lo que, como es de costumbre, sucedió en pocos minutos, después de los cuales nadie sabía de sí mismo y por consiguiente mucho menos de don Juan y de Santiago. Sólo Baciliza los echó menos ; y como Santiago era efectivamente el único de sus amantes que le interesaba, empezó á ponerse notablemente triste, á disgustarse del baile y á desear se concluyese cuanto antes. Para ella era de muy mal presagio que Santiago hubiese desaparecido después de tratarla con tanta frialdad.

XXV

EL CONCIERTO

Cuando Oropimente en su emboscada observó que ya comenzaba á amanecer y su víctima no parecía, empezó á sentir el temor de que no tuviese el resultado que se deseaba el acuerdo celebrado por la junta y en virtud del cual con tanta confianza había sido enviado á pasar de celada una noche entera en aquel punto solitario, del que al fin tendría que retirarse burlado, para ir á sufrir las injustas reconvenciones de sus colegas. Bien pronto, viendo ya pasar por el camino algunos viajeros, resolvió retirarse antes que pudieran concebirse sospechas de su estación misteriosa; y volviéndose en consecuencia para la ciudad, lleno de pesadumbre dirigía á cada paso una mirada hacia atrás. Cuando ya era de día sintió que venían dos á caballo tan de carrera que, antes que pudiese distinguirlos, pasaron á su lado como un relámpago.

Eran don Juan y Santiago que como se deja ver ilegaron á Bogotá mucho antes que él, sin haber

sufrido contratiempo alguno. Inmediatamente se dispusieron á ir donde Emilio para cerciorarse de las noticias dadas por Enrique, y ver si en algo convenían sus servicios en caso de que fueran ciertas.

Santiago deseaba en extremo conocer á Emilio y volver á ver al doctor Temis; apenas se acordaba todavía de Baciliza; aun cuando seguía muy triste; pero preveía que recobraría bien pronto su carácter alegre y jovial, á favor de las distracciones que le ofrecería Bogotá, lugar que amaba profundamente y del que muy pocos deseos tenía de salir, pensando más bien consagrarse á las letras ó al comercio, y cultivar la amistad y las relaciones de don Juan.

Cuando llegaron donde Emilio, toda la casa ofrecía el más profundo silencio: desde la entrada observaron, al través de los vidrios de una puerta-ventana, á Adelaida y demás señoritas, sentadas en sus sille-tas de costurero. Como vieron cerrada la puerta del cuarto de Emilio, que había salido á la calle, subieron para entrar al aposento de las señoras, quienes con mucha cordialidad los recibieron. Adelaida estaba muy hermosa ese día, vestida con el traje sencillo de la mañana, pues, aunque era ya por la tarde, no había querido adornarse á causa de la melancolía que la contristaba y que por otra parte le imprimía un aire interesante y dulce.

Don Juan presentó á Santiago, y éste se ofreció sin timidez ni embarazo, porque aquella familia le inspiraba confianza, viendo que era al mismo tiempo

no menos respetable que atenta y cortés, y tan franca como discreta.

— Yo estaba muy confiado, decía don Juan, en que serían falsas las noticias desagradables que Enrique nos llevó á las fiestas.

— Son por desgracia demasiado exactas, contestó Adelaida.

— Pero Emilio dice, añadió la señora, que si esos perversos han creído pueda el terror molestarlo, se engañan completamente, pues él es incapaz de hacer caso de semejantes farsas. Y efectivamente está muy contento, porque se ha persuadido además de que ésas son las armas que le anunciaron y que tanto temía al principio, creyendo fuesen otras menos despreciables.

— Hace muy bien, dijo don Juan, de mirar así las cosas. ¿Pero esas manos de muerto...?

— Eso es muy feroz, dijo una de las señoritas; y Adelaida se ha horrorizado con ellas en tal extremo que ha sufrido mucho estos días.

— Muchísimo, don Juan, añadió Adelaida. Ustedes no pueden imaginarse sino en una pesadilla fatal un objeto más repugnante á la vista.

— Ya me las imagino, dijo Santiago, cortadas por la muñeca, amarillentas ó cárdenas.

— Pero eso no era tanto, continuó Adelaida: lo que me ha horrorizado más han sido unos letreros de sangre que tenían en la palma cada una de ellas.

— Espantoso es eso por la ferocidad que denota en

los asesinos, repuso don Juan. Mas ustedes no deben pensar en semejantes horrores.

— Ciertamente; dijo Adelaida, mi pensamiento no gusta de imágenes atroces.

— ¿Y el espectro ha vuelto? preguntó don Juan.

— Anoche no vino, respondió la señora; mas estamos temiendo no se sea que haya fijado el período de cada dos noches para presentársenos.

— Muy desagradable sería eso, dijo una de las señoritas; porque cabalmente en ese caso, esta noche le tocaría venir, cuando tenemos que asistir al concierto, y sería cosa de morirnos, si al volver encontrásemos en la esquina semejante hombre con su espantosa figura.

— ¿Van ustedes en verdad al concierto? preguntó don Juan.

— Seguramente, contestó la señora, aunque Adelaida desea más que nos estemos en casa. Sin embargo yo le he dicho que sería una vergüenza, como dice también Emilio, que nos privásemos esta noche de ese pasatiempo, sólo porque nos haya asustado algún necio que se reiría con razón de nuestros temores y de nuestras privaciones.

— Es verdad, dijo Santiago, tanto más cuanto que nosotros, que también pensamos ir, podríamos tener el gusto de acompañarlas á la vuelta, y de despejar la calle de todo cuanto fuera capaz de asustarlas ó incomodarlas de cualquiera manera.

— Muchas gracias, caballero, dijo la señora; pero

tengo esperanzas de que nada sucederá, y ruego á ustedes desde ahora no vayan á molestar por nosotras.

Algunos momentos después viendo don Juan que Emilio **no parecía**, pero sabiendo también que no le había causado **grande impresión** el suceso de que se hablaba, siendo por supuesto **falsas en** este punto las noticias de Enrique, resolvió retirarse, **confiado** en que esa noche se verían despacio. El resto de la tarde lo pasaron en recibir algunos amigos y disponerse para asistir al concierto.

Cuando llegaron al salón en que éste tenía lugar, había ya mucha gente; pero tomando don Juan y Santiago un asiento entre varios amigos, lejos de sentirse incómodos por la abundancia del concurso, gozaban el encanto de la variedad. Santiago, embelesado, paseaba los ojos por aquella galería de hermosas jóvenes que ofrecían á su vista un cuadro bello y elegante: todavía se acordaba de Baciliza, como era natural, pero su imagen y sus modales le parecían entonces indignos de aquel sitio.

Don Juan buscaba con la vista á Emilio por todos lados, hasta que á alguna distancia alcanzó á ver la familia del señor Osmán. Emilio estaba cerca de ella, hablando muy contento con otros jóvenes amigos suyos, de quienes se separó luego para ocupar un asiento poco distante de Adelaida, al lado de unas amigas de ésta, donde se quedó para oír con comodidad la música que empezaba y que

todos se consagraron á oír con profunda atención.

Aunque don Juan había visto á Emilio, no encontraba absolutamente al doctor Temis á pesar de distraerse en buscarlo casi toda la primera parte de la función, porque, persuadido de que debía estar allí, extrañaba su ausencia. Deseaba también acercarse á Emilio, mas como había mucha gente, el tránsito era muy embarazoso y molesto. Así fué que tuvo que privarse del gusto de hablar con su amigo durante una gran parte de la función, hasta que por último en un intermedio le fué fácil acercársele.

Emilio seguía cada vez más contento, pareciéndole á don Juan olvidado enteramente de sus molestias, en cuya virtud juzgó discreto no hablarle una palabra sobre asunto semejante, conversando más bien acerca de Adelaida y, después, de las fiestas que no les había sido posible soportar, alegando como causa la mala sociedad que se había reunido en ellas y el disgusto causado por algunos jóvenes disolutos y mal educados, lo que al fin los había obligado á una deserción no poco difícil.

La conversación fué interrumpida por comenzarse la última parte del concierto, á cuyas armonías estaba preparado por la felicidad el corazón de Emilio. Todos los espectadores aguardaban la continuación de la música con interés, y se mostraban prontos y dispuestos á juzgar y sentir su mérito, por medio de un silencio sublime con el cual la sensibilidad estaba pidiendo emociones para deleitarse, el alma algo

que la elevara, y el pensamiento imágenes que comprender.

La música empezó entonces rompiendo el aire con un golpe lleno y grave á grande orquesta, cuyo eco parecía repetirse continuado y sordo en las concavidades de una caverna, para perderse en seguida por los sombríos y dilatados bosques del misterio, dejando el aire en una convulsión seria que llevaba al corazón la poesía del terror y daba á la mente la idea de la majestad.

Entonces Emilio, sintiendo elevarse su corazón, empezó á ver como al través de un velo de luz á los espectadores graves y silenciosos como una asamblea de príncipes, y á las damas como un concurso de reinas gobernadas por Adelaida.

Era esto á los ojos de Emilio en tal momento un cuadro que le representaba al hombre mudo, pero lleno de pensamiento, severo y lleno de sensaciones.

Después dirigió una mirada á Adelaida, y en ese momento también la tierna y fina apoyatura de un violín sonó en sus oídos como un ¡ahi! tímido y delicado que le pareció salido del corazón de su amada. Esta por su parte sintió, agitada, clavados en su pecho los ojos de Emilio, y no pudo prescindir de bajar los suyos, sonrojada y temerosa, pareciéndole que su amante estaba leyendo sus sentimientos al compás de aquella música.

Si en ese momento hubiera sonado no más que un eco blando, se habrían llenado de lágrimas los ojos

de Emilio ; pero no fué un eco blando, fué la misma ternura la que lloró en una flauta, y á la que respondieron el pesar y la compasión en esa corte de cuerdas animadas por el genio.

Emilio, enternecido, dejó que los acentos que siguieron como imitando los tonos ligeros y fugaces de la consolación, meciesen su alma con la esperanza de que el brazo de Adelaida iba á apoyarse bien pronto sobre el suyo ; de que al día siguiente iba á verla, no con esos atavíos de elegancia social con que la veía allí, sino sólo con la elegancia natural de su belleza y su candor ; que tal vez desde muy temprano habría de herir su corazón esa voz que apenas podían imitar los finos instrumentos que ahora sonaban. Mas entonces una detención súbita y breve detuvo también en Emilio el vuelo de sus ilusiones, que con una pausa repentina de la música quedaron enmudecidas. A ese silencio siguió una voz débil cuyo principio no pudo él notar, pero que poco á poco se ensanchaba y llenaba aquel recinto, cual si compitiendo con la luz que lo alumbraba intentase llegar á cada corazón, donde á ésta no le era dado alcanzar, para ser así más digna de iluminar la belleza.

Mil y mil voces festivas y ligeras volaron entonces como empeñadas en acompasar los latidos simultáneos en que se agitaba el pecho de tan innumerables oyentes atentos y conmovidos : esas voces se unieron al fin para formar un golpe claro y vigoroso. Después la música, desde los altos tonos á que se

había elevado, descendió en ese mismo timbre como un globo de armonía, y cual una sima que se desprende y cae saltando y retumbando de una punta en otra punta, y que parece detenerse de trecho en trecho para rodar en un abismo y dejar un eco sordo, pero musculoso y hercúleo, semejante al bramido que habría lanzado el seno de Emilio si en ese momento hubiera sabido repentinamente que Adelaida amaba á otro hombre.

Entonces se quedó él mirando á ésta con expresión, en tanto que siguieron unos compases tan solemnes, tan grandiosos y marcados con voces tan llenas y sublimes que parecía que la tierra iba regularizando por ellos su marcha majestuosa en la órbita en que gira.

De estos pensamientos salió Emilio al oír un pasaje en que se imitaba la música sonando á lo lejos... Súbitamente entonces cubrióse la cara con las manos, y no pudo seguir comprendiendo la poesía del artista, tan vehemente cuando la hablaban esas cuerdas delicadas, tan arrebatadora cuando salían de las cajas de esos instrumentos pensamientos tan bellos. No : ya había descendido de una región suprema, y su imaginación sondeaba sólo el abismo horrible y espantoso del delito.

La música á lo lejos le había recordado vivamente á Monterilla, cuando en la cárcel decía á don Juan que se acordase por los golpes de una música que se aproximaba, refiriéndose á la de la procesión,

que el doctor Temis habría de abandonar y perseguir á Emilio. Se acordó también de las palabras escritas en las manos mutiladas de un difunto y arrojadas por un criminal al patio de su casa.

La música entonces no era más que una vibración ruda y cansada que representaba el tormento de que Emilio se veía invadido; pero afortunadamente se acabó bien pronto, y la gente empezó á retirarse.

La familia del señor Osmán se levantó para irse, y Emilio, contristado de nuevo, y con la sensibilidad irritada por la música y el contraste de sus recuerdos, dió el brazo á Adelaida, con la que siguió adelante para su casa, despidiéndose de don Juan y de Santiago, á quienes la familia no permitió se molestasen en acompañarla como ellos querían.

Cuando anduvieron algunas cuadras, empezaron á notar Emilio y Adelaida una soledad completa, que atribuyeron á la preocupación de las gentes con el espectro, lo que las obligaba sin duda á excusar aquellos contornos.

Al llegar á la puerta vieron parado en el umbral al hombre disfrazado de la primera noche, que parecía aguardarlos allí. Adelaida se asustó en extremo, pero Emilio sacando una pistola le dijo que iba á matarlo.

— No, gritó Adelaida tomando la pistola: no por Dios, Emilio; que eso acabaría de comprometerlo á usted y de asustarme á mi.

Mas el Mordedor que los vió acercarse, temeroso

de que Emilio fuera á matarlo, cuya intención había manifestado bien claramente la primera noche, no quiso aguardarlos, y retirándose le gritó á Emilio, diciendo :

— En el umbral de esa puerta dejo una carta para usted, caballero : si no la toma y la lee, está perdido sin recurso.

Emilio, con Adelaida, llegó y alzó la carta para leerla cuando entraran. En efecto, apenas estuvieron en la pieza de las señoras, y antes que ellas subieran, abrió la carta, y acercándose á la luz se puso á leerla. Pero dando un grito de horror, y arrojándola al suelo, cayó sin sentido. Todas las señoras, que entraron en ese momento, quedaron sorprendidas de semejante lance, y Adelaida, alzando el papel mientras el señor Osmán alzaba á Emilio, leyó para sí sola, lo siguiente :

« No me persigas, Emilio, y procura á todo trance »
» salvar al Mordedor. El ladrón oculto que tanto »
» buscan es el asesino de don Mateo ; y ese ladrón, »
» ese asesino... Emilio, ¿ sabes quién es ?... Es tu »
» padre.... es *Adolfo Castelvi*. »

PARTE SEGUNDA

I

EL HIJO

Es necesario advertir que la discreta Adelaida no leyó en alta voz la carta que acababa de recibir del Mordedor el desgraciado Emilio : la leyó sólo para sí, y no porque creyera tener algún derecho para imponerse á su arbitrio en las cartas que recibiera su amante, sino porque, en aquel momento de sorpresa, su talento, y más aún su corazón, le indicaron que era la única sobre quien pesaba el deber de examinar las causas que en tan alto grado y tan súbitamente alteraban la felicidad de un ser cuya dicha le era tan interesante. Así fué que, doblando la carta después que la leyó, la guardó en su seno, y corriendo hacia Emilio, á quien el señor Osmán colocaba en el sofá, le sacó del bolsillo las pistolas sin que él lo sintiera, para evitar que al volver en sí fuese víctima de sus ideas de honor y dignidad.

El señor Osmán, al ver la acción de Adelaida y que había leído la carta, le preguntó con interés cuál

era la causa de semejante accidente y qué contenía tal papel.

— No puedo responder, dijo Adelaida temblando.

— ¿Luego no has leído la carta? ¿no es su contenido lo que produjo en Emilio este accidente?

— No lo sé... sólo puedo manifestar que esta carta no me pertenece y que la casualidad únicamente es la que me hace depositaria de ella.

— ¡Hija mía! exclamó el señor Osmán echándole los brazos: tu franqueza y tu sinceridad califican esto como un secreto; es preciso, pues, no tratar de adivinarlo, y yo me congratulo de tu discreción.

— ¡Gracias, padre mío!... Pero procuremos que Emilio se recobre; yo sufro al verlo así, y temo...

— No hay cuidado; esto le pasa bien pronto: es efecto de alguna pena grave con que lo han sorprendido. Tú, querida Adelaida, eres la única que posee el secreto de su mal. Bien... quedas, pues, autorizada por tu padre para consolar á ese infeliz.

Los cuidados de la familia volvieron á Emilio de su postración, y, levantándose éste para salir inmediatamente de la pieza, no atendió á las instancias con que lo detenían, manifestando que necesitaba estar solo, y que por lo mismo le permitiesen retirarse á su cuarto, al que el señor Osmán lo acompañó, y donde tuvo que dejarlo, pues no sabía qué decirle, ignorando completamente la causa del mal, y considerando que en efecto en semejante caso era mejor estuviese solo que ofrecerle una compañía estéril é

importuna. Entre tanto Adelaida, sola en su cuarto, leía y releía la carta, y notaba con dolor que en ella reconocía precisamente la letra del padre de Emilio y la firma que había visto tantas veces en las cartas que éste recibía de él en otro tiempo.

Al quedarse Emilio solo, cerró la puerta, y llevando la mano al bolsillo para sacar sus pistolas, notó que lo habían desarmado, aunque no acertaba á adivinar quién era el que lo condenaba á vivir.

— Se engañan, decía entre sí: esto no será más que por una noche. Mañana sabré librarme de mi horrible destino, ó más bien sabré consumarlo. ¡Cuántas veces paseándome en este cuarto, pensaba y presentía que mi destino final habría de ser el suicidio! Y entonces estaba yo en la época más bella de mi vida. Si en alguno de esos momentos de desesperación que me asaltaban, y que acaso la Providencia me envió como nuncios del porvenir que ahora empieza, para intimarme piadosa me libertase de él; si desde entonces hubiera puesto fin á mi existencia, ¡qué de amarguras no se habrían ahorrado para mi corazón! La pena de esta noche fatal se habría evitado. Pero... ¡Adelaida! Fué tu imagen la que me desarmó muchas veces; fué la esperanza el tirano que me obligó á vivir. Mas ni aquella imagen ni ésta esperanza me desarmarán mañana... Adelaida misma con su desdén me obligará más á morir, y el desengaño con su amargura me ayudará á obedecer. Dichoso yo si en aquel tiempo, en vez de

arrojar el arma por el recuerdo de una mirada, de una palabra sola, hubiese muerto siquiera en brazos de la ilusión : dichoso entonces y no ahora en que á pesar de esos recuerdos tendré que morir burlado en los brazos de la infamia. Sí, hoy por última vez, más que en ningún otro tiempo, la esperanza me hacía feliz... Sin embargo, ¡ Adelaida ! ya ni tus miradas tiernas, ni tus dulces palabras volverán para mí... para el hijo infame de un padre criminal. Esta noche eterna ha compendiado primero mis ilusiones y después mi grande desventura, para reducirlas á un punto á fin de que la muerte las comprenda todas, y bajo el mismo golpe caigan á un tiempo falaces esperanzas y mal verdadero. Allí está tu cinta, Adelaida ; no temas, no, que se afrente : yo te la devolveré ; me la diste diciéndome que yo era hijo de un hombre de honor, y esa condición te bastaba... No, Adelaida, no es mi padre lo que creías, y el hijo debe restituir la prenda que dió el error. Sí... se acabó para mí toda esperanza : todo me lo roba mi padre en esta noche aciaga... ; Padres é hijos ! ; Oh vínculo terrible ! ; naturaleza feroz ! ; orden funesto ! Y la sociedad que estrecha esos nudos... ; bárbara é inhumana ! ; cadena horrorosa que amarra un hombre á otro hombre y liga la inocencia y la virtud al crimen y á la infamia ! ; Oh humanidad maldecida, que, por ser susceptible de vicio y merecimiento, se ve perseguida por ese verdugo eterno de las generaciones, que borra sobre

la frente del que nace y crece los timbres del honor, para grávar en su lugar la afrenta ! Mas... ¿qué digo ? ¡ Blasono de mi virtud y de mi honor, y estoy deshonrando á mi padre ! ¡ No, padre mío !... La sociedad me desconoce y persigue : ¡ bien ! me acogeré entonces á la naturaleza. Sí... yo no debo, pues, morir : debo conservarme para salvar á mi padre. La sociedad va á burlarse de mi honor ; yo me burlaré de su justicia. Ella va á arrojar la infamia sobre un hijo inocente ; yo sustraeré un culpable á sus torcidos fallos. ¿ Qué derecho tiene el hombre para juzgar al hombre ? ¿ Puede ser justo un ser tan preocupado é insensato ? ¿ Por qué usurpa un atributo de Dios cuando no es Dios, ni capaz de ejercerlo como él, sino antes bien de venderlo y prostituirlo con descaro ? No... Yo me conservaré para salvar á ese padre desventurado y culpable, á quien yo juzgo, porque soy el único digno de juzgarlo ; y á quien perdono, y cuyo perdón nadie debe revocar, porque lo haré valer á pesar del mundo entero. Por fortuna éste es un secreto que nadie conoce : es, pues, bien fácil mi misión. ¡ Monterilla ! ya todo está aclarado... Te comprendo ahora perfectamente : pretendes que salve al Mordedor, para ganar así tu silencio y evitar que delates á mi padre. Bien, el Mordedor se salvará ; mi padre con mis súplicas y mi protección habrá de corregirse al fin ; la sociedad lo ignorará todo, y él y yo quedaremos honrados, no seremos víctimas de la injusticia ; Adelaida, ignorando

mi desgracia, no me despreciará. Renunciaré á ella, porque en verdad soy indigno de su mano ; pero al menos me quedará un nombre puro que merezco de justicia. Ocultándole mi desventura, la engaño, es cierto, pero no la engaño sino en sus días que pasaron, para no echar un borrón inundo sobre sus recuerdos y evitarle la vergüenza de algún sueño que voló... Mas... ; necio de mí ! ¿Dónde está esa carta fatal? La he perdido; voy á buscarla. ; Sin duda ya la leyeron!... ; maldición estupenda!... y no puedo atreverme á subir á esas habitaciones honradas que ya soy indigno de pisar. ; Dios mío! ese secreto horrible se ha descubierto en esta casa, mañana lo sabrá el público... No : eso es imposible ; yo debo salir á buscar esa horrible carta y á pedir de rodillas se guarde para siempre el secreto que contiene. El señor Osmán es bueno y generoso, me ordenará salir de su casa, pero no me venderá, y su familia tendrá lástima de mí...

Al llegar aquí sintió que llamaban á la puerta de su cuarto. Era Adelaida. Emilio, lejos de experimentar el gozo que tan distinguido favor debía causarle, sólo sintió el de la probabilidad que esa acción le daba de que Adelaida ignoraba su secreto todavía, y la pena de que, creyéndolo aun digno de su amistad, iba á preguntarle, movida de una curiosidad irresistible, el motivo de su accidente. Adelaida se presentó en el cuarto de Emilio como en la morada de un caballero, pero con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Emilio! exclamó deteniéndose en la puerta.

—¡Adelaida! ¡Adelaida! repuso éste cruzando las manos. Si usted supiera... no habría venido, no... Compadézcase usted de mí, como de un preso infame á quien se digna venir á visitar á un calabozo, ignorando la humillación á que se halla reducido.

— Todo lo sé, Emilio... Vengo á darle cuenta de este papel funesto, asegurándole que sólo yo lo he visto, y que nadie más lo verá. Quiero que usted me permita quemarlo, y espero me perdone el haberlo leído, si no quería hacerme saber su contenido.

— ¡Todo lo sabe!... ¡y aun pronuncia mi nombre! ¡Generosa Adelaida! olvide usted para siempre á Emilio y su padre...

—No: lejos de eso, me acordaré de los dos y pronunciaré siempre el nombre del uno con estimación y el del otro con interés.

—¡Adelaida! ¡por Dios! ¿Me compadece usted con nobleza y generosidad... ¿Usted puede estimarme todavía?...

—Sí.... sufro con usted y sólo se calmará mi pena viéndolo sereno, y á su padre salvo y seguro.

Y acercándose á la luz, quemó la carta que traía en la mano.

— Usted la leyó, dijo Emilio; y con esto ha descargado á mi corazón del peso más horrible. Me mataba el creer que, indigno de su amistad, usted me compadeciese ignorando la naturaleza y magnitud de mi desgracia, y suponiendo una condición que ya no

existe. Ahora, pues, si usted me compadece con interés, seré menos desgraciado; y si guarda este secreto y aprueba mi pensamiento, salvaré sin remedio á ese padre desventurado.

— Eso quiero yo también, contestó Adelaida. Nadie sabe esta desgracia, ni puede saberla sino por los cómplices de sus enemigos, cuyo silencio es fácil de lograr, salvando, si se puede, por medio del doctor Temis, al Mordedor.

— Sí, Adelaida; ya lo he comprendido todo; y si ese proyecto merece su aprobación, yo quedaré tranquilo en la creencia de que obraré bien.

— ¡Qué otro recurso! dijo Adelaida con pena; esto es preciso, y yo me intereso con usted en favor de su padre. Perdonémoslo, Emilio: tratemos de salvarlo y corregirlo. Él no puede haber caído en esos extravíos sino á causa de su pobreza: él no puede ser malo; yo he visto mil y mil veces esa carta, y al reconocer en ella la letra de su padre, que no hace mucho tiempo escribía á usted tantas palabras de afecto y tan tristes quejas contra la pobreza, no he podido menos de convencerme de que la desesperación lo ha pervertido; y por tanto, la esperanza y el consuelo deben volverlo á la virtud. Esa esperanza y ese consuelo, Emilio, serán usted mismo; y le ruego que se resuelva á todos los sacrificios filiales que las circunstancias le imponen hoy. Busque á Monterilla, cuya carta ha venido ahora á quedar tan aclarada, y en la que está consignado de un modo

evidente el programa que usted tiene que seguir en este asunto : hable con ese hombre, y salve al Mordedor por medio del doctor Temis, al que es inevitable hacer participe en este secreto...

— Adelaida, interrumpió Emilio : yo no quisiera comunicarle á nadie este suceso : es para mí muy cruel hacer que alguno lo sepa.

— ¿Pero cómo salvar entonces al Mordedor? Eso sólo es posible valiéndonos de la influencia del doctor Temis. Y es preciso que usted esté persuadido de que la defensa de aquél es la que salva también á don Adolfo.

—Es cierto, dijo Emilio ; mas, si fuera posible hallar otros medios... ¿eso no sería lo mejor?

—Usted verá ; pero á mí no me ocurre por ahora otro camino. Mas sea lo que fuere, creo que debe hacer el sacrificio de hablar con Monterilla y sobreponerse á un acontecimiento tan desgraciado.

Adelaida se fué, y al cabo de algunos momentos empezó á reinar en toda la casa un silencio que iba haciéndose tan general, como la pena de Emilio iba tomando extensión, pareciéndole que el pensamiento de su desgracia crecía lentamente y se dilataba en la misma proporción que de distancia en distancia moría el sonido y la quietud lo invadía todo, partiendo desde él mismo, que, sentado en el canapé, ni se movía siquiera. Pesaba sobre su alma la noche como una mole de desventura, que, letal y silenciosa, se ensanchaba en el espacio, apagaba toda luz y le

alejaba los vivientes. La visita de Adelaida comenzaba á figurársele como el recuerdo de un sueño encantado, pero antiguo, en que bajo formas seductoras se le había aparecido la sociedad noble y honrada á decirle un adiós eterno para no volver á hablarle, dejándole con desprecio, en su lugar, al vicio y á los criminales para que hicieran en adelante la corte de la infamia.

Mas al ver sobre el candelero esa tela rugosa de ceniza negra, á que había reducido Adelaida aquella carta funesta, sintió algo que casi fué para él una felicidad en el estado de dolor en que se hallaba. La visita que le había hecho, la acción de quemar la carta y hasta las cenizas que había dejado, valían para Emilio más tal vez que aquella cinta que de ella había recibido pocos días antes, porque este obsequio lo había hecho el error, y aquellas cenizas las hacía la verdad. Así fué que, envolviéndolas en un papel, las guardó como un monumento funerario de la escena más penosa y vehemente de su vida.

—; Cuánto mejores, decía Emilio, que Adelaida no ignore esto! Es verdad, repetía, que ya no puedo aspirar hasta ella; que esta generosidad que acaba de manifestarme no debe considerarse como un acto de amor: no ha sido más que un acto de virtud, como el socorro que da la caridad al miserable, y del que éste no debe vanagloriarse como de una predilección del cariño, sino como de la fortuna de haber sido hallado casualmente por un mano bienhechora.

Es indudable que Adelaida no puede amarme ; que debo despojarme de mis esperanzas é ilusiones de una época feliz ; pero también es cierto que al menos mis proyectos están aprobados por una joven inocente y discreta ; que tengo una amiga encantadora que me estima y compadece sin error... ; Una amiga ! Eso ha sido ella siempre para mí ; y yo, necio presuntuoso, creía que me amaba. Si ella lo supiera, ¿ con cuánto desprecio no miraría á un hombre vano, que no fué capaz de dar á sus acciones y palabras la inteligencia que suponían en un hombre sensato, y que, lejos de eso, les atribuía un motivo que es imposible haya logrado inspirarle jamás : motivo hermoso que no he podido suponerle sino porque esa suposición me lisonjeaba. Sí, por eso es que Adelaida no ha variado ; por eso es que ha venido esta noche á mi cuarto, ella, cuya virtud puede alcanzar á conservarla como amiga constante de un desgraciado, pero cuya nobleza no le permite tolerar á un infame por amante. Si me hubiera amado, como yo creía algunas veces en una enajenación dichosa, se habría mostrado de otro modo desde que supo quién era ese amante y que su amor descendía á un objeto indigno y despreciable. No : su bondad conmigo no era más que bondad, cual la que acaba de manifestar por mi padre, á quien ni siquiera conoce, y á pesar de todo juzga desgraciado y aun virtuoso. ¡ Ah ! ; infeliz de mí ! Esa cinta, esas cenizas no son, como las vi en un momento de insensatez, símbolos

de amor, sino dones de la caridad. Sin embargo, no por eso valdrán menos para mí, ni desgraciado alguno ha podido recibir jamás consuelos más dulces, limosnas que inspiren tan gratas ilusiones. Sí, no sólo por interés mío debo defender al Mordedor y salvar á mi padre; también debo hacerlo por obedecer á Adelaida, ante la que algún día habrá de postrarse ese padre arrepentido, para agradecer el perdón que ella acaba de concederle y que le envía conmigo, como el medianero entre el delito y la misericordia, entre el vicio y la virtud... He aquí el destino que el cielo me preparaba : yo no soy nada, soy un escalón ; no estoy arriba ni se me cree tampoco abajo ; de Adelaida desciende la clemencia hasta mí mismo, y de mí pasa á mi padre ; del doctor Temis bajará el favor á Emilio, y de Emilio acabará de descender hasta el Mordedor. Así me ha considerado Monterilla desde el principio, cuando el doctor Temis me consideraba tan alto como él, pues escribió en mi nombre, me consoló y me dijo que era mi frente superior á la ruin esfera en que pueden girar la infamia y calumnia. ¡Pobre doctor Temis ! ¡qué equivocado estaba ! ¡Ah, Monterilla ! con cuánto más acierto prorrumpiste en tus horribles amenazas que ya están cumplidas. Emilio besará tu planta si lo exiges... la besaré. Emilio te buscará y tú lo despreciarás... Sí : todo está hecho... todo lo haré por el amor de mi padre. ¿Qué me importa el hombre ? Yo no vivo ya sino en la naturaleza, ni habrá

para mí nunca otros vínculos que los que ella me preparó al nacer. Es forzoso pues que yo descienda... No es esto descender, en la naturaleza no hay escala; es sólo vivir y moverse, es más bien estar quieto y dejar que la vida pase por el corazón sus nudos espinosos. Cuando yo vivía en la sociedad pude pensar que subía y que me iba elevando á una altura en que Adelaida sola se ostentaba... Sin embargo, ha sido preciso descender para nunca más intentar levantarme.

Estas últimas palabras las pronunciaba Emilio recostado en el sofá y empezando á soñar el hecho mismo que acababa de sucederle. En ese sueño veía además á Adelaida huyendo como una sombra. Esa sombra era luego la imagen de la virtud que abandona al que comienza ya la ruta maldecida del delito. En pos de ella se acercaba severo y enlutado su padre asesino, que, en vez de sus dos manos, tenía pegadas al brazo las manos de un muerto, y mostraba á su hijo asustado los letreros fatales. El fantasma se agrandaba delante de él y con una voz ahuecada le decía:

—Yo soy, Emilio, tu amor, tu infamia, tu vida, porque soy también tu padre.

Entonces Emilio en una convulsión precipitada se sentó exclamando:

— ¡Oh padre mío!... ¡Padre mío! soñar contra tu inocencia...

Mas al instante advirtió que no era sueño: todo era realidad.

II

LA CAVERNA

Emilio, en cuya organización hacía rápidos estragos cualquier sensación profunda, salió al día siguiente desde muy temprano á buscar á Monterilla; pero todas sus diligencias fueron inútiles, porque éste, como la había prometido, lo excusaba con grosería, y se reía con satisfacción de la vana solicitud que ostentaba ahora el mismo que antes lo despreciara orgulloso. Con el objeto de elevar al más alto punto su audacia y sus burlas, se dejó por fin hallar esa tarde en una escribanía, para tener el gusto de que Emilio le suplicara en público: le oyó por un momento, y volviéndole la espalda con soberbia y superioridad le respondió que por entonces tenía mucho que hacer y carecía de tiempo desocupado para darle oídos. Emilio sufrió con resignación este primer desaire, y continuó pacientemente espiando una ocasión oportuna para hacerse al fin oír de Monterilla.

Esa noche, mientras Emilio continuaba buscándolo por todas partes sin poder hallarlo, en la caverna

que ese hombre llamaba su gabinete se veía una escena muy triste y sombría que presagiaba desgracias tal vez irreparables.

Sobre esa misma mesa á que sentado Monterilla presidió la junta en una de las noches pasadas, con esa misma pluma con que había escrito y firmado las actas de aquel congreso espantoso, y á la luz tenebrosa de ese candil que alumbró el debate de los proyectos infernales que allí se discutían, la Cisne, sola en el aposento, y con los ojos llenos de lágrimas, escribía una carta para Santiago.

Monterilla, que, en los proyectos relativos á esta joven desgraciada, había siempre pensado defraudar á sus compañeros, trató con mucha maña de evitar la junta de esa noche en su casa, convocándola para otro de los varios puntos en que solía reunirse, y donde á la sazón estaba congregada en efecto, á pesar de la impaciencia de su presidente, que, por más que trataba de levantar la sesión, no podía conseguirlo, á causa de que Solimán, á quien dominaba un prurito sempiterno de hablar cuando había táctica que condenara á los oyentes á atenderlo, llevaba además esa noche un montón de proyectos que tenía que introducir y cuya discusión no podía acortar de ningún modo el afanado y diestro presidente.

Este, con el fin de asegurar sus miras respecto de la Cisne, se había coligado únicamente con la Daifa, para que en unión de su compañera fuese esa

tarde donde el capellán y lo obligase á salir para presentarse á doña Gonzaga, reclamar á la Cisne de un modo auténtico, formal y perentorio, y llevarla en seguida á la casa de Monterilla, con el fin de dar principio al plan inicuo de sus venganzas. La Daifa con mucha eficacia obró así puntualmente; y á las siete de esa noche se presentó con su compañera en la casa de Beatriz, donde las había precedido el devoto capellán.

Éste, engañado de antemano contra la Cisne por Monterilla y aquellas mujeres, no veía á esta joven sino pintada con los mentidos colores con que sus enemigos osaban disfrazarla; y, poseído de un celo indiscreto, se desesperaba imaginando que los pocos días en que Beatriz había tenido á su lado á la Cisne eran tal vez demasiado para contaminarla con el vicio é inclinarla al mundo de una manera acaso incurable y funesta. En tal virtud, no fué difícil obligarlo á acelerar su diligencia para hacer que la Cisne saliera de una casa donde, por otra parte, le repetía la Daifa, carecían absolutamente de derechos para detenerla contra la voluntad expresa de las personas bajo cuya dependencia se hallaba antes.

Cuando el capellán entró en el aposento de doña Gonzaga, las dos mujeres lo siguieron sin reparo hasta la puerta de la alcoba donde estaba la enferma, á cuyo lado se veía á la Cisne vestida de luto lo mismo que Beatriz, pero con noble sencillez; pues

desde el principio había exigido le dejaran honrar así la memoria de don Mateo, y también la de su padre, respecto del cual, como ella decía, no había vertido aún las lágrimas del corazón tranquilo y despojado de toda desgracia extraña, con las que desea el huérfano regar sin egoísmo el sepulcro que venera con desinterés.

Bien se deja conocer la impresión que causaría en la Cisne la presencia inesperada de sus enemigos. Con todo, estaba tan penetrada del espíritu de resignación que lo único que hizo fué arrimarse más á Beatriz, considerándola como su sola defensora en tal conflicto.

El capellán procedió á exponer con energía, pero con acento insinuante, el objeto piadoso que llevaba, manifestando que ahí venían por la Cisne personas á quienes en conciencia no podía negárseles, y que por consiguiente era indispensable dejar que la llevaran, por no convenir tampoco estuviese al lado de Beatriz.

Doña Gonzaga se opuso decididamente á semejante cosa, con cuyo motivo se trabó entre el capellán y la enferma una disputa muy acalorada, durante la cual, Beatriz, dejando á la Cisne y acercándose á la mesa, tomó un libro de oraciones y se puso á rezar para que el capellán no fuera á molestarse.

Nada más ventajoso para las dos mujeres que la situación aislada en que quedó la Cisne; pues, lanzándose repentinamente sobre ella, la alzaron sin

que nadie pudiese defenderla, le taparon la boca con un pañuelo y se la llevaron para la casa de Monterilla, donde la encerraron en la caverna en que la hemos visto escribiendo, y se salieron á esperar en la puerta de la calle.

Cuando la Cisne se quedó allí sola, lo primero que hizo, previendo sus desgracias, fué buscar un arma para defenderse con la muerte y no ofrecer á sus verdugos sino un cadáver inútil. Con este objeto dió algunas vueltas por la caverna, hasta que, viendo una puertecita hacia un rincón, se paró dudosa sobre si debería abrirla, pues seguramente en aquella alcoba no podía haber más que el lecho del que habitaba semejante morada; pero al fin determinó empujarla, y, como no tenía cerradura, la abrió muy fácilmente. Al momento se le ofrecieron á la vista unos ataúdes cuya presencia la hizo retroceder horrorizada; mas se resolvió á entrar, en la confianza de que donde se veían esos lechos de la muerte debía encontrarse también el instrumento que la daba. No se engañó, pues efectivamente á pocos pasos tropezó con un puñal viejo y enmohecido, que á pesar de su mal estado podía muy bien servir todavía, con tal que hubiese resolución y entereza en el brazo que lo manejase. Con esta arma salió la Cisne casi contenta y se sentó á escribir para que, después de muerta, sabiendo Santiago su inocencia, la divulgase entre las gentes virtuosas y quedase así honrada y respetada su memoria. Es-

cribía llena de valor, pues además había visto ya clavada en la pared la carta del doctor Temis á Monterilla que ella misma había llevado; y como no era mucho lo que tenía que escribir á un hombre que ya sabía gran parte de su historia, acabó antes de que llegase aquél; y cerrando la carta que puso sobre la mesa, se quedó sentada esperando el momento en que ese puñal debía pasar el último corazón, tal vez, en que su hoja ya enmohecida podía penetrar.

Los pensamientos más lúgubres fueron tendiendo un velo negro y mortuorio sobre su imaginación. Ya se consideraba entre uno de esos ataúdes, conducida á su sepultura sin honras religiosas, pero entre la pompa del crimen, por Monterilla y la Daifa. Muerto y frío sentía el aire de aquella caverna; muerta ardía la luz en el candil, muerta estaba la carta que acababa de escribir y que reposaba sobre la mesa como el cadáver insepulto de un inocente. Por todas partes reinaba un profundo silencio, y nadie parecía. Esa noche no era el abismo: era la eternidad; ya no había para ella más hechos que la muerte; y no era una luz agonizante la que ahora iba á dejarla sola, envuelta en las tinieblas: era ella misma, que otras veces había sobrevivido á la luz, la que iba á expirar al lado de un candil que seguiría después alumbrando su entierro y más tarde quizás el delito y la vileza.

Entonces sonó la cerradura de la puerta, y entró Monterilla volviendo á cerrar. La Cisne se levantó

del asiento con su puñal en la mano y con semblante altivo y orgulloso. Monterilla, acercándosele risueño, le dijo:

— No tema usted, señorita. Soy un amigo antiguo, ¿no se acuerda de mí? ¿se ha olvidado de su padre que tanto me quería?

— ¡Silencio! gritó la Cisne. No profane usted ese recuerdo sagrado burlándose de un padre en presencia de su hija desgraciada.

— Está bien, repuso Monterilla. No pronunciaré sino el nombre de Luisa y el mío en señal de amor, de unión y de ternura.

— Tampoco. Sus labios son indignos de mi nombre, y mis oídos se ofenden con el suyo. Lo que usted debe hacer es solamente abrirme esa puerta, si no quiere que me mate ahora mismo y correr el riesgo de que le atribuyan mi muerte.

— ¿Matarse usted?... ¡tan linda como está esta noche! Eso es imposible, y yo sabré defenderla.

— No es imposible, miserable; aquí tengo armas; y antes de que alguien ose acercárseme, sabré yo por mi parte usar de ellas mejor que usted sabría defenderme.

— No es Monterilla, dijo éste con lentitud, de los simples que creen en esas cosas. Mejor es que hablemos en paz los dos, que al fin no se trata sino de amor; y yo soy un amante como cualquier otro, y aun mejor, si usted quiere, al menos comparado con el joven Enrique.

— No me ultraje usted hablándome más, dijo la Cisne colérica: que yo estoy cansada de vivir, no quiero más que la muerte, y antes que continúe este diálogo afrentoso para mí, juro morir si es preciso.

Monterilla, al oír estas palabras, no pudo menos de sentir la resolución que las dictaba y persuadirse de ella. Por tanto sólo pensó en desarmar á su víctima; pero no sabía cómo lograrlo, pues, si se le acercaba, podía suceder que efectivamente se matase ó se hiriese por lo menos, como ella ofrecía y como él forzosamente empezaba á creerlo; así fué que se resolvió á guardar un rato de silencio para deliberar lo que le fuera más conveniente hacer.

Pero antes de que le ocurriera algo, se estremeció de susto al oír en lo más grave de aquel silencio tan espantoso para la Cisne un grito repentino que decía:

— Si Monterilla no me oye, lo mato sin remedio.

Y al mismo instante estalló un pistoletazo por la cerradura, que no era muy consistente, y se oyó un empujón formidable que súbitamente abrió la puerta con violencia, dando contra las batientes un golpe tan estrepitoso que Monterilla, descolorido y temblando, no se atrevió á moverse de su puesto, en el que casi se sentó levantando las manos, con los dedos abiertos, al nivel de los ojos.

Así lo encontró Emilio, que fué el que se presentó en la caverna con aire colérico y resuelto. Al momentó conoció á la Cisne que en aquella cueva se

mostraba impávida, llena de majestad y belleza con su puñal en la mano. Emilio la saludó, admirado y cariñoso; y ella, al conocerlo, dió un grito de alegría, corriendo á colocarse á su lado. Esta sola acción volvió á elevar el corazón de Emilio á una altura á que desde la noche anterior no se atrevía á remontar; y así, arrogante y noble, miró con desprecio y altivez á Monterilla, que, ya recobrado de su primer sobresalto, le volvió la espalda diciendo:

— No señor : es usted un importuno ; mas ni por ésas he de oírlo, porque no tengo ganas ; y usted debía ser menos atrevido para no venir á allanar así, contra toda ley, mi cuarto de estudio.

— Ni yo quiero que usted me oiga ahora: sólo pido que me oiga después.

— Ya he dicho á usted que no, contestó Monterilla.

— Necesito, sin embargo, hablar con usted, dijo Emilio, y debe prestarse á escucharme.

— Repito, añadió Monterilla, que no quiero, porque tengo otras atenciones más importantes.

— ¡Monterilla! exclamó Emilio con rabia; si usted no me atiende, haré que atienda el estallido de esta arma. ¡Vamos! ¿Me atiende usted? ó ya suena en sus oídos esta pistola, continuó Emilio, apuntándole.

— Atiéndalo, gritó la Cisne, que es un honor él que va á recibir.

— No sea usted, bárbaro, dijo Monterilla yéndose de medio lado hacia un rincón.

Y, levantando el brazo para que le sirviera de escudo, continuó :

— Quite usted de ahí esa pistola, que se le puede ir el tiro.

— Pues atienda usted, repitió la Cisne.

— ¡Oh! exclamó Monterilla viendo que Emilio cesaba de amenazarlo; si se interpone la señorita para lograr esa audiencia, ya eso es otra cosa, y atenderé por bondad.

La Cisne no pudo prescindir de sonreírse al ver tanta insolencia y tanta bajeza reunidas, lo que Monterilla atribuyó á la complacencia con que se aceptaba su grosera y odiosa galantería.

— Sí señor, prosiguió Monterilla dirigiéndose á Emilio, daré á usted audiencia en este mismo gabinete mañana en la noche.

— Bien, dijo Emilio : me tendrá usted aquí sin falta.

— Mejor es, dijo Monterilla, que procedamos en paz : si bien se considera, los dos debíamos ser íntimos amigos. Yo también tengo muchas cosas que decirle, pero no en este momento : mañana en la noche, y después, si usted se maneja bien, tendremos ocasión de hablar despacio. Por ahora basta le recuerde que usted no tiene motivo alguno de queja contra mí, lo que espero demostrarle con el tiempo, del modo más conveniente. Así es que, si usted fuera reconocido, no cargaría ahora, previniéndose solamente de sus malditas pistol, ascon

esa niña, que, sin saber por qué motivo, se le ha puesto al lado, de tal manera que sería obra de romanos arrancársela un hombre como yo, solo y desarmado.

— Basta, dijo Emilio, ofreciendo el brazo á la Cisne : hasta mañana.

— ¡ Y se la lleva ! decía Monterilla saliendo á la puerta detrás de Emilio y la Cisne. ¡ Ah ! ya la recuperaré ; ya tendrá que devolvérmela después él mismo.

Cuando Emilio entró en casa de Monterilla le fué preciso vencer la resistencia que le opusieron la Daifa y su compañera, que estaban sentadas en la puerta. Mas viendo que era el hijo de don Adolfo, lo dejaron pasar, creyendo que su visita importaba á Monterilla.

Mas no sucedió lo mismo cuando lo vieron salir con la Cisne de brazo ; pues la Daifa, enloquecida, se paró al frente de la puerta como para cerrarles el paso. Muy insignificante era, por cierto, tal obstáculo para Emilio, quien dándole un empujón se abrió camino con gran facilidad. La persona de Emilio, como se vió en el congreso de Monterilla, estaba garantizada contra los ataques de toda aquella gente. Por eso fué que la Daifa ni al entrar ni al salir intentó ofenderlo de ninguna manera y tuvo que ceder.

A poco que anduvieron Emilio y la Cisne, ésta se acordó de la carta que se le había quedado sobre la

mesa; mas considerando, por una parte, que era difícil recobrarla, y, por otra, que su contenido no interesaba á nadie, ni á ella le perjudicaba que se supiese, resolvieron dejarla para recobrarla después, evitando por entonces volver donde aquel hombre cuya presencia había sido siempre tan odiosa y repugnante para la Cisne.

Esta fué conducida por Emilio á casa del señor Osmán, donde, á pesar de ser muy tarde, estaba levantada toda la familia, á causa de la inquietud que les producía la ausencia prolongada de Emilio. Cuando entraron en el cuarto de las señoras, tanto la Cisne como Emilio se presentaron con timidez y embarazo, pero aquélla con una timidez que le imprimía gracia, mientras en éste se veía un embarazo que lo humillaba. Sin embargo presentó á la Cisne como un objeto á quien debía acabar de salvar aquella familia; y las señoras, que ya sabían el interés que tomaba por ella un personaje desconocido, oyeron con gusto la relación un poco incompleta que les hizo Emilio, quien concluyó diciendo al señor Osmán que con mucha satisfacción le ofrecía en aquella señorita oscura y desgraciada el objeto más digno con que había de reemplazarse el antiguo protegido que probablemente iba á perder su generoso corazón; mas que si no se dignaba aceptar ese depósito, se sirviese al menos conservarlo hasta el día siguiente en que se daría aviso al protector oculto.

— No hay más protector, dijo el señor Osmán, que tú y yo : los dos seremos suficientes para que esta niña no tenga necesidad de otras manos que la protejan... Usted puede, añadió volviéndose con bondad hacia ella, estar tranquila y confiada; pues no saldrá de esta casa sino cuando así lo quiera, y entre tanto disfrutará de la misma honra, seguridad y prerrogativas que mis hijas y que Emilio.

La Cisne dió las gracias al señor Osmán, y, poniendo sobre la mesa el puñal que se había traído de casa de Monterilla, referió el motivo por que lo llevaba.

Emilio tomó el puñal, y observó que en el cabo tenía escrito el nombre de Adolfo Castelví. Era en efecto el puñal de su padre, y por tanto, guardando con disimulo esa arma infame, antes de que la examinara el señor Osmán ó alguna de las señoras, se retiró, nuevamente avergonzado, para su cuarto, donde apenas se atrevía á contemplar de nuevo un objeto que acreditaba los delitos de su padre, y que la Cisne había tomado junto de un ataúd para salvarse del crimen que la rodeaba, pero que arrojó con horror luego que se vió en seguridad. El mismo que salvaba á la Cisne tenía también que esconder el puñal del asesino; porque, colocado entre la virtud y el vicio, debía defender indistintamente al criminal y á la víctima.

III

LOS AMIGOS

Emilio al día siguiente no salió á la calle, estándose encerrado en su cuarto, porque tenía vergüenza de subir á hablar á las señoras, y de que lo viesen presentarse en la ciudad. Muy grande contemplaba ya su infamia, porque Adelaida lo sabía todo; y eso era bastante para considerarse como un ser envilecido, que, si conservaba alguna nobleza, no debía aprovecharse de la ignorancia en que la sociedad estaba respecto de su padre, para presentarse en ella, bajo un carácter que ya no le correspondía, á gozar con malicia de las prerrogativas que en su concepto sólo el error podía acordarle, y que le serían rehusadas al conocerse su fatal secreto. En Adelaida, pues, había un testigo que respetar, y que era necesario viese confundido al desgraciado que tenía tanto de que avergonzarse. Además Emilio se sentía enfermo y extenuado: sólo se alimentaba con pesares y no alentaba en su corazón otra esperanza que la de la muerte ó la de esconder su vida em-

ponzoñada en un lugar ignorado, donde nadie volviese á saber de su destino; mas ese consuelo triste, que tan ingrata esperanza le ofrecía, era remoto y dudoso, porque necesitaba detenerse algún tiempo en el mundo para salvar á su padre, condenándose entre tanto á arrastrar penosamente aquellos días espantosos en que la vista de Adelaida lo alcanzaba.

Después de muchas horas de soledad vinieron á visitarlo don Juan y Santiago, con el objeto de congratularse por no haber seguido adelante las molestias con que Monterilla se propuso atormentarle. Ignoraban que el mal había seguido sin que la amistad pudiese acompañarlo en su vuelo rápido y funesto, y que quedándose ésta atrás, en vez de ir á ofrecer consuelos á una situación que no alcanzaba á ver, sólo iba á proferir acaso palabras amargas, creyéndolas conformes á un mal menor que pasó.

— Ya se acabó todo esto, decía don Juan; y Monterilla parece haber desistido de sus planes respecto de usted.

— Sí, dijo Santiago muy alegre; desde que nosotros estamos aquí, no hay acontecimiento alguno desagradable: de lo que yo, lo mismo que don Juan, me congratulo con usted.

— Siempre me supuse, continuó don Juan, que Monterilla no era más que un hablador que de ningún modo podía humillarlo á usted, según él decía...

¡Vaya! como si alguna vez pudiera estar la gente honrada á merced de unos infames como Monterilla y sus cómplices...

— Y les van costando muy caras, interrumpió Santiago, las gracias aquellas de las manos de muerto, los letreros y el tiple.

— ¿Cómo? preguntó Emilio, pudiendo apenas hablar en el estado de agitación en que lo tenía esta escena cruel.

— Muy bonitamente, respondió Santiago; ahora venimos de casa del doctor Temis, y nos ha dicho que acababa de hacer le remachasen al Mordedor dos pares de grillos que no lo dejan mover.

— ¡Dios mío! exclamó Emilio tapándose la cara.

— Bien hecho, repuso Santiago; así se le quitarán á ese malvado las ganas ó, por lo menos, los medios de venir de noche á la esquina para hacer el fantasmón, y asustar, el insolente, á la señorita Adelaida... Si de mí dependiera, aseguro que por sólo tal delito había de echarle un candado en la boca á ese ladrón.

— Mire usted, dijo don Juan, que esos asesinos deben ser feroces. La farsa de las manos denota una barbaridad espantosa: ellos juegan con un cadáver como un tigre con su presa.

— ¡Don Juan!... ¡por Dios! exclamó Emilio mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

— Tiene usted razón, repuso don Juan; pero dispénsame, porque esas manos no me han dejado dormir anoche. Sin embargo, no hablemos más sobre

el caso, que no es asunto digno de nosotros, ni debemos ocuparnos de delitos ni de delincuentes.

— Es verdad, dijo Santiago : ya todo se acabó, y es mejor hablar de cosas alegres.

— Pero Emilio continúa tan triste, replicó don Juan, que no puede uno menos, al verlo, de contristarse igualmente.

— Muy triste está, dijo Santiago ; tal vez desea quedarse solo, y nosotros lo estamos incomodando.

— ¿Por qué tanta pena, Emilio? preguntó don Juan.

— ¡Ah! contestó Emilio, esto no es pena : es desgracia... es horror... es el rastro de la maldición!...

— ¿Qué hay? preguntó con celeridad don Juan.

— ¿Tal vez la señorita Adelaida...? añadió Santiago temblando.

— No puede ser, continuó don Juan empezando á sospechar algún secreto terrible. Sin embargo, si es un sufrimiento que mi amistad deba ignorar...

— La mía lo ignorará, dijo Santiago ; pero juro á usted que estoy muy ansioso de hacerle algún servicio señalado ; y sea que usted me confíe su secreto, cuyo honor no pretendo todavía, ó que me lo deje ignorar, ordéneme cuanto quiera en su servicio, que yo sin replicar obedeceré en el acto.

— ¡Gracias, Santiago! contestó Emilio con tristeza; ya me acordaré de sus ofrecimientos.

— Hará usted muy bien, añadió Santiago ; y mi

amistad recibirá ese recuerdo como un favor honroso.

Después de un rato de conversación no menos cruel para Emilio, viendo don Juan y Santiago que su visita no podía consorlarlo y que reservaba algún secreto de gravedad, iban á retirarse; pero Emilio los detuvo.

— ¿Qué hiciéramos, don Juan, dijo con interés, para que ahora mismo se le quiten al Mordedor los grillos que le han puesto ?

— ¿Usted desea tal cosa? replicó don Juan lleno de admiración.

— Sí, señor, repuso Emilio. Yo no debo tolerar, añadió, que mis amigos me estimen al favor de un error que no puedo alimentar sin bajeza: no, don Juan. Ustedes van á aborrecerme, porque entre esos delinquentes hay un hombre que me interesa demasiado.

— ¿De veras? preguntó don Juan.

— Sí, respondió Emilio llevando el pañuelo á los ojos para disimular su vergüenza.

— No importa, dijo Santiago; á mí también me interesará, pues, ese hombre, y lo mismo á don Juan.

— ¡No han comprendido á un hijo desgraciado... envilecido! exclamó Emilio.

— Sí... dijo don Juan después de un rato de silencio: ¿no es verdad, Emilio, que puedo comprender, y he comprendido acaso su imprevista desgracia?

— Sí, don Juan; tal vez me ha comprendido, y yo no puedo ni quiero explicarme más.

— No es necesario, Emilio; ya lo hemos comprendido y conocemos la gravedad de ese secreto.

— Y sabremos, añadió Santiago, corresponder á la bondad con que usted nos ha indicado su infortunio.

— Él es inmenso, ¿no es verdad? repuso Emilio.

— Sí, dijo Santiago; pero, por formidable que sea, usted no debe abatirse.

— No, mi querido Emilio, añadió don Juan echándole los brazos: el valor es una cualidad que suele hallarse en el vulgo, cuando se limita sólo á dar serenidad ante un enemigo que puede morir ó matarnos; mas el valor de usted, hoy, debe elevarse hasta el grado de darle impavidez ante ese enemigo inmortal que se llama la desgracia.

— Sí, dijo Santiago: nosotros deseamos sufrir con usted y, más que todo, aliviarlo: ¿qué podemos hacer? Empléenme usted en algo, yo defenderé y atacaré á quien me indique.

— Es preciso, dijo Emilio, que defendamos al Mordedor.

— Está bien, contestó Santiago: iremos donde el doctor Temis á rogarle que por su parte se ponga inmediatamente á trabajar en el mismo sentido.

— No, contestó Emilio: todavía no quiero que el doctor Temis se instruya de este secreto terrible y desgraciado; me moriría de vergüenza si lo supiera

antes de que yo pueda ausentarme para siempre.

— ¡ Emilio ! dijo don Juan : el doctor Temis es un hombre sin preocupaciones, un amigo poderoso que puede fácilmente salvar á las personas por quienes usted y nosotros nos interesamos. Conviene, pues, hablarle cuanto antes : él guardará fielmente este secreto que al fin tendrá que saber.

— Con todo, replicó Emilio, todavía no quiero que lo sepa. Recuerde usted el anuncio de Monterilla cuando dijo que el doctor Temis me abandonaría... ese anuncio se cumplirá, don Juan ; y usted no puede concebir el dolor que sentiré al persuadirme de que aquel hombre me rechace como á ente degradado. No: es mejor, por ahora, que ustedes se limiten á un asunto que le importa más, y le digan tan sólo que la Cisne está en casa del señor Osmán.

Mas oyendo entonces que las señoras bajaban la escalera, Emilio, temiendo que sus amigos fueran á incurrir en alguna indiscreción involuntaria, se apresuró á recomendarles el secreto que les acababa de confiar.

En efecto, las señoras, extrañando el encierro de Emilio y atribuyéndolo á que estuviese enfermo, bajaban á visitarlo, y se presentaron en su cuarto todas, inclusa la Cisne. Ésta, conociendo inmediatamente á Santiago, á pesar del vestido elegante con que lo veía, se sorprendió dando muestras de una notable turbación. Él también la conoció ; y no pudo prescindir de alterarse visiblemente, pero de una

manera que manifestaba el gozo con que veía en calidad de dama á una joven respecto de la cual sentía hacía mucho tiempo el más vivo deseo de que no fuese lo que don Juan se imaginaba. Éste por su parte se quedó pensativo acordándose del día en que la Cisne entró en un salón donde Emilio y Adelaida eran felices, mientras que ahora aparecía ella feliz, y Emilio y Adelaida eran desgraciados.

La conversación que se entabló allí fué todavía más amarga para Emilio que la de don Juan y Santiago pocos momentos antes. Adelaida, angustiada, trataba sin cesar de cambiarla, pero sus tentativas eran infructuosas y veía padecer á Emilio los más crueles tormentos á cada palabra, sin lograr dirigir la escena que lo oprimía. Al fin se paró, disgustada, y puso decididamente término á tan ingrata visita, obligando á sus compañeras á retirarse.

Santiago sintió pena al ver salir á la Cisne, cuya belleza había estado admirando, y observaba con raro placer que, al lado de Adelaida y de las otras señoras, brillaba lo mismo que ellas, á pesar de estar un poco pálida, como lo estaba igualmente Adelaida, y de verse á las otras tan rozagantes y animadas. Allí, como en el concierto, su imaginación le había traído á Baciliza; pero al pensar en ella sintió que descendía como desciende el alma cuando, en medio de un jardín aromático y brillante, se presenta á la vista el fofu y espinoso nopal. Ya no la amaba, y sólo creía que lo había seducido á favor del tinte

ilusorio que adquiere la belleza cuando únicamente se la ve entre los árboles, á la orilla de los arroyos y con esa imaginación voluptuosa de los campos.

Después de una larga visita se retiraron don Juan y Santiago, dejando solo á Emilio, por ir á tratar de que se quitasen los grillos al Mordedor.

Emilio se quedó ocupado en uno de sus más horribles pensamientos, pues en la visita de las señoras se conversó sobre la pena de muerte con motivo de la situación en que la Cisne se había visto la noche anterior.

— Sí, decía Emilio solo, ésa es la pena que se impondrá á mi padre cuando sea aprehendido; y mientras tanto el hijo desventurado buscará en vano el reposo en estas noches eternas, en que, en lugar del sueño que debía sostenerlo, no habrá sino la vigilia que debe aniquilarlo... ¡Sueño! no. Entregar al sueño un mal muy grande es quedarse con él, porque el sueño lo exprime sobre la sien palpitante del desgraciado que se aletarga. Dormido ó despierto, no veré en adelante al lado de mi lecho sino un patíbulo manchado con la sangre de mil asesinos que Emilio tal vez execró cuando tenía derecho de baldonar el delito; y ese patíbulo se teñirá después con una sangre que Emilio besará con respeto, porque ya tiene obligación de honrar al criminal. Aquellas manos lívidas, con sus terribles letreros, llevarán en peso siempre delante de mí el asiento infame del ajusticiado; y por la noche lo clavarán al lado de mi

cama, ofréciedo en seguida á mis ojos sus palmas amarillentas, donde veré escritos esos conceptos que tanto me atormentan : ¡ *Infeliz Emilio, que te compadezca Adelaida !* ¡ *Emilio desafía la muerte y no teme la desgracia !* palabras secas como mis ojos estas últimas, húmedas y blandas como mi corazón las primeras ; burla picante de mi desventura, como fué mi alma la burla de mis sueños en noches infantiles... sueños de cadalso y deshonra para las noches de mi adolescencia. Y cuando, aprehendido y juzgado, mi padre vaya á contar los latidos de su pecho agitado en la capilla de la cárcel... Sí, entonces sus noches y las mías serán lo mismo... las noches angustiosas del reo de muerte... ¡ y ese reo es mi padre ! ¡ Ah ! ¡ qué tristes momentos para el desgraciado !... yo tal vez no alcanzaré á pasarlos, porque mi juicio se trastorna... me siento débil... y enfermo.... ¡ Oh, Dios mío ! tened piedad de mí : no me conservéis demasiado... ¡ Adelaida ! sí : tu infeliz amante va á ver á su padre vestido con una túnica blanca y ensangrentada, saliendo de una prisión con la cabeza descubierta... marchando hacia el patíbulo con esa fisonomía macilenta del que lleva muchas horas contando los últimos momentos de la vida... mirará á todas partes con los abiertos ojos de la angustia, con esa expresión triste del que va despidiéndose de todo para siempre : expresión grave como la muerte, pero afable y humilde al mismo tiempo como la del que implora

compasión y busca unos brazos abiertos para arrojarse en ellos... No : todos los brazos estarán entonces cruzados sobre el pecho del mudo espectador que repetirá consternado : « ¡ Éste era un ladrón... un asesino... es el padre de Emilio Castelvi !... »

Emilio siguió discurriendo, lleno de dolor, sobre la pena de muerte ; y á pesar del caso en que se hallaba, por último exclamó :

— ¡ Padre insensible ! ¿ cómo podría haberos detenido el patíbulo, cuando no pudo deteneros la generosidad paternal ? Sí, padre mío : vos y yo no podemos comprendernos, y vuestro fiero egoísmo va á arrojar sobre mi frente las manchas de vuestra sangre que ha de marchitar para siempre el pensamiento que Dios y el honor fecundizaban ; esa sangre entrará también en mi corazón y bien pronto lo hará palpar como el vuestro palpitó haciendo estremecer á los hombres con cada uno de sus latidos. En mis venas tal vez no corría antes vuestra sangre : la sociedad va á ingerírmela para completar la obra imperfecta de la naturaleza y hacerme absolutamente un hijo vuestro. ¡ Padre mío ! sois un egoísta feroz, y no miráis la muerte ni el patíbulo como los miro yo. Si para vuestros ojos, que nada ven al través de las pasiones, no ha bastado, padre ciego, ese espectáculo tan grande, el más abultado que puede ofrecer la sociedad, y que se llama el banquillo, ¿ cómo podría bastar el más tierno que da la naturaleza y

que se llama un hijo? Pero... ¡piedad, padre mío! Mi juicio se extravía; perdonad á vuestro hijo que ya no puede hablar más que horrores... ni pensar más que muerte... ni sentir más que dolor...

Pasadas largas horas, Emilio vió entrar á Santiago que venía á decirle ser difícil se quisaten los grillos al Mordedor, si el doctor Temis no se interesaba en ello, lo que era imposible esperar, porque estaba poseído contra aquellos delincuentes de un furor tan extraño que iba, según decía, á excitar vigorosamente á la justicia para la pronta persecución de todos ellos, y redoblar sus esfuerzos para que fuesen aprehendidos y castigados con la severidad mayor que permitieran las leyes. Emilio sin embargo insistió en que volviesen á hablarle, pensando ir esa noche donde Monterilla, para arreglar no sólo cuanto fuese relativo á la defensa del Mordedor, sino, más que todo, los medios como podría conseguir que su padre se ocultase lo suficiente para no ser aprehendido, mientras se disponía un modo seguro de que saliese de Bogotá, con cuyo logro Emilio mismo, según había resuelto, podía irse también para no volver jamás.

IV

LOS COMUNISTAS

Monterilla, esa noche, esperaba en su cuarto la venida de Emilio en virtud de la cita que se habían dado. Lo acompañaban tan sólo Solimán y Oropimente, pues el Mordedor seguía con sus grillos muy bien remachados, y don Adolfo no quería ballarse en presencia de Emilio. Monterilla había reunido aquellos dos compañeros no sólo con el fin de aprovechar la ocasión de ir empezando, ayudado por ellos, á mover á Emilio en el sentido de que llegase á ser su colega como se lo habían prometido, sino también porque, habiéndole cobrado cierta especie de temor, consideró prudente recibirlo acompañado de dos hombres en cuyos brazos tenía una confianza completa, porque estaban adiestrados tanto en la rapiña como en pugilato.

Monterilla, llenando en todo caso sus funciones esenciales de presidente, estaba sentado á la mesa en el mismo asiento que la noche anterior había ocupado la Cisne, y en las bancas de abajo se veían,

á la derecha, á Solimán, y á la izquierda á Oropimente. Después de un rato de conversación familiar, Monterilla con mucha gravedad instaló la sesión, que convenía mucho estuviese bien ordenada cuando Emilio llegase, lo que, según la hora prefijada, debía tardar algunos momentos, durante los cuales podían ocuparse de varios asuntos importantes de entre los muchos que Monterilla llamaba particulares, y cuyo debate, por lo mismo, no exigía una junta plena, sino antes bien el menor número posible para su discusión.

— Celebro mucho, dijo Monterilla dirigiéndose á sus socios con ademanes diplomáticos, que no hayan podido concurrir esta noche á la junta don Adolfo y el Mordedor, quienes por diferentes motivos son tan adictos á Emilio y á las personas que le interesan que no sería conveniente discutir con ellos ciertos negocios que sin embargo importan mucho al resto de la compañía, y aún á toda ella; si bien se considera. Por tanto, encargándoos la reserva, procedo, si no tenéis algunos asuntos más urgentes que llamen vuestra atención y merezcan discutirse primero, á dar lectura solemne de un documento que puede venir á sernos altamente ventajoso.

— No me opongo, dijo Solimán.

— Yo tampoco, añadió Oropimente.

— Pues bien, dijo Monterilla sacando del bolsillo la carta que la Cisne había dejado sobre la mesa. En virtud de varios accidentes que la junta sabe ya, ha

llegado á mis manos esta carta dirigida á Santiago, y cuyo tenor es el siguiente :

« Caballero :

» Voy á morir, y este papel, que no llegará á sus manos sino quando ya no exista la mujer desgraciada que lo escribe, será para usted una voz que sale de la tumba; será como una carta que en la región de los muertos se ha escrito delante de Dios para remitírsela en alas de la verdad á un mortal sensible y generoso.

» Debo morir... pero tengo algo que legar al mundo : mis secretos á usted, la verdad á la opinión, mi ejemplo á mi sexo... Cuando se va á morir, necesita el corazón despedirse de alguna cosa... decir adiós á otro corazón; es entonces que se tiene la vanidad del sentimiento, y se desea que el alma no enmudezca antes de que la muerte selle los labios para siempre. Yo, con todo, nada tengo en el mundo de que despedirme... para mí no hay corazón alguno que me diga adiós.

» Podría, es verdad, escribir de preferencia á otro hombre que quiso protegerme; pero su nombre fué un secreto que me recomendó y que no puedo consignar aquí, siendo además ese hombre demasiado severo para que mis pobres palabras pudieran interesarle, como espero interesen á un joven como usted que siquiera por un momento me habló de amor con el corazón.

» Cuando usted me dijo que me adoraba, sonó en el fondo de mi alma una voz cuyo acento me habría parecido, al ser menos desgraciada, esa ilusión con que la felicidad mece los corazones dichosos, y cuyo nombre, por demasiado dulce, apenas osa pronunciarlo una virgen, bajando los ojos, ó escribirlo cuando va morir y puede por tanto mirar sus letras con la indiferencia y superioridad con que todo se ve en el mundo al dejarlo para siempre. De esos secretos vanos para el que muere, pero interesantes quizá para el que vive, me atrevo á valerme ahora con el fin de mover su labio veraz y generoso á que divulgue mi inocencia y evite que mi sepulcro sea profanado por el error funesto que durante mi vida no pude disipar, porque la verdad era increíble si yo no moría para hacerla brillar con mi sombra.

» Jamás vaciló mi carácter, aunque alguna vez vaciló mi pensamiento ; y llevando siempre una vida infeliz, sólo me salvó del peligro la resignación con que preferí la pobreza, y hasta la humillación aparente, á la infamia y á la humillación verdaderas, ganando con mi abnegación el privilegio de librar mi memoria siquiera de la deshonra injusta de una situación que no siempre pude esconder al juicio de la opinion, y que ante el mío propio jamás pudo mancillar mi conciencia... »

Monterilla siguió leyendo algunos pasajes de la vida de la Cisne con los cuales concluía ese docu-

mento que no podía considerarse como una carta, sino como una súplica interesante, decorosa y delicada. Cuando acabó de leer, dijo poniendo la carta abierta sobre la mesa :

— Dos proyectos á cual más hermoso me han ocurrido con la lectura de esta carta : primero, que nuestro amigo Oropimente, cuya sana filosofía lleva el comunismo hasta poseer con rara perfección el arte de imitar toda clase de letras, haciendo así desaparecer ante su talento la funesta propiedad de la escritura, escriba una carta en esta letra, cambiando el sentido, para que, remitiéndosela á Santiago, quien según se ve claramente es el amante desconocido de la Cisne, nos vengamos deshonrándola por su propia confesión, y quitándole ese amante, cuya pérdida no dejará de ser para ella dolorosa, á la vez que útil para nosotros ; segundo, fingir una carta como dirigida á Emilio, en la que, hablándole la Cisne en calidad de amante, diga también algo acerca de Adelaida, de modo que haciéndola llegar á manos de ésta, aquél pierda su querida y se haga así más fácil el logro de nuestros planes.

— Este último proyecto, dijo Oropimente, me parece el mejor, puesto que, siendo Emilio quien ha llevado á la Cisne á casa de Adelaida, el lance adquiere con esta circunstancia una gran verosimilitud que Emilio no puede disipar fácilmente, cuando, al saber que su padre fué el asesino de don Mateo, no puede estar para andarse en galanterías.

— No es, dijo Solimán, muy malo ese proyecto, aunque es bien difícil de practicar, según mi opinión. Yo estoy pensando un tercer arbitrio muy útil, á lo menos para mí, y que tiene la ventaja de ser en extremo fácil, si es que ha de realizarse, y de que, si no se logra, nada absolutamente se pierde y nos divertimos de un modo muy inocente.

— Exponga Solimán su proyecto, dijo Monterilla, que la junta está pronta á discutirlo concienzudamente y con la debida imparcialidad, atendiendo no obstante á los intereses privados de tan digno colega.

— Como vosotros sabéis, continuó Solimán, yo tengo una hija á quien llamo Veratrina, linda muchacha y de raro ingenio, mas una cáfila de seductores la ha pervertido en tales terminos que ya no sé qué hacer con ella. Muy fácil sería que esa carta fuese más bien firmada por Veratrina.

— Eso no puede ser, dijo Monterilla, pues la carta de la Cisne hace mención de no sé qué conversación con Santiago.

— Ya lo veo, replicó Solimán; pero todo está bien claro en la carta, y Veratrina sabría perfectamente lo que había de hacer y decir. Por lo demás, la carta puede componerse como mejor convenga al objeto: todo depende de los detalles de mi plan que pensaré en breves momentos y expondré, á más tardar, cuando termine la audiencia de Emilio y se retire.

— No puede, dijo Monterilla, aceptarse ó rechazarse el proyecto, si no se llena, por lo menos, la

fórmula que prescribe el reglamento, indicando de pronto algún plan que deje la esperanza de realización, bien que el proponente conserve el derecho de variarlo ó perfeccionarlo después.

— De pronto expondré, dijo Solimán, que Veratrina representará el papel de una dama cuyas circunstancias puedan halagar de algún modo á Santiago; y esa carta nos servirá para que él tenga ocasión de enamorarse de aquélla, pues repito que es linda como una rosa; y sera fácil hacer el casamiento. Si esto no se lograra, poco se pierde: siempre es bueno procurar el establecimiento ventajoso de nuestros hijos.

— Ese proyecto, dijo Monterilla, puede lograrse si se maneja con mucha destreza; pero es ya independiente, si no me engaño, de la carta de la Cisne; que yo no sé para qué sea necesaria en ese caso.

— Para servir de pretexto, replicó Solimán, y para lograr al mismo tiempo la deshonor de la Cisne, con lo que se lleva á efecto el primer pensamiento del señor presidente y al mismo tiempo el mío.

— Todos éstos son proyectos descabellados, dijo Oropimente; y nosotros tenemos ahora muchos asuntos entre manos para meternos en vencer nuevas dificultades. Lo mejor es lo más fácil: hacer el cambio de la carta y entregar la falsificada á Santiago. Así la Cisne quedará deshonrada, y su amante no pensará más en ella. Después de esto podremos ocuparnos, con el detenimiento que corresponde, de la ventajosa colocación de Veratrina.

— Convengo por ahora, dijo Solimán, siempre que en el acto quede consignado en el libro particular un acuerdo que disponga definitivamente sea Santiago mi futuro yerno.

— Está muy bien, dijo Monterilla.

Y tomando el libro iba á escribir, cuando se presentó Emilio flaco y desfigurado.

Todos se quedaron en su puesto, y Monterilla, dejando el libro abierto, ofreció á Emilio un asiento al lado de Solimán. Emilio, sin pensar más que en el descanso que necesitaba, se sentó, y reconvino á Monterilla por no haberle cumplido la promesa que le había hecho de una audiencia á solas como lo que necesitaba ; pues que, si en presencia de un testigo de su conocimiento, no había podido hablarle la noche anterior, menos podría hacerlo delante de dos que le eran absolutamente extraños.

— No tenga usted cuidado, contestó Monterilla, que los señores están al cabo de todos los negocios de que los dos podemos ocuparnos ; son íntimos amigos de su padre y desean serlo de usted. Puede, pues, hablarnos con confianza, sin olvidar que está entre gentes de las que ningún motivo tiene para quejarse.

— Pido la palabra, gritó Oropimente desde su asiento y disponiéndose á hablar con elocuencia.

— Tiene la palabra el señor Oropimente, dijo Monterilla haciéndole una reverencia diplomática.

— ¡Qué palabra ! exclamó Emilio. No vengo á oír

discursos de nadie, sino á que usted, señor Monterilla, me diga francamente dónde está mi padre.

— Infringe usted el reglamento de la junta; contestó Monterilla con severidad. Sin embargo, para que el señor Oropimente pueda hablar, repito que tiene la palabra.

— Sí, señores, dijo Oropimente poniéndose de pie en actitud oratoria y con la ruana al hombro: su padre, caballero Emilio, el denodado don Adolfo, que con tanta justicia se ha hecho digno de la admiración de esta compañía, no ha concurrido á la junta en la presente noche, porque ha temido las reconvencciones de un hijo desnaturalizado. ¡Ah! reconvencciones injustas en verdad y anticristianas en demasía, como pienso demostrarlo con este breve discurso, mientras más extensamente me ocuparé del asunto en otro que tengo preparado para, en ocasión menos importuna, llevar la evidencia al más alto punto que lógica humana pudo elevar la verdad... ; Cuánto se contrista mi corazón femenino y sensible al contemplar que don Adolfo Castelví, *todo* valeroso como él es, rehusa una entrevista demasiado tierna para su hijo, y vergonzosa para quien, como don Adolfo, todavía no está bien poseído del espíritu filosófico de esta junta, y sólo piensa en obtener algún día el perdón de su hijo, á quien, contra todas las leyes de la naturaleza, considera como un juez inexorable y severo que va á fulminar la sentencia sin apelación! ; Funesto resultado de ese terrible

derecho de propiedad que, pesando de siglo en siglo sobre las generaciones embrutecidas, las ha condenado á romper ante su altar de oro los santos lazos de la sangre, á hollar indignamente los derechos de la humanidad y, más que todo, el libro santo del Evangelio... Sí... sensible y religioso auditorio, siento tener que tocar lo más blando de vuestros corazones; pero la religión inmaculada del cristianismo condena la propiedad. Esta, señores, es una ley impía que ultraja al filosofismo y disuelve las sociedades. Sí, ¡caballero inexperto! ¡joven preocupado! ¡hijo insensato! lejos de avergonzaros ante nosotros de ser el descendiente de un comunista, debíais envaneceros de que vuestro padre, superior á los errores de su tiempo, vaya más allá á practicar la verdad, y considerando las cosas como son en sí, con un ánimo libre de preocupaciones, elevado y noble, venga á esta tierra, y en su excesiva miseria tome el pan donde lo encuentre, porque ese pan es hecho para el hambre, y el hambriento puede buscarlo, como la avecilla busca la fruta de un jardín sin averiguar quién es el dueño, sin descender á pedirle el permiso de alimentarse, ni respetar una propiedad que ella, noble y orgullosa, desprecia ó desconoce... ¡Y cuán generoso no es Adolfo Castelví! Cuando legítimamente puede tomar el pan donde lo encuentra, respeta sin embargo el sustento del pobre, y va á buscar el suyo á la casa del opulento. Convénzase usted pues con nosotros de que su

padre, lejos de merecer el execrable epíteto de asesino, sólo es digno de las inmarcesibles glorias del valor; lejos de ser acreedor al feo dictado de ladrón, sólo merece la diáfana aureola de la filosofía y de la virtud.

Oropimente concluyó como Sancho, preguntando si había dicho algo. Mas Emilio, — que, sin hacer el menor caso, se había estado mirando la carta del doctor Temis que estaba en la pared, bien que por la escasez de luz no podía distinguir los caracteres trazados con lápiz, y la veía más bien como un papel blanco cuyo destino trataba de adivinar, — á lo sumo había pensado con indignación en la ostentación que aquel criminal hacía de sus miserables doctrinas. Mas cuando el silencio le hizo notar que el charlatán había terminado su importuno discurso, volviéndose hacia Monterilla, le dijo :

— Deseo, despacharme pronto, y espero por lo mismo tenga usted la condescendencia de indicarme lo que debe hacerse para defender al Mordedor y para que el señor Adolfo Castelví se oculte y goce de perfecta seguridad.

— El Mordedor, dijo Monterilla, ha sido aprisionado hoy con dos pares de grillos : no sé si usted lo sabría ya ; pero, sea lo que fuere, me abstengó de reconvenirlo por ello, pues sin mi anuencia no ha podido ni debido obrar ; y aunque supongo sabrá ya el doctor Temis cuánto interés tienen usted y su padre en esta defensa, creo que él tampoco habrá

querido obrar sin mi consentimiento. Mas, ahora que es preciso entrar en acción y hacer que todas las cosas queden dispuestas de modo que la defensa empiece con provecho, intimo á usted que es necesario hable mañana mismo á ese abogado para que plenamente se encargue de salvar al Mordedor. Y como es de creer que se rehuse á hacer la defensa de un modo ostensible, tratando de mantener oculto su nombre, será preciso que usted se comprometa á figurar como defensor, firmando los escritos y haciendo personalmente todas las diligencias que sean necesarias, porque yo, aun cuando me reservo el derecho de dar algunas instrucciones, tampoco quiero aparecer como defensor.

— ¿Y si á pesar de la defensa del doctor Temis, el Mordedor es condenado, replicó Emilio, qué piensa usted que hagamos?

— Me parece muy bien, contestó Monterilla, que usted sea tan previsivo; pero confío en que no llegará el caso que teme, pues el doctor Temis es un hombre de mucha influencia. Mas si, á pesar de todo, semejante desgracia sucediere, la junta ha previsto ya algunos acuerdos sobre el particular, de los que no estoy autorizado para rendir cuenta á usted, bien que ellos dentro de poco serán discutidos con su asistencia, teniendo en el debate voz y voto, como hijo de don Adolfo y practicante mío.

— ¿Y mi padre? preguntó Emilio.

— Su padre permanecerá oculto perfectamente,

respondió Monterilla; si el hijo puede proporcionarle alguna suma para que emprenda su viaje, ha ofrecido que se enmendará, solicitará el perdón de usted y se le presentará después, para ser digno de decirle adiós estrechándolo entre sus brazos. A la verdad, el señor Castelvi no es muy propio, por su carácter preocupado, para miembro de esta junta, pues conserva todavía tantos escrúpulos que muchas veces ha manifestado estar resuelto á irse á trabajar para conseguir algún día con que hacer la restitución de lo que en su estado de miseria ha tomado contra la voluntad ajena. Es además muy pusilánime para todo lo que no sea defenderse; y si concurrió con el Mordedor á la casa del señor Osmán, fué á causa de que habiendo llegado á Bogotá desesperado por sus continuas pérdidas, vino resuelto á robar á aquel señor, de quien por las cartas de usted había sabido la excesiva riqueza y las circunstancias particulares de su casa.

— Bien, dijo Emilio; nada más tengo que hacer aquí: mañana hablaré al doctor Temis y empezaremos á obrar como ustedes quieran, siempre que yo pueda confiar en que la persona de mi padre permanecerá en completa seguridad, como me lo han prometido.

— Es usted un buen hijo, repuso Monterilla; y para el caso en que obrara como ha obrado, el señor Castelvi me hizo una recomendación que voy á cumplir con mucho gusto. Me encargó diese á usted, en

prueba de su amor paternal y del respeto que le profesa, el retrato que tantas veces había solicitado usted como una imagen que en la ausencia pudiera consolar y satisfacer sus anhelos filiales.

— ¿Dónde está ese retrato? preguntó Emilio con interés.

— De aquí á dos noches puede usted mismo venir, ó mandar por él á alguno de sus amigos.

— Ahora, añadió Emilio, sólo me resta que usted me entregue una carta que dejó la Cisne anoche sobre esa mesa.

Todos se desconcertaron con esta inesperada demanda. Sin embargo, Monterilla, disimulando su sorpresa, contestó con indiferencia que ese día mismo, muy temprano, se la había remitido á Santiago, creyendo fuese para él, como lo indicaba el sobrescrito, y que por consiguiente debía hallarse en su destino.

Emilio salió muy abatido y se fué para su casa pensando en su miserable existencia. Ya era preciso, pues, ser amigo de Monterilla.

Antes ningún hecho propio lo envilecía; mas ahora ya empezaba á descender por sí mismo: su dolor en consecuencia lo humillaba y el círculo de sus pesares se extendía en realidad.

— ¡Adelaida! ¡Adelaida! repetía. Ayer tu amante era el hijo de un ladrón... pero hoy es el amigo de Monterilla, que junto con él defenderá á otro ladrón, se burlará de los hombres, de los magistrados y de

las leyes, y discutirá entre los criminales proyectos avernosos para salvar á un insolente que osó turbar tu sueño pronunciando tu nombre con desprecio. El honor y la dignidad fueron para mí como un vestido ajeno de que me vi de repente despojado... pero ya llevo en su lugar la librea de la infamia; fueron un brillo momentáneo que el aliento emponzoñado de mi padre debía empañar; mas yo mismo voy á arrojarle la mancha del delito... Pero ¿qué me importan esta sociedad ni este mundo? Si no muero pronto, me ausentaré, iré á refugiarme en una tribu salvaje, donde recordaré mis pensamientos divinos, mis bellos días de civilización y amor; recordaré á Adelaida como la imagen de mi conciencia cuando viví entre los hombres, de mis sueños cuando viva entre las bestias: la recordaré como el ídolo encantador en cuyas aras ardió mi corazón, se regaron como flores mis leves esperanzas, y sonaron como himno mis caras ilusiones... Y entre tanto, ella será feliz... se olvidará de mí... se olvidará, porque jamás me amó... No, ¡Adelaida! Mas... ¡era tan vil el que se atrevió á adorarte! tú que merecías á un caballero... Sí... yo también merecía un padre virtuoso, y la naturaleza no me dió sino un padre asesino. Con todo, Adelaida, más respetuoso yo que la naturaleza misma, no pensaré más en ti, porque ese rostro angelical, que ni el aire debe tocar, no ha de verse gravado en el pecho de un hombre vil... ¡oh! ¡qué funesta es la infa-

mia! ¡qué imágenes tan caras osa borrarnos!...

Con estas ideas, Emilio, embozado en la capa, permanecía parado en la puerta de su casa sin atreverse á entrar, aunque era ya muy tarde. Estaba resuelto á pasar allí la noche, porque no podía golpear en esa puerta que le parecía que, solemne y grave, le rechazaba con muda majestad para impedirle la audacia de ir á deshonorar con su presencia habitaciones tan nobles, cual si fuesen la cárcel en que su padre debía arrastrar las cadenas del criminal, ó la caverna en que Monterilla debatía sus sórdidos manejos. Mas al pensar en esto, una voz dulce, tímida y misteriosa, llegó á sus oídos: era Adelaida que lo llamaba desde el balcón. El corazón de Emilio se agitó como para despertarlo de un sueño, y viéndose obligado á obedecer, entró á pasar la noche lleno de amargura.

V

LA FALSIFICACIÓN

En el momento que Emilio salió de la junta, ésta procedió á discutir rápidamente las proposiciones de Solimán acerca de su proyecto y con relación á la carta y á Veratrina, proposiciones ya mejor determinadas y más claras, cuya combinación tuvo tiempo de meditar durante la audiencia de Emilio. Así fué que, pocos momentos después de quedarse solos, Oropimente, ocupando el asiento presidencial, se puso á falsificar la carta de la Cisne; y Monterilla, poniéndose la capa y tomando su farol, salió aceleradamente, advirtiendo á sus dos colegas lo esperasen para continuar, según el éxito de su diligencia, la discusión pendiente.

Monterilla andaba tan aprisa por la calle que en un instante se puso en la casa del capellán, subió la escalera y se presentó en la pieza, donde halló á éste paseándose con el breviario en la mano y vestido con un capote de paño negro. No bastó la presencia de Monterilla para que el sacerdote interrumpiese

el oficio ; pues, haciéndole una seña, le mandó que lo esperase en el corredor.

No era inútil á Monterilla este breve plazo que debía servirle para perfeccionar mejor su ensayo, y no improvisar con demasiada prontitud las bases de un proyecto que apenas se acababa de concebir y no dejaba de tener su lado grave y delicado, aunque en sí no fuera peligroso ni pudiera comprometerlo seriamente.

El capellán por fin abrió la puerta, mandó entrar á Monterilla y le ofreció asiento.

— ¿Alguna confesión ? preguntó en seguida.

— No, señor : es una noticia muy importante que traigo al señor doctor, á quien desde el principio he tenido muchos deseos de servir ; y por eso he aprovechado esta ocasión para darle un aviso que, según entiendo, puede interesarle muy particularmente.

— ¡ Gracias, amigo ! Siento, sin embargo, que usted se moleste por mí. Sírvase, pues, decirme cuál es ese aviso.

— Por un milagro del señor doctor ha parecido la señorita que tanto buscaban usted y el difunto doctor Mateo, y cuya solicitud costó á éste la vida, y al señor capellán algunas molestias.

— ¿ Luego no había parecido ? preguntó el capellán admirado.

— No, señor : la que pareció fué otra á quien buscaba la Daifa, y que, como usted sabe, es una muchacha detestable que seguramente pretendió apro-

vechase de la solicitud del doctor Mateo : cosa que es muy común aquí entre esa clase de gente. Calcule el señor doctor para qué quería don Mateo semejante alhaja, cuando lo que él buscaba con empeño extraordinario, — y á fe que tenía razón, — es una niña tan honrada y tan santa que usted apenas puede tener idea.

— ¡Cuánto bendigo al cielo, dijo el capellán, cuando sé que hay una niña santa! ¡Dios quiera que usted diga verdad!

— ¡Oh! de eso no le quede á usted la menor duda: yo acabo de encontrarla en una chocita...

— ¡Vaya! interrumpió el capellán : entonces no es una señora.

— ¡Oh! exclamó Monterilla; y de lo primero en sangre y en belleza. Pero permítame el señor capellán que continúe la relación de mi descubrimiento.

— Muy bien, amigo mío.

— Pues, señor: acabo de hallar á la señorita en la casa de unos pobres, donde se refugió para escapar de las seducciones de un señor Emilio que dió en perseguirla porque la veía tan pobre en casa de una señora que vivía por Egipto.

— ¿Y cómo sabe usted que esa joven era la que buscaba don Mateo?

— Ahora verá el señor doctor lo que es la casualidad, ó más bien lo que pueden las oraciones de un santo sacerdote. Yo iba esta noche para mi casa sin pensar en nada de esto, cuando, habiéndose apa-

gado la luz de mi farol, me acerqué á una chocita para reponerla. Desde la puerta en que me detuve alcancé á ver una joven de rodillas, haciendo oración, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada, que tal parecía una santa, con su corbata de seda y su vestidura de merino.

— ¡Pobrecita! exclamó el capellán.

— Estaba, señor, postraba al frente de un altarcito tan humilde que sólo lo adornaban cuatro vitelitas. Tanto fué, señor doctor, lo que este espectáculo me tocó al corazon que quedé más compungido que un san Jerónimo, y no pude prescindir de preguntar quién era ese ángel. « Es la señorita Veratrina, me dijeron, que así como usted la ve, pasa la noche hasta las diez ó las once y se acuesta después sobre una tarima, sin poner siquiera una almohada ni un jergón para disminuir el rigor de su penitencia. — ¿Y de qué familia es? pregunté. — Es una parienta lejana del difunto don Mateo, me respondieron. » Al instante traje á la memoria la recomendación de este señor para que le ayudásemos á buscar aquella niña, y resolví aguardar allí, hasta ahora poco que acabó su oración, con el fin de preguntarle yo mismo: ella me ha referido su historia que en breves palabras es ésta. Después que quedó huérfana de padre y madre, don Mateo la protegía en secreto, como es natural á la verdadera caridad, y la había colocado en casa de una señora muy santa, donde se practicaba la oración en suma pobreza. Ese señor Emilio

se enamoró de la joven y empezó á perseguirla, de modo que la señora tuvo que esconderla en la casita de que he hablado; mas como no hubo tiempo de que don Mateo supiera dónde quedaba el escondite, pues la señora murió de repente, empezó á volverse loco por Veratrina, hasta que le costó la vida su inútil diligencia. La niña no ha vuelto á salir ni un momento y está en extremo abatida. Mas no es esto solo: me ha dicho también que don Mateo, mientras vivía, siempre le hacía la advertencia de que cuando él muriera dejaría á un amigo suyo, que se llama don Salvador, recomendado para que le diese algo de semana. Yo, que conozco mucho por fortuna á don Salvador, caballero anciano muy religioso y timorato, vengo ahora mismo de hablarle, con lo que le he proporcionado un gran placer, en cuya virtud marchó al instante á ver á Veratrina, mandándome que entre tanto viniese á que usted nos aconsejara dónde sería bueno colocarla mientras entra á las monjas, y á rogarle que de todos modos se haga cargo de dirigir su conciencia.

— Vea usted, dijo el capellán, qué circunstancias tan diferentes de las de aquella otra mujer que, bien conocí yo desde el principio, se proponía engañarnos.

— ¡Imposible! y aquí está la prueba: yo me dejé engañar entonces por un momento, y si no hubiera tenido el honor de oír al señor capellán, y de ser amigo de la Daífa, todavía estuviera equivocado,

sin hacerme cargo de la diferencia de circunstancias. Aquella aparecía como leñadora, porque no era más que una vagabunda, una mujer criada para el servicio doméstico, pero que salió tan amiga de los hombres que continuamente se está fugando. ¿Qué interés había de tener por ella don Mateo? ¿sería él capaz de llevar al lado de la señorita Beatriz una prenda semejante? Veratrina sí; que si usted la ve, es la misma virtud y no piensa sino en las monjas, ni estima otra cosa que á los santos ministros del altar. Es beata de las Mercedes...

— Está visto que es una señorita virtuosa, dijo el capellán. Me parece que con un buen director vendrá á ser al fin una esposa de Jesucristo.

— Sin remedio, repuso Monterilla, siempre que el señor capellán se encargue de confesarla.

— Con mucho gusto si fuere señora de calidad: así es que mañana nos veremos y pensaremos lo más conveniente. Entre tanto esta noche la encomendaré á Dios y le pediré me ilumine lo que debe hacerse en el caso.

— Sin embargo, replicó Monterilla levantándose para irse, yo ruego al señor doctor nos proporcione una casa, así como la de doña Gonzaga, para colocar á Veratrina.

— Puede ser, contestó el capellán.

— Pero es de advertir, repuso Monterilla, que éste es precisamente el objeto urgente de don Salvador: como no tiene dónde colocar inmediata-

mente á aquella niña, será preciso pase esta noche donde está, pero mañana debe ser puesta en una casa honrada. Se quiere que ésta sea la de doña Gonzaga, por varias razones, y principalmente porque así lo desea Veratrina; mas si muy temprano no está arreglado el asunto en estos términos, habrá que llevarla á otra parte, y doña Gonzaga perderá la utilidad de la pensión que debe cubrir don Salvador.

— Evite usted eso, señor Monterilla, y no olvide que aquella familia está muy necesitada. Yo madrugaré á interesarme con ella, y creo que accederán al momento; pues, estando doña Gonzaga un poco mejor, se necesita tratar de que Beatriz entre al convento, y no sería malo que entonces le quedase á la pobre señora, en lugar de Beatriz, el consuelo de Veratrina.

— Mas ésta también va á entrar á las monjas muy pronto, replicó Monterilla: éstos son precisamente sus deseos, los de don Salvador y los míos.

— Tanto mejor; con eso Beatriz se animará, y puede que entren el mismo día y al mismo convento.

— ¡Oh! eso sería muy bonito, dijo Monterilla: ver á las dos niñas...

— Ciertamente, interrumpió el capellán con una sonrisa de ternura, ¡ese espectáculo sería muy bello!

— Procuremos, procuremos, dijo Monterilla, que se realice tan hermoso cuadro. Mañana mismo ten-

drá usted en su confesonario á Veratrina ; de allí se irá con Beatriz, pues usted les mandará que se vayan juntas, y después irá á arreglar el asunto, continuando con esas dos bellas hijas hasta que las envíe al cielo por el claustro que les guste más, que sin duda será el más oscuro.

— Muy bien, dijo el capellán recibiendo la mano de Monterilla.

Y, muy contento, se fué éste á dar cuenta á la junta del estado en que quedaba el proyecto acordado para establecer á Veratrina con Santiago.

Ya Oropimente había acabado de falsificar la carta y esperaba á Monterilla entreteniéndose en conversar con Solimán.

— Es un tesoro de necedad nuestro capellán, dijo Monterilla, poniendo el farol sobre la mesa. Las cosas marchan tan bien que, por mal que nos vaya, estoy seguro de que á lo menos recobramos á la Cisne.

— Ese Padre, dijo Solimán, es digno de todo mi aprecio, y voy á elegirlo por mi confesor. ¿Qué dijo de la historia? ¿muy persuadido quedó?

— Perfectamente : á la hora de ésta el clerizonte está encomendando á Dios á la bella Veratrina, de tal modo que temo no vaya á echarla á pique su oración, y deje de servirnos en el asunto... Mas, ¿qué hay de la carta? ¿ya está redactada?

— Al gusto de Solimán, contestó Oropimente acercándose con ella al candil para leérsela á Monterill

— Vamos á ver, dijo éste sentándose en su silla y recostándose sobre la mesa, en actitud de profunda atención: lea usted.

« Caballero :

» Estoy en la habitación de Monterilla, á quien aguardo llena de temor, para oír las reconvenções formidables de sus celos. Probablemente moriré á sus manos esta noche, porque es un hombre feroz cuando se cree ofendido como amante. Mas no quiero llevar al sepulcro uno de los remordimientos más amargos que he experimentado en mi vida, y el más tenaz de los muchos que me han causado mi flaqueza y mis extravíos. He sido muy mala; pero quiero practicar alguna acción virtuosa, siquiera al tiempo de morir, para que Dios me perdone, al ver que mi muerte hace tal vez la felicidad de dos seres á quienes con mucha perversidad he robado una parte de su dicha. Quiero pedir á usted perdón del mal que le he causado y que usted mismo ignora, como se ignoran con frecuencia por el calumniado las calumnias que lo deshonran.

» Cuando usted apareció en Bogotá por primera vez, inspiró en el alma inocente de Veratrina, señorita que usted quizá no conoce, una rara pasión que en vano intentaba combatir. Yo lo supe, y me propuse por malignidad perjudicarlos á ambos, arrebatándole á usted un corazón demasiado virtuoso

para que no fuese el objeto de mi odio y de mi envidia, haciendo para ello creer á Veratrina que usted era uno de los ladrones del señor Osmán. Ella recibió con horror semejante desengaño y se propuso al momento retirarse á un claustro y sepultarse para siempre en una vida indigna de su belleza y de sus gracias. Pero ahora que voy á morir, deseo evitar ese mal, escribiendo á ambos la verdad, para que me perdonen como se lo ruego. Sí, caballero; he sido muy mala y muy hipócrita, y será para usted y Veratrina una gran fortuna que yo muera; porque ciertamente, si logro escapar, no verán ustedes estas cartas que estoy escribiendo, pues me interesa demasiado pasar por virtuosa mientras exista, porque soy muy débil y no puedo soportar ni la miseria ni el desprecio. Escribo esta verdad, á fin de que no me compadezcan después de muerta, y de que sepa usted que una mujer que como yo lo amaba y no se ve correspondida, es preciso que muera para que el ingrato se libre de sus venganzas. »

— No está mala, dijo Monterilla; pero yo la esperaba mejor.

— Así la quiso Solimán, replicó Oropimente.

— Sí, porque así conviene, añadió con énfasis Solimán; y el principal interesado en el asunto soy yo solo.

— Nada de eso, replicó Monterilla: á fe que á mí

me interesa más quizá que á ustedes, porque esa carta influye mucho para que la Cisne vuelva á mi poder en cierto caso.

— ¿Qué caso? preguntó Solimán.

— El de que no se logre que el doctor Temis de- fienda al Mordedor.

— ¿Cómo así?

— Vean ustedes. Yo entonces le digo á Emilio que su padre no puede salvarse sino á condición de que la Cisne vuelva á poder de la Daifa.

— ¡Buena idea! exclamó Oropimente.

— No hay duda, contestó Monterilla. Cuando Emilio vea que el Mordedor es condenado, yo le digo que ya he aprisionado á don Adolfo, y voy á entregarlo á la justicia con las pruebas de sus crímenes: le recordaré que la pena que debe imponerse á su padre es la de muerte; y él entonces, sin vacilar, por sí mismo traerá á la Cisne como se lo pronostiqué; pues esta muchacha no le interesa particularmente, y ningún mal verdadero va á sufrir en casa de la Daifa.

— Eso es exacto, dijo Oropimente; pero conviene mucho la reserva. Y es tanto más seguro, cuanto que Santiago y los demás, desengañados con la carta falsa, ayudarán en el mismo sentido.

— Sin remedio, repuso Monterilla. Cuando Emilio y la familia del señor Osmán sepan quién es la Cisne según esta carta que ella de ningún modo puede desmentir, la arrojarán de la casa, aunque no se les

ofrezca el interés de salvar con su restitución á don Adolfo y á Emilio.

— Esta noche ha sido muy feliz, dijo Solimán. Pero es bien tarde y debemos recogernos, para madrugar á trabajar.

Con esto se retiraron, llevándose Solimán la carta falsa, y ~~Oropimente~~ la verdadera.

VI

EL ABANDONO

Al día siguiente, Emilio amaneció gravemente enfermo y no pudo levantarse, á pesar de la necesidad que le había impuesto Monterilla de ir, sin excusa, á hablar al doctor Temis y empezar á trabajar activamente en la defensa del Mordedor, cuya causa se encontraba ya en un estado tan avanzado que exigía rápidos y multiplicados esfuerzos y diligencias.

Muy de mañana vino Santiago á visitarlo y decirle las palabras consoladoras que su amistad le había sugerido esa noche, para contribuir al alivio de un amigo desgraciado: reflexiones, esperanzas, lisonjas, todo quería emplearlo con profusión á fin de dulcificarle su pena; mas era en vano, pues Emilio no podía probar ningún consuelo, y, viendo que el tiempo transcurría y era imposible levantarse para ir donde el doctor Temis, suplicó á Santiago fuese á llamarlo, ya que no había otro remedio.

— Ahora mismo vendrá, dijo Santiago: he estado en su casa á darle aviso, como usted nos encargó

ayer, de que la Cisne se halla aquí, y me ofreció venir inmediatamente.

— Me asusta eso, Santiago; la visita será muy agradable para la Cisne; pero para mí... va á ser horrible.

— Consoladora, diga usted más bien: ya lo verá; el doctor Temis va á decirle palabras eficaces, á encargarse en el acto de la defensa del Mordedor, que en dos ó tres días estará en libertad; con lo que don Adolfo se irá libre también, sin que nadie lo persiga; se enmendará, como han asegurado; y he aquí que todos los males se disipan en un momento, sin que nadie vuelva á acordarse de ellos.

— No hablemos de eso, Santiago. Dígame más bien si ha recibido una carta que la Cisne dejó olvidada la otra noche sobre la mesa de Monterilla.

— No, señor, contestó Santiago.

— Sin embargo, dijo Emilio, Monterilla me aseguró habérsela remitido, porque era para usted.

— ¿Para mí? preguntó Santiago con admiración; ¿y quién me la escribió?

— La Cisne.

— ¿Ella? ¡Dios mío! ¿y por qué no me dice ahora de palabra lo que iba á escribirme? ¿Sabe usted lo que fuera?

— No, señor; y aun usted mismo debe ignorarlo siempre, según me ha manifestado ella. Así es que expresamente me recomendó le advirtiese que no quiere que la lean, pues la había escrito sólo en el concepto de ir á morir, cuya condición no habién-

dose llenado, le deja esperar que si usted la recibe se la devuelva cerrada.

— Así lo haré, dijo Santiago, no obstante la curiosidad que tendré que vencer para ello; y le aseguro también que ahora mismo voy á averiguar por esa carta hasta que dé con ella en cualquier parte.

— Es bien fácil, dijo Emilio; porque me parece que tal papel no interesa á nadie, y Monterilla se lo entregará sin obstáculo.

— Ahora mismo me lo entrega, y ojalá se resista, que juro aprovechar la ocasión de librarlo á usted de semejante hombre.

— No, Santiago: Monterilla en nada me ofende ni ha ofendido; al contrario, creo que tanto mi padre como yo debemos estarle agradecidos.

— Puede ser, dijo Santiago; pero dentro de pocas horas, ó está en mi poder la carta, ó no respondo de lo que haga. Voy ahora mismo á buscarlo.

— Todavía no vaya, dijo Emilio; déjelo para esta noche, que voy á hacerle una recomendación acerca de ese hombre.

— Con mucho gusto, respondió Santiago; ¿que recomendación es?

— Solamente la de que vaya á su casa, para que me envíe con usted el retrato de mi padre.

— Y me lo dará con la carta, que traeré aquí sin leerla, como lo prometo, ¿no le parece á usted?

— ¡Ojalá! porque la Cisne desea mucho recordarla.

Desde que Santiago supo el asunto de la carta, empezó á sentirse agitado con esta circunstancia tan misteriosa é interesante para él. La Cisne le había escrito cuando creía ir á morir. ¡Qué idea tan lisonjera! ¡qué momento para un recuerdo! ¡qué circunstancia tan grave para dar al hombre en quien se pensaba entonces la preferencia más satisfactoria! De pensamiento en pensamiento llegó Santiago á las ilusiones, y de las ilusiones voló á la esperanza, al amor y á la felicidad. Entre tanto su corazón latía con fuerza, y la amistad olvidaba el doliente que estaba consolando. Un suspiro de éste lo distrajo por fin de su enajenamiento, y, dejando sus ideas agradables, volvió á ocuparse de la desgracia; pero sentía alguna cosa que le estorbaba dar á su acento un timbre consolador, y veía que era la felicidad la que lo distraía; con esto se persuadía de que los hombres contentos no pueden ser los más aptos para consolar al desgraciado.

Por último sintieron entrar al doctor Temis, que, ignorando las desventuras de Emilio, no había creído urgente visitarlo, estando, por otra parte, ocupado con exclusión en investigar los medios de hacer la captura del compañero del Mordedor, y de asegurar á éste, para que no volviese á salir por la noche; así era que sólo venía ahora por haber tenido noticia de que la Cisne estaba ya en seguridad en casa del señor Osmán, con cuyo motivo deseaba recomendarla eficazmente. Pero en la sala le avi-

saron las señoras que Emilio se hallaba enfermo, por lo que, antes de salir, bajó á visitarlo y ofrecerle sus servicios.

Desde que Emilio lo sintió entrar en la casa, experimentó un sacudimiento que, trayéndole á la memoria sus desgracias, le ofreció en toda su intensidad la pena que iba á sufrir al revelar á un hombre á quien tanto respetaba y quería, la deshonra que ya apenas podía llamarse un secreto, pues iba llegando poco á poco al conocimiento de todos sus amigos, de un modo inevitable y por su propia confesión.

— Yo no alcanzo á hablarle al doctor Temis, le decía á Santiago con voz alterada cuando aquél bajaba la escalera : no querría que entrara, porque ya toda sensación me causa mucho mal ; conozco que á mi cuerpo le hace daño la vida. Que no entre, que no entre : mi cabeza está alterada...

Mas en el acto se presentó el doctor Temis al lado de la cama de Emilio. Santiago se retiró para dejarlos solos.

Emilio, reuniendo las fuerzas que le quedaban, hizo la relación de sus desventuras, concluyendo por pedir al doctor Temis defendiese á todo trance al Mordedor, para salvar á su padre. El doctor Temis lo escuchó sin manifestar ni admiración ni sorpresa.

— Es muy natural, mi querido y desgraciado amigo, le dijo luego que lo oyó, que usted haya sufrido en este caso un pesar tan profundo, pero también es cierto que su pena no debe pasar más

allá del hecho que la causa, imaginándose otro que no ha sucedido ni puede suceder nunca. Sienta usted la deshonra de su padre, pero no la propia. Si la sensibilidad y el honor dan el grado á los pesares, el talento y la ilustración los reducen á los únicos hechos que son dignos en el mundo del dolor humano y pueden alcanzar á herir un corazón fuerte y grande. Para usted, Emilio, no hay infamia. Solamente el error más indisciplinable y la preocupación más grosera é insensata podrían envolverlo en una deshonra en que la sociedad ilustrada y el hombre juicioso jamás pueden comprenderlo. Si alguna vez el criminal logra inspirar interés, si en algún caso viene á ser objeto de una compasión respetuosa y tierna, es sólo cuando ese criminal tiene un hijo caballero. Hoy, Emilio, su padre nada puede enviarle, con nada puede contagiarlo; es sólo usted quien envía y comunica á su padre honor, grandeza y respeto, en tanta abundancia que el crimen mismo queda, por decirlo así, respetado en aquel hombre; aun más, ese crimen pierde en él por usted solo parte de su fealdad, quedando en la esfera de una flaqueza digna de compasión. Y cuando esto sucede, cuando usted goza tanto honor que alcanza á encubrir con él la infamia de su padre, ¿podría determinarse á empañar esa reputación que el delito ajeno no puede disminuir, cometiendo usted otro delito y defendiendo en calidad de mísero leguleyo á un reo insigne como el Mordedor? ¿Ha podido extra-

viar tanto á Emilio su laudable amor filial, que lo haya hecho abatir hasta el extremo de honrar á Monterilla con una visita, y de sentarse en un banco junto de los criminales?

— Sí, doctor Temis, contestó Emilio : he resuelto salvar á mi padre, y trataré de salvarlo como pueda.

— Bien, Emilio ; usted tiene razón, ¿pero los medios?

— Esos le tocan á usted, contestó Emilio, pues yo no he podido hallar otros que los que estriban en salvar igualmente al Mordedor, para asegurar así el secreto, único recurso que libraré á mi padre del castigo y á mí de la deshonra.

— ¿Y de la deshonra que entonces recaerá sobre usted mismo en cierto modo con justicia, le será dado escapar cuando el motivo que podría justificarse su conducta tiene que permanecer oculto para siempre?

— Esa deshonra, replicó Emilio, es mucho menor que la que recaerá sobre mi padre y sobre mí, si descubren sus delitos.

— Sobre usted no, Emilio ; permítame que se lo repita.

— En concepto suyo, puede ser, dijo éste ; pero la sociedad entera no es tan justa, tal vez, que pueda en este caso echar una raya entre el padre y el hijo.

— Si usted llama la sociedad al vulgo necio y despreciable, entonces tiene razón ; pero la sociedad, que lo es por excelencia el conjunto grande ó pequeño de los hombres ilustrados, justos y virtuosos, no

sólo sabe echar esa raya, sino que también, haciendo un contraste del padre malo y el hijo bueno, sabe compadecer al uno y admirar al otro.

— Con todo eso, añadió Emilio, yo debo salvar á mi padre y pido para ello á usted que defienda al Mordedor.

— No, Emilio, contestó abiertamente el doctor Temis; yo no defiendo á ese delincuente.

— ¡ Doctor Temis! exclamó Emilio: no sabe usted cómo sufren mi corazón y mi cabeza, que me da un golpe tan bárbaro... por Dios, no me mate usted y salve al Mordedor.

— ¡ Imposible! Emilio; no me obligue usted á tener que repetirlo.

— No: no... no vuelva á repetirlo; en nombre de la amistad, salve siquiera á mi padre.

— ¡ Tampoco! dijo el doctor Temis conmovido.

— ¿ Con quién he hablado? Yo estoy loco... ¡ Dios mío! ¿ no defenderá usted ni aun á mi padre?

— Ni aun á su padre, contestó con entereza el doctor Temis.

— ¡ Hombre duro é inexorable! exclamó Emilio con rabia. Mi sola esperanza... ¿ qué me resta ya?... Sí... dijo después de un momento, ¡ me abandona!

— No, Emilio, interrumpió el doctor Temis: perdóneme usted.

— No puedo perdonarlo: yo sólo perdono á mi padre; y el que no lo perdona como yo, es mi enemigo... es un malvado á quien maldeciré desde el

sepulcro, y á quien mi padre maldecirá desde el patíbulo... ¡ Ah! ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! se rompió el velo de mi destino feroz... ¡ Maldición fatal!...

— Bien, interrumpió el doctor Temis disponiéndose á salir para evitar las instancias de Emilio : su amistad quiere lanzarme en un camino terrible y acaso funesto aun para usted. Su situación me confunde ; siento todo cuanto usted puede sentir, y lo único que me atrevo á prometerle, Emilio, es que si he de parecer indigno ciertamente de su amistad, no volverá á verme hasta que de algún modo me haga digno del perdón.

— ¡ Me abandona! exclamó Emilio viendo salir al doctor Temis : no quiere defender á mi padre... no volverá á verme... me deja... sí... el pronóstico de Monterilla está cumplido... Ahora mismo, continuó á tiempo que entraban la Cisne y Adelaida, ahora mismo siento en mi cabeza esa música á lo lejos y veo ahí á Monterilla pronosticando el abandono de Emilio... Todo quedará cumplido... ¡ qué va á ser de mí! No oiré más esa música, blanda como el céfiro que agita las hojas del bosque, y que yo llamaba la vida de Emilio amante ; los suspiros de Adelaida...

— ¡ Emilio! dijo ésta acercándose á la cama para volverlo de la enajenación que lo invadía.

Mas el prosiguió :

— Oíd esa voz aguda que está diciendo : ¡ Emilio! pero no oigáis ese bajo grave y serio que va contestando : ¡ Afrenta! Es la música á lo lejos que escu-

chaba don Juan, y solemnizaba... la pompa de mi entierro... Es una música horrible : mandad que cese del todo.

— ¡Emilio ! dijo la Cisne poniéndole la mano en la frente.

— ¿ Qué es? contestó sonriéndose.

— Que usted delira, dijo Adelaida llorosa.

— ¿ Deliro? No : sólo soñaba que el doctor Temis me había abandonado.

— No, dijo Adelaida : eso sería imposible ; y antes bien acaba de salir de aquí.

— ¡ Adelaida ! exclamó Emilio. ¿ Es imposible de veras ?

— Sí, Emilio : ni el doctor Temis ni yo lo abandonaremos nunca.

— ¡ Ni Adelaida, ni el doctor Temis ! ; Ah ! me falta aún por sufrir la mitad de mi desgracia...

— Emilio, cálmese usted, que me hace padecer...

— No, Adelaida : Emilio no esperará el abandono de usted. El destino encendió, mientras yo soñaba, la negra tea del porvenir, que para tormento de raro mortal se enciende cada siglo. Todo lo he visto á favor de la claridad convulsa y fea de una luz estu-penda... entre el eco lejano de una música mortuoria y las sombras desnudas que se llaman mis recuerdos... en un pavimento ensangrentado, que era el camino del crimen, y bajo un cielo plomizo y frío que se llama la justicia. Monterilla me guió como un profeta del infierno que me llevaba al abismo á anunciarme la

maldición y darme allí el retrato de mi padre.

— ¡Emilio! repetía Adelaida llorando.

Pero él prosiguió :

— Monterilla apagó dos piras cuyo humo negro empañaba el brillo del honor y el rostro de una mujer... ¡Ya están apagadas!... pero arden todavía en la ceniza de una carta que Emilio guardó para devolver á Adelaida...

— ¿Me ha aborrecido usted? preguntó Adelaida con candor.

— ¡Qué cabeza la mía! dijo Emilio poniéndose la mano en la frente, ¡qué corazón!... ¡no, Adelaida!

Mientras Emilio continuaba su delirio en mayor desorden, instruyendo con él á la Cisne de los pormenores de su desgracia, el doctor Temis llegó á su casa muy agitado, entró en su cuarto y se puso á pasear.

— ¡Infeliz Emilio! exclamaba andando con la cabeza inclinada. Cuanto os dije para consolaros ha debido pareceros demasiado vago, porque siempre son vagos los consuelos de grandes pesares. Decir á la sensibilidad que no padezca es decirle que muera; decir al corazón que sufra con valor no es consolarlo. Emilio tiene razón; mucho debe padecer, pues padezco yo también..., y lo he abandonado, porque él me proponía un delito. ¡Profesión fatal! No puedo salvar hoy á un inocente, á un amigo desgraciado: ¿mi moral como abogado me hace inmoral como amigo? No: eso sería imposible. Sin embargo me veo precisado á abandonar á Emilio en

medio de sus trabajos. ¿De qué me sirven, pues, la ciencia y el talento, si es que los tengo? ¿Cómo pude abrazar esta profesión, si es que carezco de ellos? ¿Cómo tengo la audacia de conservar un título que no sé manejar? Defender la inocencia y perseguir el crimen fueron los juramentos que hice ante la ley; y antes de prestarlos debí aprender á cumplirlos. Ofrecí á Dios y prometí á la patria ser el apoyo de la justicia; y hoy la justicia no encuentra en mí nada: sólo la sociedad ve un amigo vano, y mi conciencia un profesor ignorante. Allá están los criminales burlándose de la ley que los condena; aquí Emilio inocente deplora su deshonor; aquéllos se ríen impunes, éste llora sin delito, y yo entre el uno y los otros no hago más que abandonar al inocente, y perseguir en vano á los culpables. Ese abandono es ya una perfidia que no puede justificar el destello de un pensamiento que creía iba á guiarme hasta una idea recóndita y difícil: ¡nada! he llegado á mi casa, y ese pensamiento se disipó en vez de revelarme algo. Si vuelvo donde Emilio, si me muestro arrepentido y emprendo la infame defensa del Mordedor, mi papel se cambia del todo y mis juramentos quedan doblemente violados del modo más vulgar. Si no vuelvo, mi amistad queda reducida á una palabra sin sentido; más todavía, mi amistad será pérfida. Sin embargo, yo debo seguir persiguiendo á esos criminales.

El doctor Temis continuó paseándose largo rato,

absorto y mudo. Repentinamente se encendió, sus ojos brillaron y se elevó su cabeza.

— Sí, dijo, no puede ser de otro modo, y si fuere, ¿qué me importa un error? ¿qué tengo yo que ver con el hombre, cuando sólo me interesan Dios y mi conciencia? Lo haré así... mas el secreto es preciso.

Dicho esto, continuó paseándose en silencio casi todo el día, unas veces cabizbajo y triste, otras alegre y animado. Ya se paraba recordando mil y mil hechos y circunstancias, mil y mil palabras que había oído y aun algunas señas del imbécil Juan Cancio; ya se quedaba parado en el fondo del cuarto meditando sin ver ni oír cosa alguna. Por la noche, poseído de su resolución, determinó ponerla en planta, y tomando un papel, escribió en él y lo guardó; mas su contenido no le permitió reposar en toda la noche.

Cuando Emilio se mejoró del acceso que presenciaron Adelaida y la Cisne, mandó que le llamasen á Santiago, quien vino poco después, y recibió la noticia de que el doctor Temis no se encargaba de defender al Mordedor ni á don Adolfo, lo que esa noche debía poner en noticia de Monterilla, rogándole al mismo tiempo escogitase algún recurso que favoreciera principalmente á don Adolfo, y que impidiese de cualquier modo su aprehensión. Santiago aceptó el encargo con esta adición en la que sólo consideraba un verdadero sacrificio, pues sentía mucha pena al tener que hacer súplicas á un hombre tan despreciable.

VII

EL MENSAJERO

Dejando esa noche á Emilio con don Juan, se encaminó Santiago donde Monterilla á la hora señalada. Por las calles que tuvo que andar fué llamando en su socorro toda la moderación de que era capaz, para no ejecutar alguna locura en circunstancias tan delicadas, arrastrado por la indignación de que estaba poseído contra Monterilla y sus compañeros; así fué que resolvió llenar su encargo con una paciencia prevenida de antemano, que ningún incidente debería agotar.

Monterilla estaba, al parecer, solo en su cuarto cuando llegó Santiago; pero en realidad lo acompañaban Solimán y Oropimente, quienes al sentir que alguno se acercaba se ocultaron en el aposento de los ataúdes.

Monterilla recibió á Santiago con mucha cortesía, brindándole asiento y haciéndole todos los acatamientos de que sabía usar según le convenía; pero Santiago, sin quitarse el sombrero ni aceptar el

asiento, procedió secamente á hablarle sobre los objetos que lo traían á semejante lugar.

— Emilio me envía, dijo, por un retrato que usted debe remitirle.

— ¿Y por qué no ha venido él mismo? replicó Monterilla. Sin embargo, en cierto modo lo celebro, pues me ha proporcionado por este medio el gusto de ver en casa á mi antiguo cliente.

— Emilio no pudo venir, señor Monterilla, continuó Santiago, porque está muriéndose á causa de los sufrimientos que le hace padecer su padre.

— Mucho lo siento, dijo Monterilla, porque estimo á ese joven tanto como él no puede imaginarse.

— ¡Gracias! dijo Santiago con una sonrisa irónica.

— Verdad, señor don Santiago; y si no, ¿cuáles son las pruebas de lo contrario? ¿en qué cosa he perjudicado á ese señor? ¿qué daños le he ocasionado? Su padre cometió una acción que en concepto de algunos es mal vista, criminal, espantosa si se quiere, ¿tengo yo la culpa de eso? ¿respondo por ventura de la conducta ajena? Se han puesto en noticia de ese joven los hechos de su padre, porque éste lo ha querido así, para que las persecuciones de la justicia calmen contra él algún tanto. Pues bien, he ayudado á ese padre criminal llamando en auxilio suyo á su hijo humano, tierno y virtuoso. Entre tanto yo mismo, sin el menor interés, y antes bien exponiéndome á mil azares y sufriendo con paciencia el odio injusto del hijo, he ocultado al

padre en mi propia casa y lo he defendido contra los que lo persiguen, que son... ¿quiénes, señor don Santiago? Los amigos de Emilio: el doctor Temis y usted mismo. Sí, señor: usted mismo es uno de los que ciegamente persiguen al padre de su amigo.

— No hablemos de esto, dijo Santiago.

— Sí, señor: es preciso que tenga la bondad de oírme, continuó Monterilla, pues basta que usted haya sido mi cliente, para que yo tenga interés en justificarme á sus ojos. Bien pronto daré al público en un impreso, con la debida extensión, estos mismos descargos para que los hombres de conciencia y de virtud se compadezcan de las horribles calumnias que se lanzan contra mí, y revoquen el juicio preocupado y caprichoso que sin conocimiento de los hechos ha dictado la envidia. Si defiendiendo al padre de Emilio, es por compasión á los dos, y debe admirarse que Monterilla haya sido su único protector, desde que ese infeliz llegó a Bogotá en la última miseria, y no queriendo alojarse en la casa que habita Emilio, porque es opulenta, se refugió en la mía, donde á nadie podía humillar con su presencia y su hábito de pordiosero con que vino, pues tal era casi el estado á que se hallaba reducido. Sí, señor: sepa usted que el motivo que obligó á don Adolfo á cometer ese robo fué el deseo de procurarse siquiera un vestido decente con que ir á abrazar á su hijo. Por eso robó, ¿y en dónde lo hizo? en la casa de su hijo, á quien

verdaderamente no puede decirse que un padre roba. He aquí el criminal que he protegido y que ustedes persiguen sin piedad. Es cierto que para dar el aviso á Emilio se han cometido faltas censurables; ¿pero pueden imputárseme? ¿respondo de las acciones del Mordedor? También defendiendo á éste, es verdad; mas los medios son inocentes, pues sólo trato de que el doctor Temis lo salve legítimamente, porque el Mordedor está en el mismo caso que don Adolfo, y no creo que en justicia merezca castigo. Mi oficio es proteger al desvalido, y en esta ocasión sólo aspiro á que el favor que puede aprovechar á don Adolfo se extienda á su cómplice, pues si el poderoso cree legítimo salvar al uno porque tiene un hijo de suposición, Monterilla cree más justo salvar al otro que no tiene esa ventaja. ¿Hay en esto algo de malo? Me detengo, señor, en decirle estas cosas, porque quiero que tratemos en paz, y usted se persuada de que soy un hombre de bien, sobre el que desgraciadamente se ha cebado la calumnia.

— Déme usted pues, dijo Santiago, pronto y en completa paz el retrato de don Adolfo.

— Sí, señor, contestó Monterilla: se lo entregaré con muchísimo gusto. Y observe cuánta confianza deposito en usted dándole lisa y llanamente ese retrato.

Dicho esto, Monterilla, tirando un cajón de la mesa, sacó de allí el retrato y lo puso en manos de Santiago.

— Ahora es preciso, continuó éste guardando el retrato, que usted me entregue una carta escrita para mí, que la Cisne dejó sobre esa mesa la otra noche.

— ¡Cómo! exclamó Monterilla mirando á Santiago con sorpresa: ¿no ha recibido usted esa carta todavía?

— No, señor, dijo Santiago; pero creo que la recibiré ahora mismo.

— Por supuesto, dijo Monterilla. Imagínese usted que inmediatamente que hallé la carta sobre mi bufete, se la remití con Jorge, mi criado, á casa de don Juan. Así es que, seguramente, al momento que usted vaya por ella, la recibirá, pues allá deben haberse la guardado.

— No, señor, dijo Santiago; semejante carta no está en casa de don Juan.

— ¿Se ha informado usted bien? preguntó Monterilla.

— Perfectamente.

— No puede ser eso, dijo aquél, saliendo afanado á la puerta del cuarto y llamando desde allí á Jorge con notable enfado. No sé cómo sea esto, continuó volviéndose donde Santiago, porque Jorge es muy puntual, y ha debido llevar la carta á casa de usted, según se lo previne.

— Vuelva usted á llamar á Jorge, dijo Santiago con impaciencia.

— ¡Jorge! gritó Monterilla á tiempo que aquél se

presentaba. ¿Qué es esto? continuó enfadado; ¿en qué consiste que el señor don Santiago no ha recibido la carta que le remití contigo? ¿es ése el modo de hacer las cosas y de obebecer al amo? ¿así se demora la entrega de una carta que quizá es muy interesante?

— Señor, repuso Jorge, yo suplico á usted se sirva dispensarme, porque no lo hice intencionalmente.

— ¿Qué se hizo la carta? gritó Monterilla furioso.

— Diré á usted francamente lo que sucedió, si me ofrece no molestarse, pues le repito que no ha dependido de mí este atraso.

— ¡Habla! imbécil, ¿qué se ha hecho esa carta?

— Señor, prosiguió Jorge fingiendo temor. Yo iba muy puntual á casa del señor don Santiago á llevarle la carta, cuando al llegar á la puerta de la iglesia de Santa Gertrudis, entre la gente que salía de misa, alcancé á ver á la señorita Veratrina, á quien conocí al momento por la mantilla y el hábito blancos, y que iba acompañada de la señorita Beatriz. Como hacía tanto tiempo que yo no veía á esa señorita...

— ¿A cuál?

— Es decir, á la señorita Veratrina en cuya casa serví en otro tiempo, y que me trataba con suma bondad. Por tener el gusto de saludarla corrí hacia ella con el papel en la mano, pues repito que es tan buena que siempre se ha dignado contestarme con una sonrisa de tal modo agradable que tengo mucho gusto y mucha honra en quitarme el sombrero cuando

la veo y preguntarle por su salud. Así lo hice en la puerta de la iglesia; mas como iba con la carta en la mano, ella se quedó leyendo el sobrescrito mientras bajaba las graditas: lo que leyó seguramente llamó mucho su atención, porque, poniéndose muy colorada, me dijo que le permitiera ver á quién se dirigía esa carta. ¿Cómo podía yo rehusarlo? Eso era imposible, tanto más, cuanto que sólo se trataba del sobre, que yo no sabía fuese secreto. « ¡Por Dios! Jorge, me dijo luego que tuvo la carta en la mano: te suplico me digas dónde vas con este papel? — Voy á llevárselo al señor Santiago, le dije. — ¿Quién te lo ha dado? me preguntó en seguida con un interés muy vivo. — El amo Monterilla, contesté. — ¿Monterilla? volvió á preguntar, extraordinariamente admirada. Pues te ruego, Jorge, añadió con aire suplicante, que no llesves esta carta á ese señor: sé que es de una persona á quien conozco, que en ella se habla de mí, y que no puede leerse sino después que muera la mujer que la escribe, ó por los menos cuando yo esté en el convento para siempre. Por tanto, Jorge, no debo devolvértela; y si algún sacrificio puedo exigir de un antiguo y fiel servidor, es el de que me dejes este papel, que acaso llegará el día en que yo misma lo ponga en manos del caballero á quien se dirige, porque tampoco ignoro el interés con que él debe leerlo; pues, además de los secretos que contiene y que interesan á su corazón, hay otro que conviene

especialmente á su honor. » Imposible, señor Monterilla, me habría sido oponer resistencia á la señorita Veratrina, en cuya presencia no es fácil negarse á cosa alguna. Además guardó la carta tan decididamente en el seno, que yo no podía recobrarla sino trabando una disputa, lo que era imposible; y más bien resolví exponerme al castigo que mereciese mi falta, y estoy por tanto resignado á él, aunque repito que no he tenido la menor culpa en esta desgracia.

— Eso sí que es admirable, dijo Monterilla volviéndose hacia Santiago y cruzando los brazos. No entiendo una palabra en este lance, bien que á usted es seguramente á quien toca saber mejor que yo lo que significa esa historia.

— A fé mía, dijo Santiago, que yo lo entiendo menos, y solamente observo que esto es extraordinario.

— Sin embargo, dijo Monterilla, usted sabrá lo que hace, porque nada puedo aconsejarle en el particular.

— Pero yo no conozco á la señorita Veratrina, ni la he oído nombrar en mi vida, dijo Santiago.

— Yo tampoco, pues la única que conozco, y que es cabalmente una señorita de mucha consideración, no creo que sea capaz de un hecho semejante.

— La misma es, dijo Jorge; y si usted lo duda, puede preguntárselo.

— ¡ La pupila de don Salvador ! exclamó Monterilla sorprendido.

— La misma, señor, contestó el criado.

— ¡Hombre! eso sí que es admirable! El señor don Santiago es muy afortunado, pues intercepta sus cartas nada menos que la joven más bella y venerada en Bogotá.

— No la conozco, repitió Santiago, ni sé siquiera dónde vive, para tratar de verla y recobrar esa carta.

— Ahora vive, dijo Jorge, con la señorita Beatriz en casa de doña Gonzaga.

— Es muy fácil, pues, continuó Monterilla volviéndose á Santiago, que vaya usted allí á averiguar éste suceso, y exigir el papel, lo que es muy justo, á no ser que usted juzgue conveniente otra cosa. Yo envié la carta pensando pudiera ser muy urgente, escogí para ello el criado mejor que tengo, y no me imaginé que pudiera arrebatársela una de las señoritas más amables... Por cierto, señor don Santiago, que yo creería, en su caso, merecer por tal suceso una felicitación.

— Bien, continuó Santiago : dejemos esto y vamos á otra cosa para concluir.

— Sí, señor, repuso Monterilla : puede usted mandar con franqueza.

— El último objeto de mi venida se reduce á advertir á usted, de parte de Emilio, que el doctor Temis no se encarga de ninguna manera de la defensa del Mordedor, y ni siquiera de la de don Adolfo.

Monterilla se quedó mirando á Santiago por un momento con una expresión de sorpresa muy manifiesta y real.

— Eso es imposible, dijo al fin, y yo no puedo creerlo.

— Pues no debe dudarlo, opuso Santiago; pero puede creerlo, ó no, según le parezca más prudente.

— Bien : pero esa negativa... es increíble, dijo Monterilla.

— Ella, continuó Santiago, nos ha sorprendido á todos igualmente, pero repito que es demasiado cierta y además irrevocable, en mi concepto, como todo cuanto sale de los labios de aquel hombre.

— Tanto como irrevocable, no, repuso Monterilla con confianza; aseguro á usted que el doctor Temis abrazará al fin la defensa del Mordedor.

— ¡Imposible! exclamó Santiago; lo que el doctor Temis dice una vez, no se lo hace cambiar ningún poder de la tierra.

— Espero, dijo Monterilla, que en esta ocasión se relajará un poco esa rigidez; porque el doctor Temis no es tan ciego que deje de conceder á sus principios, por fundados que sean, una que otra excepción cuando las circunstancias la exijan imperiosamente. Lo único que se necesita, señor don Santiago, es que don Adolfo hable con el doctor Temis y Emilio, á fin de que los conmueva en su favor y les pida que, salvándole su honor, lo dejen enmendarse. Entonces no podrán resistir, como no he podido resistir yo

mismo, y la defensa será segura, así como la del Mordedor, pues éste no convendría en verse condenado, en tanto que se salvaba su cómplice, y lo denunciaría sin remedio. Será preciso, pues, que haya una entrevista. Hasta ahora se había querido evitar este paso, por resistirlo don Adolfo, alegando tener que sufrir mucho en semejante escena, que por otra parte sostenía no ser indispensable : era para él un castigo terrible ponerlo delante de su hijo. Sin embargo ya es preciso, y así se les pondrá, pues semejante crueldad, que Monterilla humano deseaba evitar, será imputable tan sólo al severo doctor Temis. A éste, con todo, se le contará en el número de los amigos de Emilio, mientras yo siempre seré mirado como uno de sus perseguidores. Bien : Emilio y su padre se verán aquí mismo. Aun hay más : se verán en breve ; usted, señor don Santiago, también los verá, porque yo lo convidó. Que se mejore Emilio prontamente, pues esta entrevista urge demasiado, una vez que la causa del Mordedor, por las influencias del doctor Temis, marcha con una celeridad tal que bien pronto todo socorro puede ser inútil. Que se aliente Emilio, repito, ó que venga aunque sea enfermo, si no quiere exponerse, con su tardanza, á que donde él vaya don Adolfo, lo que, si quieren, también se hará, porque hay resolución de hacerlo todo.

— No, Monterilla, dijo Santiago : es en vano tener esa confianza y emplear esos medios. porque el

doctor Temis no cederá nunca. Por lo menos me parece prudente suponerlo así y hallar otro recurso que salve con más seguridad á esos dos hombres.

— Yo también lo deseo, dijo Monterilla, y estoy seguro que se salvarán, aun suponiendo como usted quiere, y como yo no puedo suponer, que el doctor Temis no ceda por ningún motivo.

— ¿De veras? preguntó Santiago con muestras de placer : ¿no podría yo saber qué medios...?

— Sin duda; y los sabrá, porque todo depende de Emilio y quizá en parte de usted.

— ¿De mí? ¿Cómo?

— Muy fácilmente : devolviendo á la Cisne al poder de la Daifa y ganando con esto el silencio del Mordedor, que es lo que más importa.

— ¡Vaya! dijo Santiago riéndose con rabia : no hablemos más.

— Bien : no hablemos; y quéjense después de mí. ¿Qué de malo hay en lo que propongo? ¿es un crimen que una muchacha vuelva á la casa donde debe vivir? Se agotan los recursos; nadie halla salida, me piden consejo, les alumbro un partido justo, inocente y racional; á pesar de todo, no hacen caso, y me reputan enemigo. Pues no, señor : no hagan lo que digo, y dejen á don Adolfo morir en un cadalso. ¿Puede haber una cosa mas fácil? Usted, señor don Santiago, va á tener muchos desengaños, y ojalá no sea demasiado tarde para Emilio. La Cisne no es lo que se cree; y recuerde que se lo dice

Monterilla: recuérdelo cuando después que usted le haya sacrificado á su mejor amigo, y al padre más desgraciado, ya no haya remedio y lllore inútilmente su desengaño, sabiendo lo que es la mujer á quien hizo el sacrificio.

— ¡Monterilla! exclamó Santiago con rabia. He venido á su casa provisto de paciencia; mas le anuncio que ya se me va agotando á pesar mío...

— No hablemos más sobre el asunto, interrumpió Monterilla; dejaré que hable en mi lugar el tiempo, á quien usted no puede amenazar.

Poco después salió Santiago y se fué donde Emilio á darle cuenta de su comisión.

— Estas cosas van á atolondrarme al fin, pensaba por la calle. Las desgracias de Emilio crecen y se complican, y al mismo paso mi felicidad se complica también, de tal modo, que ando ya por las calles de la ciudad como si anduviera con los ojos vendados, en un paraíso habitado por mujeres nacidas para amarme. La Cisne me ha escrito, y su carta la intercepta Veratrina. ¿Qué contendrá esa carta? ¿Quién es Veratrina? Los secretos de mi corazón y de mi honor están en el seno de una beatita de las Mercedes, y han salido del corazón de la Cisne. ¡Qué misterios tan bellos si no estuviera de por medio Monterilla! Yo no conozco sino á la Cisne; de ella ha partido en este caso un hilo que llega á Monterilla... no : de Monterilla para allá, yo nada quiero. Sin embargo, Veratrina tiene interés por mí; es

bella. ¡Oh! no hay duda que aquí se ofrece mucho de encantador, aunque la tal Veratrina sea sólo otra peliforra como Baciliza... Pero, ¡qué malo soy! Ya comienzo á insultar á una dama que no conozco, y cuyo hábito blanco no deja de darle su poquito de elegancia, aunque á medias y entre claustro y siglo. Basta que sea joven, yo debo interesarme por ella y tratar de agradarla, porque es seguro que me ama... mas quizá no. Ese hábito blanco debe revelarme los gustos de quien lo lleva: ellos no están, en verdad, muy en armonía con los míos. ¡Qué gustos los de Veratrina! No puede querer á un elegante: eso es imposible. Si yo intentara agradarle, tendría que vestirme de monacillo para ir mañana por mi carta: estoy seguro que bajo ese traje me creería ella un Apolo de facistol... No hay remedio; Bogotá va á convertirme en un pisaverde sin ejemplo... Pero al fin la carta se ha salvado, y los deseos de la Cisne quedarán cumplidos, porque aseguro que no he de leerla. Lo que, sí, voy á hacer es ocultar dónde está; pues si cuento la historia, me expongo á perder la ocasión de ir mañana donde Veratrina; y en eso no convengo por nada de este mundo... ¿Qué importa que la Cisne ignore todavía el paradero de su carta? ¿qué mal puede resultar de que yo mismo vaya á buscarla, presentándome en persona á Veratrina?... No, señor, debo guardar el secreto por unos días, para aspirar mejor al placer de recobrar la carta, llevársela cerrada á la Cisne y

hacerle ver con ese sacrificio que soy un caballero discreto. Si no pudiese recobrarla, entonces lo pondré todo fielmente en su noticia.

Con esta resolución llegó Santiago donde Emilio y le comunicó todo cuanto á éste importaba saber de las palabras de Monterilla y del curso y resultado de aquella visita.

VIII

VERATRINA

Desde el día en que Emilio, no pudiendo ya salir á la calle, encomendó á Santiago sus desagradables asuntos, fué colocada Veratrina en casa de doña Gonzaga, donde, á virtud de los informes del capellán, la acogieron como á una joven ejemplarmente virtuosa, que debía servir de modelo á Beatriz no sólo en la afición á la vida contemplativa, sino también en la vocación al claustro y á la austeridad.

Veratrina fingió pasar ese día ocupada en rezar y en examinar su conciencia para ir, al siguiente, á confesarse con el capellán, lo que efectivamente hizo en compañía de Beatriz.

Cuando volvió á la casa, ya sabía, en virtud de avisos oportunos de Monterilla, que era seguro iría Santiago donde ella ese día á recobrar su carta; por lo que, llamando á Beatriz al oratorio, le dijo:

—Hoy tengo, hermana, que cumplir una penitencia, cuya abstracción va á privarme del gusto de orar en compañía de usted. El capellán me ha ordenado que

llore y haga oración la mayor parte de estas veinticuatro horas, sin salir del oratorio. Le supliqué me permitiera transferir la penitencia para mañana, porque hoy debe venir un primo mío á traer la primera pensión, y querrá hablar conmigo y darme noticia de don Salvador que, como usted sabe, está enfermo; pero el capellán más bien quiso permitirme recibir esa visita que trasferir la penitencia, y por consiguiente tengo que cumplirla sin excusa.

— Eso es muy bueno, dijo Beatriz; y procuraré con esmero no interrumpir la oración de usted.

— Nuestro capellán es muy rígido, continuó Veratrina, y por eso estoy muy contenta con él; tiene además un talento tan místico y unas ideas tan edificantes que, si todas las niñas lo hicieran su confesor y siguieran sus sabios consejos, no quedaría una sola para el mundo donde tan lastimosamente se pervierten ó se casan.

— El capellán, añadió Beatriz, es el hombre más sabio: yo lo venero como á un verdadero san Francisco.

— Yo también, dijo Veratrina; y si no, ¿á quién le hubiera ocurrido la idea piadosa que le inspiró hoy la penitencia que me impuso, y que creo ha de producir efectos admirables para mi salvación?

— ¿Cuál es? preguntó Beatriz empezando á Morar.

— Que hoy en mi oración represente á la Magdalena, vistiéndome con un traje que la imite lo más

que sea posible, para que así, de todos modos, pueda yo ser ante Jesucristo tan digna del perdón como lo fué aquélla.

— ¡Dios mío! exclamó Beatriz alzando los ojos : yo no he sido digna, por mis pecados, de una penitencia tan edificante. ¡Dichosa usted, añadió suspirando, á quien nuestro capellán ha juzgado más arrepentida !

— No, hermanita ; no es por eso.

— Sí : bien recuerdo que él siempre me ha dicho seré muy dichosa el día en que, como una Magdalena, verdaderamente arrepentida, me postre á los pies de Jesús, para merecer su misericordia.

— No, Beatriz, dijo Veratrina llorando también : es porque seguramente no he podido pintar bien al capellán mis faltas y pecados. Hoy mismo pediré á Dios su gracia para hacer una buena confesión como las que hace usted.

— Muy bien, dijo Beatriz ; quédese, pues, usted en el oratorio, en tanto que yo, siguiendo su ejemplo, voy á pasar el día del mismo modo, haciendo oración en el mayor recogimiento que me fuere posible, aunque con mi vestido mundano, pues el capellán no ha tenido á bien todavía mandármelo cambiar por el de una santa para presentarme ante Jesucristo.

Luego que Veratrina se quedó sola, trajo su cajita ; y, encerrándose en el oratorio, que era un cuarto largo, y servía en parte de capilla y en parte de tocador, empezó por perfumarlo lo mejor que pudo,

colocando muchas flores sobre la mesa y derramando algunas esencias cerca de los asientos. Puso luego sobre el altar varios libros de oración, entre uno de los cuales, de chapas y filetes dorados, metió la supuesta carta de la Cisne. En seguida acercándose al espejo, se soltó la cabellera, que indudablemente era su dote natural más hermosa y que ella estimaba de preferencia por ser adorno muy poco común en mujeres de su gremio ; se peinó de modo que los bucles naturales ofreciesen un desorden más artificioso y encantador; se vistió de Magdalena, y se pintó con arrebol las mejillas y los labios, hasta que se contempló, con razón, una deidad original y seductora, á cuya vista no era posible dejarse Santiago de admirarla y amarla con profundo interés.

En vez de ponerse á orar, se entretuvo en leer un libro profano, y, cada vez que oía llamar á la puerta, corría á arrodillarse en el cojín del altar, tomando el libro de los perfiles dorados en su mano limpia y perfumada, para que Santiago la sorprendiese en oración, y empezase formando de ella una idea de virtud y modestia que lo previniese en su favor.

Por fin á las doce del día se presentó éste y fué conducido al oratorio por una criada advertida de antemano. Al sentirlo en el cuarto, Veratrina, volviendo la cara como para ver quién entraba, exclamó con sorpresa :

— ¡Él es !... ¡ él es !...

Y se dejó caer en el cojín cubriéndose la cara. San-

tiago la saludó con respeto y cariño. Ella, como volviendo de su sorpresa y fingiendo disimularla, se paró tímida y vergonzosa, y, ofreciéndole asiento con ademán graciosamente cortés, se sentó también á alguna distancia, sonriendo dulcemente y con los ojos bajos.

— No me arrepiento, señorita, le dijo Santiago, de haberme atrevido á interrumpir su oración; pero no obstante ruego á usted se digne perdonarme.

— Con mucho gusto, caballero, contestó Veratrina hojeando el libro.

— El motivo que me ha obligado á venir, prosiguió Santiago, me disculpa lo bastante en mi concepto; y no tengo por qué ocultarlo. He sabido que una carta escrita para mí se halla en poder de usted, y deseo recuperarla para devolvérsela á la persona que me la escribió.

— Es verdad, caballero, dijo Veratrina aparentando turbación; esa carta se halla en mi poder, y yo estoy muy lejos de negarlo. Pido por tanto, á mi turno, perdón de haberla interceptado, y espero que, si no ahora, quizá más tarde al saber el motivo, se me disimulará una acción tan reprehensible ciertamente.

— Yo no intento, dijo Santiago con afecto, hacer cargos á usted, y antes bien, me permitirá le diga francamente que me lisonjeo con la esperanza de que el motivo á que se deba su acción no será demasiado adverso para quien, como yo, no puede sentir la menor pena al ver en manos de usted algo que ocupe nuestro común interés.

— ¡Ah! exclamó Veratrina bajando los ojos. ¡Ojalá que usted se equivocara, ó que yo pudiera creer esas palabras!

— Debe creerlas, señorita; mas no quiera el cielo que yo me equivoque al pensar en aquellos motivos. Antes de verla, tal vez eso me hubiera sido indiferente; mas hoy semejante pensamiento es horrible para mí.

— Quizá, dijo Veratrina mirando á Santiago con sonrisa, hoy ese terrible motivo le es más indiferente.

— Me será, contestó Santiago, siempre que no sea alguno que yo fácilmente pueda adivinar.

— ¡Sí... soy muy desventurada! exclamó Veratrina volviendo la cabeza y apoyándola en la mano. Acaso usted ha adivinado... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué vergüenza!

— No, señorita, dijo Santiago: nada he adivinado, y aun si usted me lo exige, procuraré no adivinar.

— ¡Ojalá! No vuelva usted á acordarse de mí: olvide, si es posible, esta carta fatal. Yo le ofrezco en cambio que pronto llegará el día en que, despidiéndome del mundo para siempre, me importe poco que el mundo me aborrezca ó me desprecie, que haya un hombre que me ame y compadezca, ó se burle ingrato de mi débil corazón.

— ¿Es usted desgraciada, señorita?

— ¡Desgraciada!... Dios lo sabe y solo Dios tiene lástima de mí.

— No, señorita : el hombre que está á sus ojos sería muy dichoso si le fuera lícito aspirar al honor de saber los pesares misteriosos de usted, y á la dulce satisfacción de aliviarlos.

— ¡ Gracias, caballero ! Para el alivio de mis penas se necesita algo más que un hombre generoso.

— Sí, ya lo comprendo. ¿ Se necesita acaso un amante solícito y sincero ?

— ¡ Silencio ! ¡ Silencio ! exclamó Veratrina volviendo otra vez á reclinar la cabeza con abatimiento.

— No, señorita : nada de silencio ; los dos debemos comprendernos. La duda y el misterio no pueden existir entre un caballero leal y una joven infeliz.

— Sí, dijo ella con amargura : la duda y el misterio se disiparán entre los dos el día en que, sepultada yo para siempre en un convento, conserve apenas un recuerdo encantador que me acompañará mientras viva... que no será mucho, añadió como llorando.

— Si no me engaño, dijo Santiago, usted no entra á las monjas voluntariamente.

— ¡ Silencio ! volvió á decir Veratrina aparentando extravagancia : no pronuncie usted en alta voz ese secreto terrible.

— He adivinado, repuso Santiago.

— Sí, contestó Veratrina : ha adivinado usted, y tengo por qué ocultarlo al caballero á quien se dirigía esta carta.

— ¿Y quién la obliga á usted á entrar á las monjas?

— La desesperación, señor.

— ¡Usted, desesperada! exclamó Santiago con interés; ¡usted, de cuyos labios debe salir esa ilusión consoladora! ¡usted, desesperada!...

— Sí, repitió Veratrina : estoy desesperada y hace mucho tiempo que lloro en vano las penas de mi corazón y la triste soledad de mis días venideros.

— ¡Oh! si fuera yo digno de que usted me hablase con franqueza...

— No **necesita** de eso quien todo lo ha adivinado por desgracia. **Mas si** algún derecho me dan esos tristes secretos acerca de **usted**, sea siquiera el de suplicarle que nunca salgan de su **pecho**, y que tenga lástima de la infeliz Veratrina.

— Mas lástima merece, sin embargo, el desventurado que, anhelando la felicidad de usted, no tiene el poder de ofrecérsela : él á su vez también reclama compasión.

— No, señor : está usted engañado. Cuando yo me despida del mundo, no hallaré un corazón para decirle adiós, y apenas habrá alguna cosa de que pueda despedirme.

— Pero, sí, habrá muchos corazones que llorarán su eterno retiro, y aun cuando sea en silencio, le enviarán un triste adiós, al que usted quizá estará muy indiferente y no responderá.

— Usted es muy lisonjero ; pero en su acento se nota algo que deja conocer bien no estar bastante

persuadido de lo mismo que está diciendo. No podría ser de otro modo, pues, en efecto, lo que asegura será consolador, pero es inexacto.

— Tan persuadido estoy de lo que digo, como que sé, si usted me permite confesarlo, que el mío será uno de esos corazones que llorarán su clausura.

— ¿El suyo? ¿por qué? ¿podiera haber algo en Veratrina que inspirase semejante interés en un hombre á quien otros afectos distraen sin duda á favor de alguna mujer más dichosa que yo, y por lo mismo más capaz de ofrecer la felicidad que usted merece?

— Esa suposición no tiene fundamento; y por otra parte es tan cierto lo que antes he dicho que, no obstante el deseo, ó más bien la necesidad de recuperar esa carta, y el saber que la recobraré el día que usted se despida del mundo, me atrevo á rogarla que no entre al convento ni condene así á una eterna reclusión sus atractivos.

— Tanto menos, opuso Veratrina, puedo creerle si exagera hasta ese extremo su galantería. Usted, más que nadie, desea vivamente mi entrada al convento para apoderarse de esta carta que se va haciendo para mí tan cara.

— No, señorita: sin necesidad de que usted entre al convento, gozaré ese bien, pues he formado la esperanza de merecer que usted me favorezca dándomela sin aguardar hasta entonces.

— Acaso será así, dijo Veratrina sonriendo con sumo

afecto : no me parece del todo imposible, porque ya usted ha adivinado también cuán débil soy yo, y al mismo tiempo cuán poderoso es usted.

— No he creído ni por un instante, contestó Santiago, que usted sea débil, ni menos aún que yo sea poderoso, particularmente con usted ; pero, sí, he considerado que se persuadirá fácilmente de que mi palabra es digna de crédito, y, habiendo prometido no leer esa carta, no la leeré y estará en mi poder lo mismo que en el suyo.

— Hará usted muy bien en no leerla. Su curiosidad no podía servirle sino para despojarlo de alguna ilusión, tal vez demasiado hermosa para usted, y darle el conocimiento de una realidad muy triste. Es cierto que en cambio vería usted allí palabras que le fuesen lisonjeras, pero lo serían sólo por cuanto humillaban á una mujer que en un momento feliz tuvo la dicha de oírle palabras galantes y respetuosas que nunca más volvería á oír de sus labios.

— Según eso, ¿usted ha leído la carta ?

— ¡ Imposible ! A tanto no podía haberse extendido mi atrevimiento. Si sé lo que ella contiene, es porque he recibido de la misma persona otra en que, para satisfacerme, me avisa del contenido de ésta : por eso le advierto que usted debe temer, con la lectura de este papel, la pérdida de una ilusión que usted ama y yo aborrezco en vano.

— No es el temor de perder una ilusión y conocer una realidad lo que me obliga á abstenerme de leer

ese papel, ni debe tampoco ser el deseo de evitar que yo cambie con nadie, lo que mueve á usted á conservarlo. Yo no tengo ilusiones, señorita : sólo sé sentir desprecio por los que me engañan con ellas.

— No, Santiago, dijo Veratrina aparentando distracción : bien sé que usted es muy dichoso para que su felicidad dependa de ilusiones. Mas también sé que si hay alguna mujer que lo ame con la pasión más vehemente, y usted llega á descubrirlo en esta carta, revelado en momentos y por labios dignos de crédito en ese particular cuanto falaces sin duda en otro, es seguro que usted la despreciaría.

— No me importa realmente, dijo Santiago con desdén, que me ame ó deje de amarme una mujer que me es indiferente : mas si en esa carta hubiera yo de encontrar la revelación misteriosa y mágica de un amor que tal vez mi corazón anhelara, ¿no es verdad que sería usted sola quien, negándomela, me defraudaba de la felicidad más bella de la vida?

— Luego usted tiene ánimo de leerla... ¿no es así? preguntó Veratrina sonriéndose con familiaridad.

— No, señorita. He prometido no leerla, y protesto que no la leeré. Mas también es cierto que, sea que ella vuelva al poder de la persona que la ha escrito, sea que no salga de las manos de usted, tengo esperanzas de que la leeré algún día.

— No comprendo, eso, caballero.

— Me explicaré si se me permite.

— Con mucho gusto, aunque preveo que usted va á manifestarme el ánimo que tiene de burlarse del corazón de dos mujeres que supone sus apasionadas.

— Nada de eso : sólo estriba mi esperanza en que, estando persuadido de que en esa carta se encierra un secreto interesante á mi honor, creo que las dos mujeres que han de conservarla son bastante generosas para no ver con indolencia el honor de un hombre que las respeta. Si la carta, pues, permanece en poder suyo, ¿no habré de confiar en que Veratrina, sensible y grata, pueda algún día ver en mí un amigo, si me es permitido valerme de este nombre, y, movida por la ternura y la constancia, pagar un suspiro abriendo ante mis ojos esa carta misteriosa?

— ¡Ah! exclamó Veratrina respirando con asiedad, ¡qué hombres, Dios mío! ¡qué infelices somos nosotros!

— ¿Por qué, hermosa Veratrina? ¿por qué se queja de mí, cuando sólo yo debería prorrumpir contra su crueldad que desde ahora me quita una esperanza que yo iba á guardar como un consuelo para las penas futuras que ya el corazón comienza á presagiarme?

— ¿Y es su corazón muy leal? le preguntó Veratrina con ternura.

— De eso la convencerá el tiempo, respondió Santiago con gravedad y tristeza : la convencerá cuando, mostrándome esa carta, observe que cumplo fielmente mis promesas; y la convencería hoy mismo,

si, poniéndola en mis manos, viese que yo no la abría, y que la devolvía sin ser leída á la joven que me la escribió.

— Bien, dijo Veratrina : puede ser que, fiada yo en esa oferta, se la entregue, á cuyo fin debo consultar previamente al hombre discreto que por ahora posee toda mi confianza, y sin cuya anuencia nada puedo ni quiero hacer.

— ¿Habla usted por ventura de algún amante? preguntó Santiago alarmado.

— No, señor, dijo Veratrina sonriendo : hablo únicamente de mi confesor.

— ¿Y no sería mucho más seguro que su confesor no se mezclase en este asunto, ni tuviera que ver nada en las cartas que yo he de recibir?

— ¡Jesús! exclamó Veratrina cruzando las manos, eso es imposible, y yo me expondría á incurrir en un pecado horrible si obrara sin dictamen de mi director.

— ¿Según eso, repuso Santiago, yo tendré el gusto de visitar á usted una vez más todavía?

— Quizá será para usted una molestia, pero es indispensable y espero que me la perdonará.

— ¡Ojalá tuviera yo repetidas ocasiones de disfrutar instantes como el que en este día me ha proporcionado nuestra carta, y de reiterar á usted los más tiernos ofrecimientos de la amistad!

Después de algunas otras palabras recíprocas, Santiago se retiró, emplazado para de allí á dos días, y con muchas esperanzas de recobrar su carta, si el

confesor de Veratrina era hombre de conciencia.

— ¡Bonita mujer! decía Santiago entre sí, caminando para la casa del señor Osmán; bastante bonita; pero á fe que no me ha gustado sino de un modo muy material. No vale tanto como la Cisne ó Adelaida, aun cuando mi imaginación le atribuya dotes que quizá no tiene. ¡Imposible! bien seguro estoy de que á la Cisne no habría podido hablarle como he hablado á Veratrina... Y estemos en que me costó trabajo escapar de que ésta me dijera que me amaba, si es que no me lo dijo. ¡Bonito estoy yo eludiendo las seducciones de las damas! ¡Oh! ¡y qué bien me inspira una beata de las Mercedes! No hay duda: yo me explico perfectamente cuando el corazón no siente: si el tío Alejo me hubiera oído en esta vez, se habría hecho cruces... ¡qué galantería! estoy aturdido de mi propia destreza y habilidad... ¡hábil yo para sacar el cuerpo á una declaración de amor, que por otra parte se me venía á la boca cada rato! Bien considerado, como que, á la verdad, soy un bobalicón, de mí dependía el giro de la escena y no supe aprovecharme. ¡Imbécil!... pero de aquí á dos días será otra cosa. Sin embargo, Veratrina no ha quedado disgustada: eso es tan seguro como el que yo no la amo, aunque me gusta. Es la primera mujer hermosa de quien no me enamoro. ¿Sí será esto que la vejez quiere sorprenderme á los veinte años? ¡No enamorarme yo de Veratrina!... Esto es algo, no hay remedio; pero sea lo que fuere, estoy decidido á fin-

girle amor. ¡Qué se va á hacer! mi destino es de písaverde, y nadie puede oponerse á su destino.

Si Santiago se fué con estos pensamientos, Veratrina, por el contrario, quedó perfectamente enamorada de él; sentía que este joven le había causado una profunda impresión; y era eso muy natural no sólo por ser él tan agraciado, como decía Baciliza, sino, más que todo, porque era el primer hombre que le había hablado con respeto y lisonjeado más seriamente sus pretensiones aristocráticas.

Santiago no llevaba la más remota intención de instruir á la Cisne, si como deseaba la veía donde Emilio, de los sucesos que estaban ocurriendo con Veratrina, porque quería conservar la ocasión agradable que lo ponía en comunicación con esta dama. Mas, como la recomendación de recuperar la carta estaba en todo su vigor, era necesario excusar también los incidentes que la recordasen, para evitar las preguntas que naturalmente habían de hacerle, y cuya contestación preparaba de diversos modos, para no mentir por causa de ese bienhadado pape-lito.

Con estos cuidados se presentó por último en la casa de Emilio.

IX

EL DELATOR

Emilio, que se habia mejorado, estaba dormido, y Adelaida y la Cisne, sentadas en el corredor, hablaban en voz baja, cuando Santiago llegó. Este, sentándose allí también, les preguntó por aquél.

— Parece consolarse, contestó Adelaida, porque lo hemos persuadido de que es imposible en todo caso que don Adolfo caiga en manos de la justicia.

— ¿Cómo? preguntó Santiago.

— Es cosa clara, dijo Adelaida; y tal vez usted pensará como nosotras, si le decimos las razones, aunque es probable le hayan ocurrido igualmente.

— No, señoritas : no me han ocurrido sino las razones de peligro.

— Hay, sin embargo, continuó Adelaida, una de salvación, bastante fuerte, y que está reducida á no haber de ningún modo quien pueda delatarlo.

— ¿Y Monterilla? replicó Santiago.

— El que menos. ¿No ve usted que entre los hombres en cuya compañía está enrolado aquél, no

puede haber ninguno interesado en denunciarlo? Si alguno se atreviese á tal cosa, ¿no es cierto que, siendo su cómplice, se comprometería á sí mismo? Y, aunque eso no fuera, quedaría por lo menos expuesto á que don Adolfo por vengarse lo delatara igualmente.

— ¿Pero no puede delatarlo algún otro? replicó Santiago.

— ¿Quién? La criminalidad de don Adolfo sólo se sabe por sus cómplices y por nosotros : aquéllos no pueden delatarlo ni suministrar las pruebas ; luego está seguro.

— Eso es exacto, dijo Santiago : delación no puede haber ciertamente.

— Mucho menos, añadió Adelaida, cuando esa compañía, según lo que Emilio nos refirió acerca del discurso de Oropimente, se compone de hombres que juzgan inocente su conducta.

— Y aunque no suceda eso, repuso Santiago, los malos suelen observar con mucha rigidez, cuando se asocian, las leyes de la protección recíproca ; porque, formando aparte de la sociedad general un cuerpo perseguido y perseguidor, necesitan esperar de su fraternidad y disciplina la protección que la sociedad, con la que se ponen en guerra, tiene que negarles.

— Eso es más aplicable á esta compañía que á ninguna otra, dijo Adelaida ; pues vemos el empeño extraordinario que se manifiesta por ella de salvar

al Mordedor, á quien sin embargo miran en muy poco, al menos en comparación de don Adolfo. Así es que, aun cuando sepan que el doctor Temis no se encarga de defender á ninguno de los dos, todos guardarán silencio, persuadidos de que nada adelantarian con perseguirse recíprocamente.

— Fuera de eso, repuso Santiago, Monterilla está encargado de antemano, según infero, de mantener oculto á don Adolfo; y como es seguro que en esa compañía aquél es el más influyente, su voluntad triunfará en todo caso.

— Estas reflexiones, como he dicho, han calmado mucho á Emilio, repitió Adelaida; y está persuadido de que no hay para su padre riesgo alguno.

— Gran felicidad es ésta, dijo la Cisne; y eso que no hemos contado con la infamia que lleva consigo el odioso papel de delator, infamia que retrae aun á la gente ordinaria.

— Y en este caso mucho más, dijo Adelaida, porque ¿qué motivo podría justificar semejante acción?

— Ciertamente, repuso Santiago, la delación, en concepto de todos, es detestable, bien que en el mío es una desgracia, porque, prescindiendo de este caso, y hablando en general, debía ser muy bien vista, pues el delator es un defensor de la sociedad.

— No, dijo Adelaida; ese papel es muy repugnante y alguna razón lo degrada cuando todos lo miran tan mal.

— Yo miraría muy mal al delator de don Adolfo,

dijo Santiago; pero á cualquier otro que pusiera en manos de la justicia á los verdaderos criminales le daría las gracias.

— Ya se ve, replicó Adelaida: cuando algún miserable, por ganar una recompensa prometida, nos trae un objeto que nos han robado, también por lo regular le damos las gracias.

— Y al dárselas, dijo la Cisne, le echamos una mirada de desprecio con que envilecemos su acción; de modo que al delator puede agradecérsele su servicio, pero ese servicio lo infama.

— Es verdad, dijo Santiago, si se supone que media una recompensa en dinero; pero entonces la vileza no está en la acción, sino en el motivo; lo que infama es la codicia miserable que produce una acción buena que sin tal incentivo no se habría ejecutado. Mas el delator generoso que sin esa recompensa denuncia el crimen y designa al criminal es un ente movido por la justicia y el amor de la sociedad, motivos tan nobles que es imposible que la conducta que ellos determinan deje de ser hermosa en ningún caso.

— Sin embargo, replicó la Cisne, ¿se atrevería usted á ser el delator de don Adolfo?

— ¡Imposible! Ni de don Adolfo ni de nadie.

— Luego su corazón no está de acuerdo con sus ideas.

— Tal vez; pero también es cierto que, si todos en este punto fueran como yo, ningún delito se castigaría.

— No haya cuidado, dijo Adelaida : nunca faltan almas viles que se encarguen de prestar tales servicios.

— Pero mejor sería que ese servicio fuese prestado por las almas nobles. Yo me atrevo á repetir que el papel de delator no es ni puede ser infame cuando se ejerce sin interés y sin traición ; y si los que tanto han hecho padecer á ustedes no fueran el padre de Emilio y sus compañeros, yo mismo, á pesar de mi repugnancia, sería tal vez su denunciante.

— ¿ Aunque alguno de ellos tuviera un hijo honrado ? preguntó Adelaida.

— No, señorita ; entonces puede ser que me pareciera una infamia esa delación.

— Luego ya se necesita algún examen para ser ó no delator sin infamia, y eso prueba la exactitud de lo que he sostenido : el papel de denunciante es indigno, y cuando más, según usted, puede añadirse la excepción de ciertos casos.

— O bien, dijo Santiago, el papel de delator es noble, sólo que, en concepto de ambos, hay casos en que es infame.

— Tal vez, dijo Adelaida sonriéndose y prestando atención al ruido que hacía una persona que entraba.

Era Enrique, que habiendo regresado ya con toda la gente de las fiestas, y sabiendo que Emilio estaba enfermo, venía á visitarlo para con este pretexto ver á Adelaida y aun á la Cisne, pues sabía que ésta estaba en aquella casa.

— Al momento fué introducido en el cuarto de Emilio, que, ya despierto, recibió su visita. Mientras los dos conversaban, Adelaida y la Cisne seguían hablando con Santiago agradablemente, hasta que empezó á llamarles la atención la conversación de Enrique.

— La justicia sabe ya perfectamente, le decía éste á Emilio, quién es el compañero del Mordedor en el robo ejecutado la otra noche en esta casa.

— ¿Cómo es eso? preguntó Santiago, viendo que Emilio no contestaba.

— Sí, señor, continuó Enrique; hemos dado al fin con ese malvado que había logrado mantenerse oculto, por haberme ido á las fiestas, de lo que por consiguiente pido perdón á la señorita Adelaida.

— No entiendo una palabra de cuanto usted dice, contestó ella, y aun le aseguro que no quisiera que se empeñase en hacérmelo comprender.

— Yo, sí, deseo que usted se explique, repuso Santiago.

— Sí, señor, continuó Enrique; tengo la satisfacción de haber ayudado mucho en ese descubrimiento; y aunque se ignora en el público el nombre del criminal, la justicia ha comenzado ya á proceder en virtud de un denuncia secreto.

En efecto ese mismo día antes de que Santiago, Adelaida y la Cisne sostuvieran su discusión, un hombre con un papel en la mano se había presentado en la casa del juez más discreto que había entonces

en la ciudad, para delatar en secreto á Adolfo Castelví por los delitos de asesinato y robo, indicando las pruebas que podían acreditar el denuncia. Este delator sobre quien algunas horas después los labios de Adelaida y de la Cisne arrojaban la infamia; ese delator que Santiago condenaba en este caso, y que iba á poner en la mayor consternación al desgraciado Emilio, lo era en persona el mismo doctor Temis.

Como los crímenes perpetrados por la junta de Monterilla tenían la ciudad alarmada en sumo grado, algunas horas después del denuncia sólo se hablaba en todas partes de que estaba descubierto ya por la justicia un criminal cuyo nombre se ignoraba en el público, pero que seguramente era un personaje de consideración, que bien pronto estaría en poder de los tribunales, porque se le buscaba con mucha actividad. Esto había llegado á los oídos de Enrique, quien con razón se imaginó fuese el reo delatado el compañero del Mordedor, cuya persecución había ofrecido pocos días antes en casa del señor Osmán. Así es que, no sabiendo cuán al cabo de semejante asunto estaba una gran parte de esta familia, no tuvo inconveniente en atribuirse ante ella la gloria del descubrimiento y referirles que el doctor Temis era el delator.

Emilio no podía ni prorrumpir en los gritos que esta noticia le provocaba, tanto porque Enrique no sospechase de su arrebató, cuanto porque lo ahogaba

la angustia. Bien pronto se habían persuadido él y Santiago, de que entre las audaces mentiras de Enrique, sólo había de cierto que don Adolfo estaba delatado, que el doctor Temis era el delator y que la justicia buscaba al reo con actividad.

Entre las pocas personas que estaban instruídas de las desgracias de Emilio, el doctor Temis sólo á don Juan comunicó el terrible paso que había dado, y sobre el cual éste no se atrevió á hacerle observación alguna, quedando confundido al ver hasta qué extremo se iban cumpliendo literalmente las amenazas de Monterilla que le parecieron al principio tan atrevidas y temerarias, por ignorar se fundasen en la desgracia anterior de estar el padre de Emilio complicado en los delitos de tan perversa cuadrilla. El resto, pues, de aquellas amenazas se realizaría igualmente, una vez que lo más increíble y difícil estaba ya cumplido. Aquel joven se veía no sólo abandonado de su más poderoso amigo, sino evidentemente perseguido por él: no habían bastado á evitar este mal los pronósticos hechos tan expresa y repetidamente. ¿Qué podía ser aquello? Al conducirse el doctor Temis de un modo tan delicado, no podía menos de tener alguna razón, no sólo muy particular y justificativa, sino más que todo grave y poderosa. Don Juan no la adivinaba ni se atrevía á juzgar al doctor Temis como un maniático de la justicia que todo lo atropellaba ciega y torpemente. Lo que más lo confundía era el ser amigo del per-

seguidor y del hijo del perseguido; á ambos había prometido su cooperación y servicios, y no era dado conciliar la amistad en dos empresas tan contrarias y peligrosas. Perder á don Adolfo era la del doctor Temis; salvarlo á todo trance era la de Emilio: una de las dos tenía que ser la de don Juan.

Hallábase en estas dudas, muy afligido, cuando llegó Santiago de la casa del señor Osmán, no menos afligido por su parte.

— ¿Sabe usted, le preguntó don Juan, que Adolfo Castelvi está ya denunciado?

— Lo sé, contestó Santiago, y Emilio también lo sabe.

— ¿Quién se lo ha dicho? preguntó don Juan con muestras de sobresalto.

— Enrique.

— ¿Luego ya es notorio que Emilio es hijo de un criminal?

— No, contestó Santiago refiriéndole la conversación de Enrique.

— ¡Qué situación tan horrible para la amistad! exclamó don Juan suspirando.

— ¡Horrible! dijo Santiago, como todas las situaciones en que un amigo, viendo padecer á un amigo, no puede aliviarlo.

— No sólo por eso: lo es aun más porque dos amigos están en guerra y nosotros no podemos permanecer neutrales.

— Para mí no lo es por eso, replicó Santiago con

desprecio : yo no veo sino la guerra de dos leguleyos á cual más perverso, y entonces la elección no es tan difícil para mí y ya está acordada.

— ¿Qué piensa hacer usted pues ?

— Elegir el menos malo.

— ¿Cuál ?

— Monterilla.

— No, Santiago : mejor sería en ese caso que no estuviese por ninguno.

— Debo, don Juan, estar contra el traidor.

— No puedo, dijo éste, persuadirme jamás de que el doctor Temis sea un traidor.

— De eso no hay duda, don Juan : delatar al padre de Emilio... revelar así un secreto...

— Tal vez alguna razón, interrumpió don Juan, justifica en este caso al doctor Temis. Dígame usted finalmente de qué lado piensa quedar como amigo, ¿del lado del doctor Temis ó del de Emilio ?

— ¿Y usted, don Juan, de cuál de los dos queda ?

— Yo me inclino al doctor Temis.

— Entonces, dijo Santiago con decisión, yo quedaré á favor de Emilio.

— ¿Por qué ?

— Porque es muy justo en este caso que no todos abandonen á ese desgraciado.

— Es verdad, Santiago : y yo vacilo mucho todavía, porque, no alcanzo á adivinar la razón que mueve al doctor Temis á obrar como está obrando.

— Yo tampoco.

— Sin embargo, continuó don Juan, voy á exponer á usted el único motivo que he podido conjeturar. El doctor Temis es un hombre muy elevado en sus miras, muy amante de la justicia y de la filosofía, y para el cual, más bien que hombres, sólo hay razón y principios; más bien que individuos, sólo tiene presente la sociedad entera con sus desgracias y sus leyes. Pues bien, en este asunto no ha visto ni á Emilio ni á don Adolfo, ni siquiera á sus amigos. Sólo ha visto una sociedad atrasada, donde el crimen del padre es castigado injustamente con cierto grado de infamia inmoral sobre la persona del hijo inocente. Sólo ha visto, por otra parte, un principio y una ley que prohíben con razón que el hijo sufra el más leve mal por las faltas de su padre.

— Eso no es así, don Juan : aquí no sucede semejante cosa.

— Pero el doctor Temis lo habrá visto así; y para defender esa ley y ese principio, piensa aprovechar la ocasión de inhabilitar á la sociedad para que no vuelva á violarlos en los casos futuros.

— ¿Y cuál es el medio de que se vale?

— Uno muy eficaz por cierto : hacer que un padre criminal, expiando sus delitos, satisfaga á la sociedad y sufra solo él castigo que merece, sin que recaiga el menor grado de deshonor sobre un joven como Emilio, tan virtuoso que, aunque hijo de un criminal, no es posible despreciarlo nunca. Mañana ú otro día vuelve á ocurrir un caso semejante entre

nosotros, y entonces se acordarán todos de Emilio y de su padre, y traerán así á la vista un acontecimiento en que la sociedad fué justa y empezó á despreciar sus preocupaciones. Con esto solo, la ley y el principio quedan defendidos y planteados para siempre, ilustrándose en ellos la sociedad por hábitos más cultos.

— Me ha sorprendido usted con su pensamiento, dijo Santiago, no por su exactitud ni por su grandeza ni menos porque me parezca digno de justificar al doctor Temis, en quien yo no lo supongo, porque sería suponerle un desvarío. Mas concediendo que sea racional y que sirva de justificación á una perfidia, yo soy muy pequeño, si se quiere, para consentir jamás en que un amigo mío esté sirviéndole á aquel abogado, como sirve á un médico una droga para ensayar la curación de las enfermedades. No, don Juan; yo estaré en todo caso por Emilio y me opondré á que se lo apliquen de remedio á una sociedad que se supone enferma; basta al doctor Temis que yo lo respete como debo, para que lo deje con sus razones recónditas obrar según quiera, en tanto que al lado de Emilio trataré de aliviarle los males que ese hombre le va á procurar.

— Yo no puedo, dijo don Juan, determinarme así enteramente: estos dos amigos me tienen confundido.

— Pues no hay más, repuso Santiago, que decidirnos como hemos pensado. Usted encuentra, por

su parte, una razón quizá plausible para sincerar su adhesión al doctor Temis; yo la encuentro, por la mía, para creer justo el favorecer á Emilio. Esto es suficiente á fin de que cada cual, abrazando su causa con calor, trabaje cuanto pueda.

— Sí, Santiago : así lo haremos, ~~que no~~ desconfío pueda llegar un día en que por diversos caminos vengamos al mismo fin, aunque sea sólo para llorar con Emilio, sobre el sepulcro de su padre, las preocupaciones y errores de nuestra sociedad; porque es indudable que Adolfo Castelvi morirá en un patíbulo : el doctor Temis, lo ha prometido, y usted sabe lo que es esa promesa; cuide usted, pues, de que Emilio no sea víctima de la desesperación ni sucumba bajo el peso de sus desdichas.

— Yo tengo esperanzas, dijo Santiago : puede ser que no suceda semejante desgracia. Emilio piensa encomendar á Monterilla la defensa de su padre, y para mí es seguro que Monterilla lo salva. Anoche tuvo éste la audacia de decirme que en último caso, si devolvían á la Cisne al poder de la Daifa, él prometía la salvación de don Adolfo. No piense usted por esto que yo tenga disposición á emplear semejante recurso : se lo digo solamente para que vea que Monterilla tiene medios de salvar á don Adolfo, y que ofreciéndole una buena recompensa, logrará el objeto; se lo digo además porque es bueno que usted ponga en noticia del doctor Temis, como defensor de la Cisne, semejante proyecto,

pues en esta parte, sí, permanezco muy unido con ese hombre.

— Usted no se entiende á sí mismo, dijo don Juan.

— Sí, me entiendo : deseo que la amistad obre entre nosotros con franqueza y lealtad.

— Tanto peor para todos, dijo don Juan : nuestros servicios serán inútiles así, pues se neutralizarán recíprocamente en perjuicio quizá de Emilio solo.

— Pero á lo menos nuestros corazones quedarán tranquilos y nuestra amistad inmaculada ; y ojalá, continuó Santiago con énfasis, ojalá que algún día repita lo mismo con nosotros el delator de don Adolfo, ó se avergüence en nuestra presencia, cuando triunfando de él lo confundan nuestras reconvencciones !

Don Juan se fué poco después á dar cuenta al doctor Temis del medio que pensaba emplear Monterilla para recobrar á la Cisne.

X

LA MADRUGADA

Pocos momentos después que salió Santiago de la casa del señor Osmán, se presentó en ella Jorge trayendo para Emilio una carta de Monterilla, en que le avisaba estar ya delatado don Adolfo y ser contra él tan activa y constante la pesquisa que, si prontamente no se encargaba de salvarlo un defensor que tuviese los estímulos suficientes para obrar, estaría aprisionado en menos de veinticuatro horas, y por consiguiente perdido para siempre: que ese defensor podía serlo el mismo Monterilla, pero que francamente anunciaba no tener otro medio de protegerlo sino ocultándolo á las investigaciones de la justicia, para lo que era indispensable coligarse con la Daifa, quien tenía en abundancia escondrijos tan secretos que respondía con su vida de la seguridad del perseguido, por mucho que sus enemigos lo buscasen. Mas para conceder este auxilio, ella exigía una indemnización muy fácil, que únicamente consistía en la inmediata devolución de la Cisne; pues jamás

podría, si no precedía tal restitución, proteger al padre de quien se la había arrebatado tan atrevidamente. Monterilla concluía su carta haciendo una pintura negra y patética de los males que la negativa debía ocasionar dejando á don Adolfo sufrir el enjuiciamiento y sobre todo terminar en el cadalso su vida deshonrada.

Emilio leyó la carta para sí solo, y la guardó sin pronunciar una palabra, resolviendo únicamente incluírsela á la Cisne en otra que pensaba escribirle esa misma noche, para no excusar tal recurso en favor de su padre.

Desde que Emilio se vió abandonado del doctor Temis, resolvió ausentarse para siempre, cansado de soportar que la persona más cara para su corazón estuviese viéndolo como un infame. Tenía señalada para su marcha esa misma noche, convencido de que ya nada podía hacer en favor de su padre, y de que su permanencia en la ciudad, sin ser útil para nadie, era funesta para él y acaso desagradable á Adelaida.

Bajo este pensamiento ocultaba otro más fúnebre que trataba de esconder á sus propios ojos y que sin embargo le era el más consolador. Este consistía en ausentarse de toda sociedad, para poner fin á sus días donde nadie tuviera noticia de su atentado.

— En otras partes, decía para sí, el que se suicida parece ejecutar un hecho que tiene cierta gloria, y quizá mucha grandeza. Pero aquí no es lo mismo :

el que se mata arroja sobre su nombre algo que lo hace horroroso ; todos hablan después, de su tragedia, no como del esfuerzo inaudito del valor, ó del resultado lamentable de una delicadeza sublime en que se precipita la honra huyendo del baldón, sino antes bien se expresan con un acento compasivo que los manes del suicida se avergonzarían de escuchar : todos, en vez de formarse de éste la idea de un hombre grande, sólo se forman la de un loco maldecido ; el vulgo se abstiene de orar por él, y los hombres ilustrados presentan á sus hijos con colores espantosos aquel ejemplo de horror, para corregirles eficazmente los defectos de su educación ó la inexactitud de sus doctrinas ; la gente sensible evita su recuerdo, y hasta la tradición coloca su sepulcro no en los cementerios religiosos, sino en campos sombríos, ingratos y fatales.

Emilio, en una palabra, estaba persuadido de que el suicidio aquí es un hecho infame y execrado.

Era, pues, necesario cometer ese crimen á escondidas, porque, juzgando por sí mismo y por Adelaida, suponía á la sociedad tan dulce y delicada que creía una falta odiosa ofrecerle espectáculos feroces y sanguinarios ; porque detestaba en la opinión cuanto no fuese el vuelo de la fama con admiración y respeto ; aborrecía las dos celebridades del ridículo y la deshonra, para amar las únicas que lo son verdaderamente, las de la virtud y la gloria.

Esa noche, luego que se vió solo, reuniendo las

fuerzas que le quedaban, determinó llevar á efecto su fuga tomando el camino del Sur, como el que le pareció más seguro para eludir el alcance de los que lo siguiesen.

A las doce de la noche se levantó, pues, y se puso á pasear por el cuarto, de modo que no lo sintiesen. Lloraba entonces; y era Adelaida quien lo obligaba á semejante debilidad, de que no se avergonzaba, pues nadie lo veía: lloraba porque él mismo se inspiraba piedad al verse condenado á salir como fugitivo de aquella casa en que había sido tan feliz, á la que no volvería y donde se quedaba el objeto de su amor que con tanta bondad y eficacia lo había consolado en otras penas é intentado dulcificarle las actuales. Salía huyendo de un amigo que lo había traicionado, y de un padre que, más bárbaro que sus crueles enemigos, lo había traicionado también y condenándolo á una muerte desastrosa, precedida de días espantosos, afrentas humillantes y caros sacrificios.

— ¡Adelaida! exclamaba, tu amante huye de ti que eres la única que no lo abandonaste y acaso serás la única también que sentirá su ausencia. ¡Con cuánta claridad ve la razón en el día del desencanto! Los nombres que el alma veneraba y quería pierden el acento dulce que les daba nuestra propia voz al salir de un pecho agradecido: la traición los marchita dejándolos reducidos á un eco amargo y confuso... ¡Mi padre! ¡Cuánto este nombre fué

grande para mí, que al pronunciarlo me parecía que articulaba con tono melodioso y firme el nombre natural de mi propio corazón ! Hoy lo articulo como el nombre de la muerte... Sí : el hombre no ama ni puede amar ni aborrecer sino los hechos y las cosas que se los recuerdan. ¡Padre !... ¡Amigos !... Estos nombres no son de amor sino cuando denotan la acción tierna, generosa y buena de quien los lleva. Son el título del odio cuando sirven para llamar al ingrato, al traidor ó al criminal. No hay más vínculos que la acción que nos demuestra el cariño... ¡Adelaida ! yo amaba tu corazón generoso, porque es más generoso que el mío, que apenas es el corazón de un hombre, quizá como el de aquel que se llamó mi amigo, pues puedo abandonarte, y no palpita como tal vez palpitaria el tuyo al pronunciar un adiós para siempre... Mas, Adelaida, si mi corazón no palpita ahora, no es porque dejó de amarte, sino porque sabe bien que va á librarte de un peso fastidioso... de la estéril tarea de consolar : porque va á huir de tu lado un ser que te avergonzaba y con cuya ausencia debe despejarse tu alma, como se despeja un templo al extraer de su nave sacrosanta el cadáver que recibiendo en ella sus últimos honores la cubría de fúnebre aparato. No volverás á verme, Adelaida ; y mañana esta habitación no parecerá una tumba que tenías que visitar : sus puertas se abrirán, la luz entrará, porque ya Emilio ha salido... ¡Adiós, Adelaida !... me atrevo á decirte adiós, porque no

puedes oírme... ¡Ah! sólo la infamia me obliga á abandonarte...

Antes de salir quiso quemar todas las cartas que le quedaban de su padre, ya que Adelaida misma había quemado la última.

Esto le dió valor para llevar á efecto el pensamiento de borrar el retrato, lo que sin embargo le costó más pesares y más lágrimas; pero nada quería llevarse, y por tanto no había otro destino que dar á aquella prenda. Quemó igualmente el cabo del puñal que la Cisne había traído de la caverna de Monterilla; y destruyólo así, para evitar que vieses una cifra que podía obrar como presunción vehemente contra su padre. Todo lo quemó, guardando sólo la cinta de Adelaida para llevársela, porque no pudo deshacerse de ella absolutamente.

Mas, al destruir aquellas señales del crimen, se contristaba pensando que Adelaida al día siguiente había de ver los despojos de una acción vana, que le parecería la prueba de que hay cierta rehabilitación que no puede hallarla en una ceniza confusa quien sabe bien la materia infame que la ha producido. Nada, pues, le quedaba ya á Emilio de su padre sino lo que el fuego no podía aniquilar; de nada le servía, por cierto, destruir aquellos objetos, si tenía que cargar con la infamia y abandonar á Adelaida.

Por último sacando la carta que ese día le había enviado Monterilla ofreciéndose como defensor de don Adolfo y exigiendo por recompensa la entrega

de la Cisne á la Daifa, la dobló, resuelto á no escribir á aquella joven para pedirle un sacrificio tan costoso, y á no evitar tampoco enteramente el paso de indicarlo en favor de su padre. Así fué que se contentó con poner á la misma carta un sobrescrito para la Cisne, y dejársela encima de la mesa, á fin de que, hallándola allí al siguiente día, ella sola resolviese lo que quisiera.

Concluído esto, y cuando Emilio se disponía á salir, se vió obligado á detenerse, al oír á alguna distancia la música de una guitarra y algunas voces que cantaban tristemente. Esto le representó con cruel vivacidad la historia de sus males, adherida fuertemente en su memoria á las armonías que sonaban á lo lejos : sus recuerdos parecían ofrecérsele al tiempo de partir, como si intentasen acompañarlo para siempre.

Tal incidente le arrancó nuevas lágrimas, contemplando que en aquellos momentos en que él iba á emprender, enfermo y desgraciado, un viaje clandestino y funesto al que todos sus males venían á llevarlo, no había ni un solo amigo que lo consolara.

.

Esa tarde había recibido Santiago carta de Veratrina en que le avisaba que doña Gonzaga, muy molesta por la larga visita del oratorio, le había prohibido volver á recibir en su casa á sus parientes y amigos; pero que siéndole urgente hablar con él otra vez acerca de un asunto de grave importan-

cia que le había ocurrido, lo citaba para un jardin-cito cuya puerta quedaba abajo del portón principal de la casa.

Al recibir Santiago este billete, no pudo prescindir del gozo que le causaba la esperanza de volver tan pronto á verse con Veratrina en un sitio tan bello, en medio de tanta soledad y con tan interesante misterio.

Para las dos de la mañana era la cita; mas Santiago salió de su casa desde antes de la media noche, á fin de entretener su agitación andando por las calles más próximas á la casa de doña Gonzaga, hasta que llegase el momento señalado para verse con Veratrina. Mas, bien pronto alcanzó á oír que en la esquina de aquella calle sonaban la música y canciones de que se habló antes.

Don Félix, que, como se ha dicho, amaba á Beatriz, había querido esa noche, y según acostumbraba, tocar la guitarra bajo las ventanas de su querida, y cantarle algunas canciones tiernas de las que él mismo sabía componer al efecto.

Anselmo y don Sandalio andaban también por la calle, el primero porque así lo tenía de costumbre, y don Sandalio porque trataba de divertir los insomnios que Baciliza le causaba en esos días. Fácilmente se habían juntado todos, y Santiago se les reunió, no por estar en sociedad con ellos, sino resuelto á hacerles despejar el sitio, para que no le frustrasen su cita anhelada.

El medio más fácil que le ocurrió para ello fué el de convidarlos á dar una serenata á Baciliza, en lo que convinieron inmediatamente, poniéndose en camino, aunque con suma lentitud, por ir entonando sus melancólicas endechas. Santiago los dejó bien pronto y se dirigió á la puertecita del jardín donde debía aguardar á Veratrina. Y aunque no era todavía la hora señalada, no tuvo que esperar sino un momento, al cabo del cual la puertecita se abrió por la misma mano de aquella dama, que también había estado por su parte muy impaciente mientras los cantores andaban por ese lado.

Santiago aquella noche ya no veía en Veratrina sino una amante, ni en él mismo otra cosa, según su última determinación, que un galán decidido y afectuoso ; en cuya virtud empezó tratándola con la mayor ternura, á la que ella correspondía manifestando el sentimentalismo más teatral.

Algún tiempo se le pasó en hablar de sus afectos, hasta que ella, suspirando con más ternura que antes, le dijo :

— No hablemos ahora de nosotros mismos que somos felices, por lo menos yo en cuanto me es posible serlo cuando otros padecen. Hoy he sabido que un amigo suyo, á quien no conozco y cuyo nombre ignoro, es muy desgraciado, lo amenazan pesares horribles y lo han abandonado. Yo quería unirme con usted en la empresa virtuosa de salvarlo, ó por lo menos de cooperar á su consuelo.

— ¡Qué! exclamó Santiago; ¿usted también lo sabe?

— No sé más de lo que he dicho. Pero acaso no me faltarán recursos para contribuir á ese servicio y de algún modo auxiliar á un desgraciado que, aun cuando me es desconocido, bástame saber que es amigo de usted, para interesarme por su suerte y desear ahorrarle graves sufrimientos, ó por lo menos retardárselos, si no pueden del todo evitársele.

— Explíquese usted más, hermosa Veratrina, le dijo Santiago con interés y dulzura.

— Vea usted, continuó ella. Me han dicho que un criminal, persona de distinción, tiene un hijo muy honrado que va inevitablemente á perderse para siempre si su padre cae, como se cree seguro, en manos de la justicia y se hacen públicos sus delitos. En esta casa hay un sitio donde he calculado que ese criminal puede ocultarse con plena seguridad. Es una alacena á la que se pueden quitar los anaqueles, con lo cual se descubre una puerta secreta que le sirve de respaldo y conduce á un cuarto pequeño, donde cualquiera, cerrando la puerta y armando la alacena, puede estar oculto con seguridad de que nunca lo encontrarán. El padre de su amigo se esconderá, pues, aquí, mientras lo olvida la justicia; su hijo con precaución puede, si lo desea, venir á visitarlo cómodamente, hasta cuando llegue el caso de que aquel con seguridad deba salir y ausentarse

á uno de los Estados vecinos, ó irse para Europa si lo cree más seguro. Parece que de esta manera todos los males pueden evitarse sin riesgo ni dificultad, y hasta de un modo inocente.

— ¿Y cómo se atreve usted á contar para todo eso con el consentimiento de doña Gonzaga y de Beatriz? preguntó Santiago; porque, en cuanto á mí, lo creo muy difícil, pues á la verdad, esa gente me parece intratable.

— Tales dificultades, respondió Veratrina, pueden vencerse, si no me engaño, con gran facilidad, fundándome, para esa confianza, en el modo como llegaron á mi noticia estas circunstancias. Así es que si usted conviene y su amigo acepta este recurso, me comprometo á poner de nuestra parte á doña Gonzaga y á Beatriz.

— Pero sin revelarles nada sobre las personas, Veratrina.

— Por supuesto : ya sé que ése es un secreto; y mal puede temerse lo descubra yo, cuando lo ignoro completamente, sabiendo sólo las circunstancias de un modo muy vago.

— Por mi parte, continuó Santiago, celebro mucho el hallazgo de este arbitrio, y no dudo sea aceptado por mi amigo y por su padre; pero siempre es necesario contar con él, y tal vez con ciertas personas á quienes no gusto de dirigirme...

— Sí, interrumpió Veratrina : todo eso lo supongo; pero los consentimientos en este caso deben darse,

en mi concepto, por expresados, no obstante el deber de solicitarlos.

— ¡Aun el de doña Gonzaga lo supone usted ? volvió á preguntar Santiago con desconfianza.

— Ese es seguro, contestó Veratrina. Vea usted ; voy á referírsele todo, para que se convenza mejor : quien me ha hablado sobre este asunto ha sido precisamente el capellán, que vino poco después que salió usted ; él es quien se interesa por esos desgraciados, aunque tampoco los conoce, pero sabe las consecuencias que acarrearía contra un inocente la aprehensión de ese reo ; en una palabra, él es quien me ha suplicado procure que doña Gonzaga le franquee ese cuarto secreto para esconder á su protegido, queriendo que yo le hable primero, con el objeto de evitar le oponga el recelo de que yo sepa la ocultación ; mas no he querido hacer nada sin contar con usted.

— ¡ Ah ! Veratrina, exclamó Santiago tomándole la mano. ¡ Qué bondad la suya !

— ¡ Pero qué resolvemos ? dijo Veratrina. El tiempo urge mucho, y tal vez hay todavía que vencer quizá algunos caprichos y quién sabe cuántos obstáculos difíciles.

— Yo que sé bien cómo van estas cosas, dijo Santiago, casi me atrevo á decir que por ahora lo más seguro es esconder al padre de mi amigo. Mañana en este mismo sitio, á esta misma hora, hablaremos otra vez con más acuerdo, si usted, bella Veratrina, me concede este favor.

— Es bien difícil, Santiago ; mas si usted lo quiere absolutamente... trataré de complacerlo.

— Sí, lo quiero, dijo Santiago.

— Bien, pues. Mas le recuerdo que es preciso se retire para que no vayan á sorprendernos.

— Pero... ¿la carta?

— Mañana la recibirá usted precisamente.

Veratrina y Santiago se separaron, yéndose éste muy contento no sólo por la agradable entrevista que acababa de tener, sino también por la importante noticia que debía llevar á Emilio acerca de la salvación de su padre. Así fué que se retiró tan agitado que al salir del jardincito apenas hizo alto en que alguno pasaba por la calle á caballo muy aprisa. Era Emilio, á quien Santiago no pudo conocer por la oscuridad de la noche y por lo lejos que estaba de pensar que este amigo pudiera salir á tales horas.

XI

LAS DECLARACIONES

Santiago madrugó mucho al día siguiente, con el objeto de ir donde Emilio muy temprano á comunicarle que su padre podía ocultarse con seguridad en casa de doña Gonzaga. Con todo, no se atrevió á presentarse inmediatamente donde el señor Osmán y aguardó hasta que fuese hora de que su visita no pareciese demasiado importuna.

Cuando llegó, todos estaban en gran consternación á causa de la fuga de Emilio : la mayor parte de la familia se hallaba en el cuarto de éste, mientras que Adelaida, buscando la soledad, trataba de ocultar su pena por este medio que era el único á cuyo favor podía lograrlo, pues con sólo verla en aquellos momentos quedaban revelados todos los secretos de su alma apasionada.

Santiago el entrar quedó penosamente sorprendido, imaginándose que Emilio había muerto, una vez que veía abiertas la puerta y las ventanas del cuarto

que hasta entonces había estado á media luz por motivo de la enfermedad.

La Cisne también se hallaba allí, sentada á la mesa de Emilio, con una carta en la mano : no lloraba, pero **dejaba** ver un sentimiento grave, que pareció funesto á Santiago, y **acabó** de alarmarlo, porque todo le presagiaba desdichas, **no** alcanzando á comprender ese desorden, ni aquellos **montones de ceniza** y demás fragmentos que del puñal y del retrato había dejado Emilio.

En pocas palabras le dieron cuenta de todo, y aunque llevaba intenciones, ese día, de hablar con la Cisne y referirle los sucesos relativos á su carta, no se atrevió á tocar este asunto, por el desorden en que se encontraba la casa y la inoportunidad del momento para hablar de un hecho que después podía comunicarse en ocasión más favorable; pues por entonces todos se ocupaban de Emilio, manifestando un grande interés de que al momento se le buscase por todas partes con diligencia y constancia, para lo cual las señoras invitaron á Santiago, y le rogaron se pusiese inmediatamente en camino, mientras don Juan y otros amigos buscaban por la ciudad y por las cercanías. Así fué que se vió precisado á irse al momento á emprender su marcha por el mismo lado por donde había tomado el viajero que vió á la madrugada, y que fundadamente juzgó entonces pudiera ser Emilio.

Entre tanto la Cisne, con la carta que encontró

para ella en el cuarto, sentía un horrible peso que no la dejaba acordar una resolución acertada en el caso en que se veía como defensora de Emilio y su padre y enemiga al mismo tiempo de sí misma. Salvar al que la había salvado no era para ella dudoso; pero la carta que le imponía su sacrificio venía de manos de Monterilla, y entonces ese sacrificio no podía ser sino la inútil complicidad de un crimen. Mas era cierto también el aviso de los escondrijos seguros que tenía la Daifa, y ella lo sabía de modo que probablemente en esa parte la oferta merecía crédito. No era su existencia lo que se pedía, era su honor, y nunca creía la Cisne que el honor de una mujer valiera menos que la existencia de un hombre. Emilio mismo no se había atrevido á proponer tal sacrificio; no había podido aventurar su juicio para decidir la duda, y todas aquellas incertidumbres eran del dominio de la honra y la virtud, únicos jueces que debían fallar sobre ello. El honor exigía tal sacrificio; pero el mismo honor lo condenaba; y si el egoísmo se atrevía á pedirlo, la generosidad no podía concederlo. La Cisne, pues, sin hablar una palabra, meditaba sin cesar lo que había de hacer, y le sucedía lo que siempre: á lo más vacilaba su pensamiento, pero su carácter nunca.

Cuando Santiago estaba en su casa disponiendo el viaje, se le presentó una mujer enviada por Veratrina, trayéndole la carta falsa de la Cisne, pero diciéndole que sólo era un billete de aquélla. Él, con la precipitación con que hacía todas sus cosas siempre y par-

ticularmente en aquellos momentos de afán y de angustia, la leyó involuntariamente. Mas aunque tenía ya tanta fe en las virtudes de la Cisne, fué muy grande el disgusto que al principio le asaltó, no pudiendo decidir de la autenticidad ó falsedad de semejante papel, por lo que solamente resolvió enviárselo á ella al momento con don Juan.

Con menos dificultad consideró éste las cosas, porque persuadiéndose de la autenticidad de la carta, sólo creyó que semejante mujer no merecía la protección del señor Osmán y debía ser restituída sin demora á la Daífa, para aprovechar por ese medio los auxilios ofrecidos á don Adolfo. Inmediatamente, pues, se puso en camino para la casa del señor Osmán, resuelto á emplear eficazmente todo recurso á fin de lograr la restitución de la Cisne.

Aun estaba la familia en el cuarto de Emilio cuando llegó don Juan, quien al ver á la Cisne no pudo prescindir de interesarse todavía en su favor, arrepintiéndose casi de llevar á efecto su funesta instancia. Con todo, recordando, como hombre de mundo, cuánto es capaz de engañar la hipocresía, puso con mano trémula á los ojos de la Cisne la carta que llevaba. Un grito de horror y un torrente de lágrimas fueron el signo que ella dió de quedar instruída de las calumnias con que intentaban perderla. Las señoras quedaron confundidas de semejante suceso, y pidieron á don Juan la aclaración del misterio.

— No, gritó la Cisne : guárdese usted de revelar el

contenido de ese vil papel, hasta que pueda desmentirlo mi justificación ; de lo contrario, será cómplice del infame Monterilla, autor miserable de esta calumnia infernal.

— Sí, dijo don Juan; pero no sea necesario advertir á usted del deber de restituirse al poder de la Daifa...

— ¡Qué! exclamó sorprendida la señora de Osmán. ¿Hace usted tan indigna indicación y aun nós oculta sus motivos? No, don Juan, la Cisne no saldrá de aquí contra su voluntad en ningún caso.

— Sí, saldré, repuso la Cisne con dignidad : no debo permanecer más en este grato asilo, porque de ningún modo me es posible pagarlo con el sacrificio que hoy se me trata de exigir en favor de uno de mis protectores.

— Ningún sacrificio, dijo una de las señoritas acercándosele y echándole los brazos, ningún sacrificio impone á usted una familia que con tanto gusto la mantiene en su seno, y que con decisión y energía la defenderá del nuevo adversario que parece levantarse contra usted.

— ¡Señorita! exclamó don Juan : no juzgue usted tan ligeramente acerca de un hombre que nunca puede perseguir la virtud.

— No señor, contestó ella ; la Cisne es incapaz de la acción más leve que merezca censura.

En este momento se presentó también el juez al frente de las señoras y de don Juan.

— Siento mucha pena, dijo con gravedad y cortesía, de venir á molestar á ustedes con mi carácter oficial; pero confío en que la discreción de las señoras me disimulará en atención á que vengo á ofrecerles una oportunidad de servir á la justicia.

— Con mucho gusto, contestó la señora brindándole asiento y prestándole atención.

— Se trata, continuó el juez, de que la señorita llamada la Cisne tenga la bondad de informarme sobre algunos puntos que, si me permite, pasaré á indicarle.

— Es en vano, dijo la Cisne, porque yo sólo estoy al cabo de los hechos ejecutados por las personas que me rodean; y en cuanto á eso, sé ocultar virtudes cuya publicación fuera capaz de ofender su modestia; así como sabría igualmente reservar los defectos de mis protectores si fueran susceptibles de incurrir en alguno.

— ¿Ha sido su protector Adolfo Castelvi? preguntó el juez con bondad.

— No, señor.

— ¿Es él por ventura un hombre virtuoso?

— No lo conozco.

— ¿Conoce usted á la Daífa?

— Sí.

— ¿Trata usted de ocultar sus virtudes para no ofenderle su modestia?

— Soy su enemiga, señor; y no puedo por lo mismo declarar contra ella.

— Pero, sí, podría dar alguna luz á la justicia acerca de los malhechores cuya compañía conoce esa mujer perfectamente. Por ejemplo, ¿podría usted revelarnos los escondrijos donde ellos se guarecen?

— Podría acerca de algunos, pero no quiero perjudicar á nadie.

Cuando iban aquí del interrogatorio, se presentó Juan Cancio con una carta en la mano. Como se quedó en la puerta del cuarto saludando repetidas veces y haciendo seña á la Cisne de que le traía ese papel, todos se quedaron callados mientras ésta se acercó á recibirlo. Era una carta del doctor Temis en que le decía que si el juez la interrogaba, declarase con verdad cuanto supiera no solamente en contra de toda la cuadrilla de la Daifa, sino también contra don Adolfo y en revelación de los escondrijos. Advertíale además que si así lo hacía, no conviniera de ningún modo en volver donde su enemiga, porque dentro de pocos momentos iría por ella un eclesiástico virtuoso, cuyo nombre le indicaba, y la llevaría al convento de Santa Inés, para que allí se refugiara con seguridad, mientras llegaba el día de volver donde el señor Osmán. Mas en el caso de que rehusara, se le acabaría su protector y quedaría abandonada á sí misma.

Estaba marcado para la Cisne aquel día como el más fecundo en combates delicados, que conspiraban á trastornar sus ideas y derrocar sus principios. No era suficiente rehusar á su defensor el sacrificio que

parecía exigirle en favor de un padre perseguido á quien todos los apoyos iban retirándosele : era además indispensable suministrar pruebas y evitarle el recurso único de la ocultación. Su honor, que en otro tiempo empezó por imponerle el sacrificio de las penalidades de sí misma, iba ya pretendiendo ver en holocausto también á los que habían tenido la gracia de respetarla y protegerla. Nada podía iluminarla en aquel caso al que no alcanzaba el débil juicio de mujer : ¿qué recurso pues sino obedecer en todo el del hombre que ella más respetaba? Así lo decidió, y volviéndose hacia el juez, le expuso con seriedad y entereza todo cuanto sabía no solamente acerca de los escondrijos de la Daifa, sino cuanto conocía respecto de los crímenes de Adolfo Castelvi.

Las señoras se confundían, y don Juan se apretaba los puños devorado por la rabia, viendo en aquella mujer tan hermosa tanta perversidad y tanta audacia. Mas ella se limitaba á intercalar en sus respuestas frecuentes paréntesis en que anunciaba ir á dejar muy pronto aquella casa y echar la responsabilidad de su conducta sobre un hombre que sabría responder de ella.

Al mismo tiempo que declaraba, escribía sobre la mesa de Emilio la contestación con que debía despachar á Juan Cancio y que muy pronto fué puesta en sus manos.

Después de oír el juez la declaración de la Cisne, solicitó la de don Juan, que con esto se puso más

enojado, no bastándole para evitar su disgusto ni el recuerdo de la resolución que había hecho de servir al doctor Temis, ni la atenta instancia del juez para que suministrara algunos datos útiles al triunfo de las leyes aunque funestos á sus amigos.

— No depone usted contra Emilio, repetía el juez con bondad; depone contra un hombre que, ofreciendo á la sociedad, no puede comunicar al inocente más que el forzoso pesar de una desgracia á que todos estamos sujetos en el mundo. Explique usted, pues, lo que le conste respecto de este asunto.

— Nada, señor, repitió don Juan, y es así la verdad. Por otra parte, nada me consta: sólo sé que Emilio ha desaparecido de una sociedad de traidores, y yo lo envidio de veras.

— Sin embargo, dijo el juez, es preciso que la justicia corrija esa sociedad, y ella no puede hacerlo si no encuentra quien la sirva.

— Yo la serviré gustoso, repuso don Juan, cuando no me pida una felonía que manche la amistad. Conozco y respeto al delator de Adolfo Castelví y aun he resuelto acompañarlo en su situación actual, pero esto sólo de un modo privado, y en cuanto no perjudique á mi más querido amigo. Después de esta manifestación, si usted me pregunta más, valdría lo mismo que si interrogara á ese montón de cenizas.

— Ya están interrogadas esas cenizas también, continuó el juez con énfasis; y puesto que usted dice no constarle cosa alguna, basta para no insistir.

Algunos momentos después que se retiró el juez y que la Cisne confundida lloraba su situación, se presentó un prebondado muy respetable, que venía por ella para conducirla al convento de Santa Inés. Las señoras no sabían qué hacerse, y Adelaida padecía un profundo sentimiento con aquella repentina separación; todos se oponían á la entrega de esa joven, pero ella, delicada y resuelta, no aceptó la detención y se fué con su conductor para el convento.

XII

EL CLÉRIGO

Cuando salió Santiago en alcance de Emilio, ya la carta falsa que Veratrina le había remitido iba produciéndole un pesar profundo, habiéndolo hecho pasar primero de la confianza natural que tiene el corazón en la virtud del objeto que lo cautiva, á la duda y á la vacilación, y de éstas al error. Recordaba de una en una todas las circunstancias que daban verosimilitud á aquella carta, y perdía por grados la energía de su alma para obrar en todo sentido, cual si ninguna de sus acciones hubiese tenido otro estímulo moral que su amor á la Cisne, fundado siempre en una condición que, desapareciendo ahora, dejaba su vida sin objeto ni encantos. Así fué que, aun en la diligencia misma de alcanzar á Emilio, empezó á sentirse indolente y perezoso, lo que dió lugar á que saliese un poco más tarde de lo que en otro caso habría sucedido.

Esa breve demora fué muy provechosa para los miembros de la junta, pues dió lugar á que adelante

de Santiago partiesen en la misma dirección Oropimente y Solimán, con el objeto de dar alcance á Emilio, cuya fuga se había hecho notoria, y realizar uno de los acuerdos sancionados para el caso en que aquel joven, no llenando satisfactoriamente las esperanzas que en él fundaban, fuese con razón reputado como enemigo, y viniese á ser indispensable deshacerse de él, para destruir ese nuevo testigo de sus crímenes, cuyo dicho podía perderlos ahora ó en lo futuro, revelando la parte de los secretos que había sido forzoso comunicarle.

Ese día por la mañana muy temprano había tenido lugar una junta extraordinaria, porque á las horas acostumbradas ya no podían reunirse fácilmente, á causa de que las investigaciones de la justicia eran, de noche, más reiteradas, minuciosas y constantes, y aquellos criminales, poseídos de alarma y rodeados de peligros sin fin, se hallaban casi desorganizados y dispersos, precisamente en momentos en que más les era necesaria una junta pacífica y detenida para arreglar sus planes de defensa. Así fué que no asistieron sino Solimán, Oropimente y la Daifa muy contristada, porque además de la situación apurada de la compañía, el día anterior había sido condenado el Mordedor.

Sólo Monterilla y la Daifa habían salvado hasta allí á sus cómplices, proporcionándoles en sus respectivas casas escondrijos impenetrables antes, pero ya en riesgo de ser descubiertos. Aquél era quien

había procurado á don Adolfo, como objeto principal de la investigación, la casa de doña Gonzaga, para lo cual le fué muy fácil servirse del capellán, habiendo tenido previamente por Veratrina el aviso del cuarto oculto, de lo que Solimán, por otra parte, quiso sacar partido en favor de su hija respecto de Santiago, haciéndosela interesante por medio de una acción que á éste debía parecer generosa y bella.

En los primeros debates decidieron enviar tras de Emilio á Solimán y Oropimente, y determinaron por último no estar sino á la defensiva respecto del doctor Temis, pues sabían que éste, hallándose bien resguardado, hacía inútiles las numerosas tentativas que el día anterior se habían acordado contra su vida.

Al disolverse la junta, quedó encargado Monterrilla de conservar oculto á don Adolfo, hasta que llegase carta de Veratrina para saber si podía por fin ser escondido en casa de doña Gonzaga.

La correspondencia entre Veratrina y la Daifa había sido facilitada por los ladrones, á virtud de un medio muy sencillo : frente á la casa de doña Gonzaga había varias tiendas de las cuales tomaron una para que habitase allí otra amiga de la Daifa, y estuviese siempre en vigilancia, cuando Veratrina saliese á la ventana con el fin de encargarle algún recado acerca de la compañía, el que debía desempeñar, en el momento, dirigiéndose donde la Daifa. Por tanto ésta se apresuró á retirarse de la junta para ir á su casa y esperar al mensaje de Veratrina, pendiente

en aquella mañana y altamente importante para seguridad de don Adolfo.

Veratrina entre tanto sostenía con Beatriz una conversación que debía destruir el último obstáculo que faltaba vencer para enviar el recado á satisfacción de los interesados : en tal virtud estaban ambas en el oratorio, que era el sitio en que, después de sus plegarias, hablaban sobre sus respectivas conciencias y necesidades espirituales y corporales.

— Dios me ha oído, decía Veratrina, desde que estoy al lado de usted, virtuosa Beatriz. Había pedido mucho al Señor me concediese la gracia de practicar una acción buena, y parece que va á proporcionármela.

— ¡Dichosa usted, Veratrina, que es mucho más santa que yo, á quien jamás había ocurrido una petición semejante !

— No tiene usted necesidad de ella, repuso Veratrina, porque continuamente la Providencia está favoreciéndola con otra gracia mayor y más eficaz, que demuestra la predestinación, y que consiste en el espíritu contemplativo de que yo por desgracia carezco, teniendo que reemplazarlo con obras demasiado terrenas, que sin embargo no puedo practicar sino por la mediación de usted.

— No lo crea, hermana mía : hace mucho tiempo que no estoy en la gracia del Señor; y la prueba es que me persigue tanto ese caballero don Félix, lo que; según me ha dicho el capellán, es un castigo de

mis pecados : de modo que hasta no acabarse esa persecución, es seguro que no seré perdonada.

— Ese don Félix, dijo Veratrina burlándose de Beatriz, debe ser el diablo en figura de galán, pues él usa perseguir á las niñas, según he leído en la vida de cierta santa. Por tanto usted debía de cuando en cuando echarle un poco de agua bendita, y vería cuál se espantaba.

— Ya se la he echado, contestó Beatriz, cuando al salir de la iglesia lo he visto en la puerta acechándome, como tiene de costumbre, entre una fila de condenados todos como él, de casaca ; pero no se han espantado.

— Entonces no es el diablo, dijo Veratrina ; y puede ser más bien Jesucristo que se le aparece á usted entre un coro de querubines.

— No, interrumpió Beatriz : el capellán me ha dicho que debe ser el diablo.

— Es que, á pesar de eso, bien pudiera ser algún santo ; pues con mucha frecuencia se ha visto que á las niñas muy devotas se les aparece el santo que más prefieren y tiene con ellas lo que en la mística se llaman coloquios y éxtasis amorosos que dicen ser una cosa muy agradable para los predestinados. Piénselo bien, Beatriz, que puede suceder que su amante sea el mismo san Félix, y entonces ¡ qué sentimiento tendría el bendito santo de que usted lo despreciara !

— No diga usted eso, repuso Beatriz : don Félix

es lo que dice el capellán, un ministro de las tentaciones.

— ¡Jesús! ¡qué horror! exclamó Veratrina tapándose la cara para reírse. Es necesario, añadió después fingiendo que lloraba, pedir por la conversión de ese hombre, y yo voy á empezar aplicando por él la obra de misericordia que pienso hacer hoy, si usted, virtuosa Beatriz, la cree aceptable á los ojos de Dios.

— ¿Cuál es esa obra? preguntó Beatriz.

— Salvar á un desgraciado á quien los mundanos persiguen, y que tiene un hijo muy honrado. El capellán me ha dicho que en esta casa hay un cuarto secreto donde el perseguido puede refugiarse.

— ¡El capellán! exclamó Beatriz con acento y cara de aflicción. El capellán ya no me habla sobre la virtud : me tiene aborrecida... me desprecia desde que una hija más virtuosa vino á reemplazarme en su corazón.

— No tenga usted cuidado, dijo Veratrina : no es que la desprecia, sino que ha creído que yo tengo más necesidad de ser obligada á practicar estas virtudes que ya usted sabe demasiado. Sin embargo, continuó, el capellán no quiere que esto se haga sin consentimiento de usted y de doña Gonzaga. Yo casi he contado con el de ambas; porque ya usted ve, Beatriz, que bien considerado, esto no tiene remedio. Nosotras somos personas eclesiásticas, como lo dicen demasiado nuestros hábitos; y siendo el

perseguido un hombre á quien, si no salvamos, amenaza el patíbulo, he oído decir que los eclesiásticos quedan irregulares cuando rehusan evitar la muerte pudiendo hacerlo, como nosotras podemos ahora.

— Es indudable, dijo Beatriz; y si llegáramos á quedar irregulares, no nos dejarían profesar de monjas, y por consiguiente no cantábamos maitines ni oficiábamos las misas, lo que sería el más grande de nuestros males y el más severo castigo de nuestros pecados. Es preciso salvar á ese hombre, y yo voy á obligar á mi madre á que consienta en ello.

Beatriz salió en efecto para ir á hablar con doña Gonzaga á quien ya había preparado Veratrina. Esta se quedó escribiéndole á Monterilla en el sentido de que podía traer á don Adolfo esa tarde, para que tomase posesión de su escondite.

Beatriz tardó algunos momentos en volver á dar cuenta de que doña Gonzaga quedaba de acuerdo en todo, por lo que, asomándose Veratrina á la ventana con mucho disimulo, envió la carta á su destino y procedió luego en compañía de Beatriz á desocupar la alacena para abrir el cuarto y preparárselo debidamente al nuevo morador que debía honrarlo tal vez por mucho tiempo.

Fué muy larga la tarea de perfeccionar el arreglo de este cuarto abandonado hacía largos años; de modo que, muy poco tiempo después de concluída semejante tarea, se presentó en la casa Monterilla

acompañado de un clérigo. Veratrina misma quedó sorprendida de la visita, hasta que pudo persuadirse de que tal clérigo era don Adolfo, que, á favor de este disfraz y muy bien embozado en el manteo, había atravesado con absoluta seguridad las calles que tuvo que andar hasta la casa de doña Gonzaga.

Cuando Beatriz vió que era, nada menos, un sacerdote el que iban á proteger, se llenó de un gozo extraordinario : fijaba con frecuencia los ojos en Veratrina, contemplaba su risueño semblante y admiraba su privilegiada virtud y los favores señalados que Dios le dispensaba eligiéndola para dar hospitalidad y socorro á un ministro del altar.

Por el contrario, Veratrina, que llevaba tres días haciendo los más heroicos sacrificios á la seriedad, apenas podía contener la risa al ver al clérigo, que con la mayor gravedad imaginable para aquel caso representaba su papel con suma perfección.

— ¿Conque el doctor tiene un hijo? decía Beatriz á Veratrina en el oratorio, donde ambas se retiraron la una á pedir á Dios por la seguridad de su ministro, la otra á evitar un espectáculo muy chistoso para su genio.

— Tiene un hijo, contestó Veratrina; pero ignoro si sea hijo de confesión ó legítimo : apenas sé que tiene un hijo muy bueno y muy honrado.

— ¿Será clérigo también? preguntó Beatriz.

— Por lo menos debe ser monigote, respondió Veratrina. No lo conozco; pero es muy probable que

venga á ver á su padre algunas veces, y así lo conoceremos ambas.

— Y si nos gusta, Veratrina, ¿no le tendremos mucha vergüenza ?

— Abí nos iremos acostumbrando poco á poco, contestó Veratrina sin poder contener la risa al oír las necesidades de Beatriz.

— ¿ Es decir, prosiguió ésta, que vamos á tener una vida muy agitada durante todo este tiempo ?

— Así lo creo... Pero callémonos y pongámonos de rodillas, que el doctor viene seguramente á rezar su oficio.

En efecto el clérigo, como si estuviera en su casa rodeado de seguridades, entró con Monterilla al oratorio y se puso á rezar una estación, con el fin de lograr á favor del papel de clérigo devoto un tratamiento mejor entre aquella familia. Concluído este acto hecho en apariencia para dar gracias á Dios por el asilo que le proporcionaba, el clérigo tomó posesión de su escondite, y Monterilla se fué muy satisfecho de haberlo dejado en tan plena y cómoda seguridad, pero bastante inquieto por el apuro en que se hallaba la compañía con la persecución del doctor Temis.

En la junta de aquella mañana la Daífa había mostrado grande encono contra Monterilla por la condenación del Mordedor, y reclamado con la mayor energía que se redoblasen los esfuerzos para salvarlo. Cuando Monterilla llegó á su casa encontró

además un papel del mismo Mordedor, amenazándolo de un modo muy perentorio si, como había ofrecido, no lo salvaba de su proceso y dejaba que llegase á ser, según parecía, víctima de la justicia.

Monterilla, con esto, se fué poseyendo de una inquietud extrema al ver, por otra parte, que ya no era posible contar con el doctor Temis, quien, lejos de favorecer á su cliente, se había convertido en enemigo implacable de toda la compañía : que ya no restaba sino la última instancia en la causa, y aun nada se había hecho para darle un aspecto conveniente ; que su ingenio no le alumbraba arbitrio alguno en la defensa, ni modo de escapar la venganza del Mordedor.

— ¿Qué haré? decía entre sí paseando en el cuarto. No hay remedio ; estoy perdido ; no puedo defender al Mordedor. ¿Qué debo hacer? Estudiar el punto. ¿Pero en qué libro lo estudio? ¿dónde está ese punto? en el código penal... ahí no he visto otro punto para el presente caso sino la pena que debe imponerse á mi defendido ; y el punto de que ahora se trata es precisamente el que lo libre de ella, y ése no me es posible encontrarlo.

XIII

EL REGISTRO

Mientras Monterilla pasó algunos días tratando de hacer el estudio del punto, don Adolfo en la casa de doña Gonzaga se divertía en improvisar repetidas pláticas á Veratrina y á Beatriz, en tanto que ésta acababa de arreglar sus cosas para irse al convento, y aquélla, sumamente triste, extrañaba que Santiago no hubiese concurrido á la cita que habían acordado en noches anteriores.

Un día, al estar don Adolfo en lo mejor de una de sus pláticas, se presentó la policía á buscarlo, á consecuencia de informes suministrados por el doctor Temis, quien había logrado adquirirlos en virtud de las diligencias activas que practicaba para descubrirlo.

Inmediatamente que don Adolfo sintió á la policía en la casa, corrió á la alacena, y mientras se hacía el registro por las piezas principales, Veratrina la cerró con llave, y él colocó por dentro las tablas, en las que se habían pegado con mucho esmero varios

trastos propios de aquel lugar, que contribuían no poco á disfrazar la puerta secreta que don Adolfo tuvo tiempo de asegurar perfectamente.

Los agentes de la policía registraron en vano con cuidado minucioso salas, aposentos y oratorio : unos examinaban cuantos muebles sospechosos encontraban á su paso, mientras otros estirándose miraban los umbralados y los techos, como esperando ver á través de ellos al escondido. No faltó quien con la punta de los dedos descascarase el blanquimento ó despegase las juntas del empapelado, queriendo por fuerza encontrar alguna puerta ó alacena construídas con artificio. No faltaba por registrar sino el horno y la alacena, lo que bien pronto se hizo; mas ni en una ni en otra parte hallaron al escondido. Recorrieron el jardín y buscaron en todos sus rincones que estaban cubiertos de matorral, y casi hoja por hoja examinaron los árboles de uno en uno.

— Sin embargo, decía el jefe de la policía dirigiéndose á Beatriz y á Veratrina que lo seguían, ese hombre debe estar aquí, pues se sabe con evidencia que en esta casa lo han ocultado ustedes, el capellán y Monterilla.

— No, señor, decía Beatriz : eso es falso ; aquí no se ha ocultado ningún hombre.

— ¿ Usted también lo niega ? preguntó el jefe á Veratrina.

— Por supuesto, señor, contestó ella.

— ¿Y así se atreve á mentir una señorita tan religiosa y timorata? ¿puede de tal suerte resolverse con tanta sangre fría á engañar á la justicia?

— No, señor, usted es el que se engaña respecto á mí, contestó Veratrina eludiendo la respuesta por medio de una burla : yo no tengo más sangre de la que necesito, ni ella está más fría ni más caliente de lo que es menester.

— Quiero decir, repuso el jefe sonriéndose, que usted con impavidez comete el delito de engañar á la justicia.

— No la engaña, contestó Beatriz con imperturbable serenidad : aquí no se ha ocultado á ningún hombre ; y la prueba de que así es la verdad está en que yo lo digo sin escrúpulo de conciencia, mientras que, si fuese cierto, no me atrevería á gravar mi alma con uno de los pecados más horribles.

— Es que no para sólo en eso, dijo el jefe : no se trata únicamente de un pecado cometido con esa mentira ; se trata también de un delito que ustedes están ejecutando al encubrir á un criminal. Y les advierto, por tanto, que se exponen á una pena muy severa, que nada tiene de espiritual, si no lo ponen ahora mismo en manos de la justicia, que formal y solemnemente les intima por medio de uno de sus agentes pongan á su disposición en el acto al reo que ustedes ocultan violando evidentemente las leyes.

— No, señor, sostuvo Beatriz ; aquí no se ha ocul-

tado ningún hombre, y nosotras estamos prontas á exponerlo bajo de juramento.

— No es necesario eso, dijo el jefe; lo que se necesita es registrar de nuevo y con mayor cuidado. Vamos para adentro, continuó diciendo á Veratrina; y tenga usted la bondad de volver á abrírnos la alacena.

Veratrina obedeció aparentando tranquilidad y paciencia, á pesar de sentirse en extremo alarmada con este nuevo registro. El jefe y sus compañeros examinaron muy despacio la alacena otra vez, mirando por todos lados arriba y abajo. Fácilmente conocieron entonces que las botellas y platos estaban pegados contra las tablas, lo que les llamó mucho la atención, infiriendo que la alacena cubría indudablemente una puerta secreta, acerca de lo cual reconvinieron á Veratrina al mismo tiempo que con grande esfuerzo empujaban las tablas del respaldo para abrir el nicho que allí suponían sin la menor duda. Veratrina, angustiada infinitamente, procuró satisfacerlos respecto de los trastos, haciéndoles creer que estaban pegados á las tablas sólo por precaución para evitar se rompiesen los vidrios por el atolondramiento de los criados. El jefe á pesar de esa excusa, siguió empujando la puerta cuanto pudo, pero inútilmente, pues don Adolfo había corrido muy bien todas las fallebas que aseguraban por dentro aquella puerta, que era de una hoja sola y cuyos goznes y cerradura quedaban perfectamente

ocultos tras las batientes ; además era tan gruesa la tabla, que de nada servía empujarla, porque ni aun se movía, y habría sido preciso para abrirla tener seguridad de que era una puerta y franquearla por fuerza. Así fué que, á pesar de las fundadas sospechas de que estaban penetrados, tuvieron que volver á cerrar la alacena y seguir buscando otra vez con sumo esmero por toda la casa.

Al fin de diligencia tan vana, la policía se vió obligada á irse, no obstante la seguridad que llevaba de que don Adolfo quedaba burlándose de ella en aquella casa. Con todo, según las instrucciones del doctor Temis, se situó desde aquel momento un espía por la calle, para que observando si el delincuente salía, lo siguiese y diera pronto aviso del lugar en que se ocultase nuevamente. Mas semejante precaución quedó en el acto anulada, porque la mujer que vivía en la tienda del frente notó el espionaje, y dió aviso al momento en la casa para que estuviesen prevenidos.

Cuando pasó el peligro, Veratrina corrió á abrir la alacena y noticiar á don Adolfo de que ya no había riesgo, pero que debía advertir lo espiaban en la calle y era menester mucho cuidado. Todavía no quería él salir, y aun rogaba á Veratrina no abriese la alacena ; mas Beatriz, que la acompañaba, le instó que saliera á continuar el sermón pendiente.

Mientras don Adolfo abría la puerta y quitaba las tablas, descolorido de miedo y temblando como un

azogado, Veratrina y Beatriz se felicitaban del buen éxito de su ocultación.

— ¿Pero cómo se atrevió usted á mentir tanto y con tan rara habilidad? le preguntaba Veratrina.

— ¿Mentir yo? exclamó Beatriz muy seria. ¡Imposible! ¿Cómo habría de cometer tan feo pecado?

— Persuadida estaba, dijo Veratrina con gracia, de que don Adolfo se ocultaba en esta casa; y hasta ahora he venido á saber que no había tal cosa. Sin embargo, todavía puedo jurar que estoy viéndolo salir de ese escondrijo con el semblante del que acaba de sufrir un susto de largos minutos.

— Eso es otra cosa, dijo Beatriz cerrando las cejas y volviendo la cara como quien se molesta de una necesidad.

— ¿Luego no aseguró usted que don Adolfo no estaba oculto aquí?

— No, Veratrina; no he asegurado eso. Lo único que dije fué que en el jardín, donde yo estaba parada entonces, no había ningún hombre oculto, lo que era muy cierto, pues; además de que don Adolfo donde estaba era tras de la alacena, don Adolfo no es hombre...

— ¿Cómo que no lo soy? gritó éste saliendo del escondite. ¿Conque yo no soy un hombre en concepto de la señorita Beatriz?...

— No, señor: usted es un eclesiástico; y así como nosotras, por virtud de nuestros hábitos, no somos ya mujeres, usted por su sotana tampoco es hombre.

— Eso es otra cosa, dijo don Adolfo : sin embargo me parece con razón que, gracias á Dios, no he perdido mi sexo todavía, y que ustedes conservan el suyo.

— No, señor, dijo Beatriz, nosotras ya casi somos monjas completas.

— Vamos, dijo Veratrina, á dar gracias á Dios por habernos librado de un trabajo, y á que don Adolfo concluya el sermón, que me iba edificando admirablemente.

— No, dijo éste : conversemos mientras me pasa el susto, para poder levantar después con valor el corazón á Dios, y predicar en tono sostenido.

— ¿Ha tenido usted de veras mucho susto? preguntó Veratrina.

— Admirable, contestó don Adolfo ; me he quedado atónito de verme temblar como un cobarde debajo de mi sotana. Todavía me parece que estoy en peligro, y querría que vieses no se haya quedado alguno de esos alguaciles escondido por ahí tras de alguna puerta.

— No tenga usted cuidado, dijo Beatriz : todos se fueron, y creo que no volverán.

— Que me diga lo mismo Veratrina, pues á fe que para entenderla á usted, señorita, se necesita haber uno perdido completamente su sexo.

— Sí, no hay cuidado, añadió Veratrina.

— Miren ustedes que esta alacena vale un reino, dijo don Adolfo limpiándose la sotana.

— Sin duda, repuso Veratrina : el escondite no puede ser mejor, cuando ha resistido á la maldita tentación que tenía el jefe de la policía...

— No diga esa palabra, interrumpió Beatriz escandalizada ; que ésa es una maldición.

— ¡ Es verdad ! dijo Veratrina echándose cruces en la boca, mientras don Adolfo, con cara hipócrita, se las echaba en las orejas.

— Pero á mí me parecía que empujaban, continuó éste.

— ¡ Oh ! ese jefe es terrible, contestó Veratrina : yo creí que por fin tumbaba la puerta.

— ¿ Luego, empujó de veras ?

— Y con un ímpetu terrible.

— ¡ Al diablo ! dijo el clérigo dando un salto. Yo creí que fuera aprehensión de mis nervios sagrados ; si hubiera sabido que era cierto, me habría desmayado.

— No hay más sino que en otra ocasión usted atranque muy bien.

— Mas con todo... si vuelven esos bribones, me voy á morir de angustia.

— No volverán, dijo Beatriz ; nosotras vamos á rezar para evitar el que vuelvan.

— Sí : rezen ustedes, quo yo procuraré cerrar la puerta como corresponde al caso.

En esto estaban cuando entró el capellán á ver á doña Gonzaga. Beatriz salió á recibirlo y lo condujo al cuarto de su madre, que, no pudiendo todavía ca-

minar, pasaba el día sentada en una silla. El capellán iba precisamente á advertir que ya todo estaba arreglado para el monjío de Beatriz, y que ésta debía por tanto irse al convento de allí á dos días. Doña Gonzaga recibió con sumo pesar semejante anuncio, no obstante estar preparada á él hacía mucho tiempo. Beatriz, por el contrario, mostró gran placer de saber que al fin iba á llenar completamente los deseos de su capellán.

Este, por su parte, supo la visita que acababan de recibir de la policía; y deseando felicitar por el resultado al otro doctor, pidió lo condujesen donde estaba, lo que hizo Beatriz, no con mucha satisfacción para don Adolfo que iba á sostener una situación bien embarazosa, á pesar de que el capellán lo sabía todo, habiéndosele dado á entender que aquel escondido era un clérigo de otro obispado, á quien perseguían tenazmente por sus opiniones y comprometimientos políticos.

Mientras el capellán se quedó hablando con don Adolfo sobre el fuero eclesiástico, Beatriz y Veratrina se retiraron al oratorio á encomendarlos á Dios.

— De aquí á dos días nos separaremos, decía Beatriz; yo comenzaré un género de vida sublime y santo, del que no me creo digna y cuyas grandezas me tienen llena de confusión y anonadamiento.

— Y entre tanto, contestó Veratrina, deja usted á su pobre madre, enferma y valetudinaria, en el mayor abandono y desamparo; por cierto que el género de

vida que la infeliz llevará también va á tener su poco de sublimidad.

— ¡Qué remedio!

— Ahora, dijo Veratrina burlándose, pero fingiendo llorar, ¿qué va á ser de mí, si mientras la sigo, me quita Dios este escudo que me defendía contra las malas tentaciones?

— Es preciso, Veratrina; Dios le conservará su gracia, tanto más cuanto que esta separación no será sino por algunos días, pues usted, mediante Dios, me seguirá bien pronto, ¿no es cierto, hermana?

— Sin duda: bien pronto estaré llevando esa vida sublime, en el mismo convento, quizá en la misma celda. Pero, con todo, esta esperanza no calma mi pesadumbre. ¡Dejarme usted, sola! ¡no volver á vernos diariamente como hasta ahora!... ¡Perder mientras entro al convento algunos días de vida sublime.... ¡Oh! ésta es mucha desventura.

— Tranquilícese usted, contrita Veratrina: este sacrificio que ambas ofrecemos á Dios sera aceptable á sus ojos...

— ¿Conque al fin, dijo Veratrina cambiando súbitamente de tono, don Félix no es un santo, sino un demonio?

— Por lo menos, según el capellán, es un pecador de quien el demonio se vale para demorar mi entrada á las monjas.

— ¡Caramba! ¡que usted tiene unos amantes...!

— Le suplico, Veratrina, que recemos mucho por él, para que el alma de ese impío vuelva al camino de la salvación.

— No dejaré de rezar, contestó Veratrina, hasta que don Félix se haga fraile. Pero entre tanto, continuó poniéndose seria, permítame que le recuerde algunas cosas, para que su entrada al convento no se funde en ningún olvido. Doña Gonzaga está muy pobre, y usted es la única que con su trabajo puede sostenerla; la pensión que hoy pagan por mí es una cosa pasajera que no alcanzará á durar un mes; esa señora está enferma y bien pronto no habrá quien pueda asistirle... en fin, hay mil consideraciones por las que usted no debería entrar al convento, á pesar de que me parece que no nació para otra cosa, y que en nada más acertado puede emplearse su existencia, pero no todavía.

— ¡Veratrina! exclamó Beatriz: me pone usted en la necesidad de no darle oídos, porque así me lo ha prevenido el capellán, advirtiéndome estar, según cierto concilio, escomulgada la persona que disuade á una mujer de la intención de ser monja: confíesese usted, pues, mañana de este pecado que acaba de cometer, y que aquí, entre nosotras, con mucha aflicción de mi espíritu, le digo que es un *pecado reservado*; yo, por mi parte, oraré por usted esta noche misma para que Dios le vuelva su gracia.

— Bien, dijo Veratrina; no sabía yo tantos cánones, y siento mucho no continuar aprendiéndolos.

— En el convento, Veratrina, allá aprenderemos pronto latín y teología.

En este momento doña Gonzaga llamó á Beatriz, y Veratrina se quedó sola pensando en la diferencia que realmente había, juzgando con imparcialidad, entre ella y la futura monja.

— Yo soy muy mala, decía, porque mi madre lo fué, y no he tenido á la vista sino ejemplos de vicio y perversidad. Soy mala, porque ése es mi carácter y no he recibido educación; pero á lo menos no soy una necia rematada como esta boba. ¡Qué virtudes! Si la santidad no es otra cosa que lo que se practica en esta casa, prefiero el vicio, porque con él siquiera no me engaño á mí misma, ni engaño á la sociedad. Beatriz, que es una embustera, tonta, perjura y egoísta, sin más virtudes que su rezo sempiterno, está creyendo ser una santa, censora del mundo entero, mientras que todos los demás, en su concepto, son unos impíos y pecadores precitos. ¡Qué mala hija! ¡Ah! si yo tuviera una madre como doña Gonzaga, ¿cuándo podría abandonarla? ¡Imposible! ¡Infeliz señora! Dentro de poco las tunantadas de mi padre se acabarán; yo dejaré esta casa; y entonces, ¿qué será de esa enferma miserable y anciana? ¿con qué subsistirá? ¿quién podrá siquiera responderle cuando llame y pida auxilio en el rigor de sus dolencias? ¡Ah! capellán, ¿qué maestro de virtudes!... Pero, en fin, ¿qué me importa eso? Sólo Santiago me interesa; pero ha desaparecido, no

me ama, y tal vez sólo me trató por interés de su carta, por el amor á la Cisne... ¡ Ah ! ¡ pobre mujer ! La he deshonrado, he perpetrado un crimen espantoso, lo conozco por mis remordimientos. Nunca había yo cometido sino faltas disculpables en una mujer del vulgo ; pero en esta vez he cometido un delito no de mujer débil, sino de criminal envejecido. ¿ Y qué he ganado con eso ? Santiago no puede amarme, ni yo puedo jamás intentar sin audacia el proyecto de ser esposa suya. Eso es imposible : sólo me contentaría con que me amara, con que me tratara con cariño, con que se dejara ver de mí. Esto quizá lo habría yo conseguido más bien, si en su concepto poseyera alguna virtud, algún mérito por pequeño que fuese. ¿ Pero perder á una mujer ?... ¿ engañar á un hombre tan bueno ?... No : eso excede mi capacidad como mujer, y aun como perversa... no, es imposible. Beatriz me indigna cuando veo sus vicios como hija : yo debo indignar cuando se sepan mis maldades como amante. ¿ Engañar Veratrina vilmente á un hombre tan leal, tan franco y generoso ?... Eso es execrable. Si mi delito fuera sólo contra una mujer, ya... sería disimulable, porque las mujeres me desprecian y me infaman ; pero es contra un hombre ; y los hombres han visto siempre mis faltas con indulgencia : me han amado, me han obsequiado y complacido ; sus miradas se fijan siempre en mí con expresión halagüeña, y eso basta para que ese sexo merezca la generosidad de la mujer que él per-

dona. No; siquiera ejecutaré una buena acción. Debo restituir el honor que quité y que para nada puede servirme; debo recobrar la estimación de un hombre que amo y cuyas relaciones deseo conservar. Él agradecerá mi sacrificio, y cuando sepa quién soy le daré el gusto de que se congratule con la idea de que por su nobleza sola arrancó á Veratrina una acción de virtud. Sí, vea Santiago que soy mejor que Beatriz, pues el día que ella va á abandonar á su madre, yo restituyo la fama que empañé.

Veratrina se sentó á la mesa y escribió una carta para la Cisne, en que pedía el perdón por la intriga que se había tramado contra ella, y se la explicaba para que ese documento le sirviese de satisfacción y publicase sus virtudes.

Como el convento á que debía entrar Beatriz era también el de Santa Inés, Veratrina guadó la carta para enviársela á la Cisne con esta joven, mandándole á decir que Santiago podía dirigirse á la casa de doña Gonzaga con el objeto de persuadirse de la autenticidad de esta nueva carta, y oír de la propia boca de Veratrina la explicación de la calumnia.

XIV

EL CONSEJO

Mientras más estudiaba Monterilla el punto, menos podía aprender, y, lejos de encontrar medio alguno de salvar al Mordedor, sólo hallaba multiplicados apoyos para una condenación ; de tal modo que le provocaba ser más bien el acusador del procesado, bajo cuyo carácter aparecía el punto tan rico de sólidos fundamentos, que debía ser más angustiosa la situación del defensor al tener que rebartirlos y echar por tierra aquel cúmulo tan prodigioso de leyes y razones que se levantaban contra el defendido. Lleno de aflicción y zozobras, no dudaba de que iba á ser víctima del Mordedor, quien llevaría á efecto sus amenazas ; este temor lo estimulaba vivamente al estudio y á la meditación ; pero le ardía la cabeza, su ánimo estaba intranquilo, y no sabía qué hacer ni daba razón de lo que ejecutaba.

— No hay remedio, repetía. Estoy perdido, y necesito salvarme : he estudiado el punto cuanto he podido, ó más bien lo he buscado en vano, pues

semejante punto no parece, hay un vacío diabólico en las leyes ; aquí las garantías son un sueño. El tiempo corre, el día de la defensa llega ya, y yo no me hallo en disposición de hacerla, pues, persuadido como estaba de que el doctor Temis se encargaría de ella, nunca me imaginé que hubiera de llegar el caso de que yo la hiciera : el cual ciertamente no llegará, porque estoy bien seguro de que no la haré. La esperanza desapareció, y el Mordedor y la Daifa se vengarán de mí, porque los engañé. Sin embargo... no hay que desfallecer : sólo es preciso dar un nuevo giro á todas estas cosas. Ese paso es delicado... terrible ; pero ¿qué hago? Voy á presentármele al doctor Temis á convencerlo y probar el último recurso para persuadirlo de que es necesario defender al Mordedor ; si esto no bastare, le ofreceré mi cooperación contra él ; pondré en sus manos á don Adolfo ; me escaparé así de dos hombres á quienes temo, solicitando del doctor Temis, para asegurar mi persona, que los haga aprisionar bien, y procure ejecuten pronto al uno y lleven al otro á un establecimiento de trabajos forzados bien lejano, del cual sea evidente que no vuelva. ¡ Oh ! ¡ con qué gusto va el doctor Temis á verme en su favor, bien que no haré mis revelaciones sino muy poco á poco y con sus intervalos de días y de semanas según conviniera ! Sí, este hombre me aceptará con mucho gusto, porque sabe cuán útil puedo serle : él, que tanto busca á don Adolfo, va á encontrar el medio fácil y seguro

de hallarlo; yo le daré á entender que con una recompensa no se me dificultará dar con él, y así de todos modos la ganancia se logra. No hay duda, es necesario variar de planes, primero yo que todo el mundo. No vacilo más : ahora mismo me voy ; puede ser que el día acabe para mí con más tranquilidad, ó que por lo menos adquiriera algún consuelo, ó se me ocurra algún pensamiento que disipe tantas inquietudes.

Monterilla en efecto cerró el diccionario de la Legislación, y se fué á ver al doctor Temis perfeccionando por el camino sus nuevos proyectos. Demasiado pronto se halló en la puerta de la casa, á la que, á pesar de ir bastante aprisa, no hubiera querido llegar tan en breve, pues, sin saberlo él mismo, vacilaba mucho acerca de si debía entrar ó no donde un hombre que le inspiraba un respeto tan extraordinario. Parándose en la puerta y mirando el zaguán, se asustó notablemente, se sintió cortado y casi resuelto á retroceder. Varias veces llegó hasta la puerta de adentro, pero al ir á tocar, se quedaba con la aldaba en la mano mirando el escudo, mientras con suavidad volvía á ponerla en su lugar para que no sintiesen llamar hasta que se resolviera definitivamente. Entre tanto salía á la puerta de afuera ensayando de diferentes modos, dentro de sí mismo, lo que había de decir y la cláusula por donde era preciso comenzar. Volvía otra vez para adentro, cogía la aldaba, se quedaba con la mano puesta en-

cima, volvía á mirar para la calle, echaba rúbricas sobre el barniz de la puerta, y atisbaba por las endijas. Todos estos actos aumentaban su irresolución, de modo, que paseándose por el zaguán, ensayaba su embajada, hasta que por último sin resolverse todavía, dió el aldabazo, no muy fuerte, y cuyo sonido fué tan dudoso como el ánimo de quien lo daba. Entonces le pareció que hablaban dentro, y creyendo que el doctor Temis estuviese con gente, casi se arrepintió de haber tocado, y pensó irse más bien, cuando sintió que venían á abrirle.

Ya no había remedio, y tuvo que entrar á la antecámara para esperar un rato, que no fué muy largo, pues bien pronto lo hicieron seguir al cuarto de estudio donde el doctor Temis sin manifestar sorpresa lo recibió y aun le ofreció asiento.

Monterilla estaba algo cortado, mas el doctor Temis, para evitar la prolongación de semejante visita, le preguntó seriamente qué quería.

— Vengo, contestó, á tomarme la libertad de hablar con el señor doctor sobre algunos asuntos importantes.

— Puede usted hablar, contestó él.

— Ha llegado, señor, á mi noticia que se persigue por las autoridades al señor Adolfo Castelví, y me consta, además, que el Mordedor va á ser condenado definitivamente. Yo querría prestar en esta ocasión acerca de ambos asuntos algún servicio á la justicia, porque creo poder hacerlo.

— Muy bien, interrumpió el doctor Temis : usted puede ir á prestarle todos los servicios que guste.

— Mas, señor, me parece que también podría prestar algunos á usted.

— ¿A mí? Yo no necesito de ninguno.

— Me habían asegurado que el señor doctor estaba vivamente interesado en la captura de don Adolfo.

— Sea de eso lo que fuere, repuso el doctor con disgusto, yo no necesito, ni en eso, ni en nada, de los servicios de usted.

— Deseaba también que hubiese una entrevista entre el señor doctor y Adolfo Castelví.

— Esa entrevista la habrá, Monterilla; y tiemble usted de ella. Tiemble de miedo á la ley y á la justicia, pues bien pronto Monterilla seguirá paso á paso la carrera funesta de sus clientes, para caer en un abismo aun más funesto que el que aguarda á esos criminales, cuya defensa no logrará á pesar de su maña y de su audacia. Sí, Monterilla, esté usted seguro de que yo lo sé todo, y de que se equivoca si piensa revelarme algo, y mucho más si tiene el arrojo de intentar engañarme. No necesito de indicaciones: su conducta, espiada por mí mismo minuciosamente, ha bastado para instruírme de todos sus horribles secretos. Por tanto no es menester que usted hable ahora. Sé mejor que usted mismo á lo que viene, lo que piensa decirme, la variación aparente que intenta dar á sus inicuos planes y los servicios

que quisiera tener el honor de prestar á la justicia, por consiguiente debe usted considerarse despa- chado.

— Señor, dijo Monterilla : acaso...

— Puede usted retirarse, interrumpió el abogado ; pues nada nuevo tiene que decirme ni yo que res- ponderle.

Monterilla, cortado y confundido en extremo, se vió en la precisión de irse sin llevar el menor con- suelo, y antes bien, sobrecogido de cuidados y lleno de alarma, pues no le quedaba duda de que el doc- tor Temis era un enemigo formidable que todo lo había penetrado y contra el cual no quedaba otro recurso que huir ó rendirse.

En su embarazosa situación, no halló más arbitrio por el momento que congregar inmediatamente una junta extraordinaria, para poner en noticia de todos el caso crítico en que se hallaban y acordar, si era posible todavía, algún recurso que les dejase espe- ranzas de escapar. Mas cuando observó que no podía congregarse tal junta, pues á don Adolfo le era im- posible salir de la casa donde estaba escondido y exponerse á que lo viese el espía, mientras que Soli- mán y Oropimente estaban ausentes, desfalleció completamente, viendo que no tenía quien pudiera aconsejarlo, sino la Daifa.

Resolvió, pues, irse donde ella, siquiera para des- ahogarse de sus inquietudes y con la esperanza de que esta mujer, acaso más tranquila, tuviese en

semejante ocasión mejor ingenio que él mismo y pudiera auxiliarlo con algún consejo útil y oportuno.

— ¿Por qué viene tan triste, señor Monterilla? le preguntó la Daifa luego que lo vió.

— Porque nuestros negocios andan muy mal, señora.

— Eso no es nuevo para mí : lo tenía previsto así, desde que vi á ustedes tan confiados, y sobre todo tan tontos que no sabían lo que hacían. Mas á mí poco me importa de todo eso, pues, en salvándose el Mordedor, bien puede cargar el diablo con todos los demás.

— Ése es 'el trabajo, señora Daifa ; que para el Mordedor también andan las cosas demasiado mal.

— En tela de juicio, dijo la Daifa ; ya lo sé. Pero tengo esperanzas de que si usted no puede salvarlo, yo sola le proporcione la fuga como Dios me ayude.

— ¡ Ojalá ! jamás he dejado de tener mucha confianza en usted y aun espero que me aconseje algún partido en estas angustiosas circunstancias.

— ¿ Pero qué es lo que ha ocurrido de nuevo, que está usted tan abatido ?

— Que el doctor Temis lo sabe todo.

— ¿ Cómo es eso de saberlo todo así no más ? ¿ quién se lo ha dicho ?

— Lo ignoro, pero acabo de hablarle, y me ha tratado con el mayor desprecio advirtiéndome que todo lo sabe.

— ¿Y usted se lo ha creído ? ¡ Vaya, señor Monterrilla, que se ha vuelto otro entre las manos sin saber cómo !

— No, señora. El tono con que habló y la manera como me ha despedido me convencen, á pesar mío, de que ese hombre tiene ya descubiertos todos nuestros secretos.

— ¿ Por qué no usa de ellos entonces ? preguntó la Daifa, ¿ por qué no coge á don Adolfo y se deja de hacer rondas ?

— Quién sabe ; pero yo temo mucho.

— Según eso, replicó la Daifa, alguno le ha revelado...

— Yo creo que nadie, señora, y que sólo ha bastado para descubrirle las cosas su cálculo infernal que es admirable.

— Mas, ese cálculo no podía acertar sin algunos datos, y entonces es preciso que haya algún traidor entre nosotros.

— Bastantes datos puede haberle proporcionado el espionaje infame, que me ha dicho haber ejercido respecto de mí mismo.

— ¿ Espionaje ? Eso no importa. Yo no creo que usted haya andado con descuido, ni caído en alguna indiscreción.

— No ; pero el doctor Temis es hombre que necesita pocos datos. Ahora mismo he visto que me ha adivinado los proyectos con que fuí á su casa y que á nadie absolutamente había yo comunicado.

— Déjese de eso, señor Monterilla : no crea que el doctor Temis sepa nada ; todos son cuentos y bambolla de ese hombre orgulloso. Nada sabe, y la prueba está en que la policía pasó hoy toda la mañana en casa de doña Gonzaga buscando á don Adolfo sin poder hallarlo : la policía fué instruída seguramente por el mismo doctor Temis, quien, si hubiera sabido el escondrijo de aquél, es bien seguro que lo habrían atrapado.

— Eso prueba tanto en favor de lo que usted dice, como de lo que yo digo, pues que por lo menos se ha sabido que está don Adolfo en casa de doña Gonzaga.

— Sólo prueba que el tal doctor Temis únicamente sabe las cosas á medias y cree saberlas bien, como es muy natural : lo que, lejos de perjudicar nuestros intereses, los favorece muchísimo, porque nada importa que sepa algo, con tal que esté engañado creyendo que nada ignora.

— Mucho me temo, señora Daifa, que el doctor Temis sepa todavía más, respecto de nuestros asuntos, que nosotros mismos.

— No lo creo ; y á fe que, si tal creyera, ya yo lo habría despachado.

— Lo comprendo, dijo Monterilla ; pero eso tiene dificultades muy grandes.

— ¿ Por qué ?

— Porque el doctor Temis está bien defendido en su casa : sus muchos amigos lo acompañan de con-

tinuo; la gente de su servidumbre es tan incorruptible como él mismo, y lo aman tanto que es imposible se descuiden ni siquiera un momento acerca de su señor.

— Sí... todas son dificultades; y mejor sería que hubieran previsto eso desde el principio, para no meterse en honduras de que hoy les parece imposible salir.

— ¿Pero qué quiere usted que hagamos? ¿qué haría en nuestro caso?

— Salir de ese doctor Temis aun cuando para ello fuera necesario arriesgar algo, pues ya ha venido á ser indispensable acabar con tan terrible enemigo.

— ¿Pero de qué manera es posible salir de él, aun cuando arriesguemos algo?

— Debían ensayar ustedes un arbitrio que es imposible deje de tener un mágico resultado, aun en el caso de que el doctor Temis lo sepa ya todo. A la fecha, Oropimente y Solimán habrán despachado al fugitivo Emilio, puesto que, no habiendo regresado, es señal segura de que tomaron el mismo camino y de que no se han detenido sino para asegurar mejor el golpe. Muerto Emilio, el doctor Temis será más sensible á sus desgracias si las sabe, y tratará por lo menos de salvar la memoria del muerto evitando recaiga sobre ella la deshonra del padre. Entonces usted preparará una junta solemne para la noche que se crea más al caso :

todos concurriremos bien armados ; y después de ensayar diestramente á don Adolfo (ya usted me comprende) y de obligarlo á lo que convenga, pues usted sabe está en la necesidad de hacer cuando queramos, puede decirse á Enrique, quien ya nos ha auxiliado en algunas cosas, que finja con el doctor Temis un denunció y lo lleve á la junta como para sorprendernos á todos y conducirnos á la cárcel. Probablemente irá acompañado, ya lo veo ; pero, á pesar de eso, entre todos podremos arrollarlo, y quedará todo pendiente de la suerte de las armas. Mas no es eso lo mejor : don Adolfo hablará, entonces, con toda la ternura é interés que es de suponer en favor de su hijo, se postrará, prometerá la enmienda y pedirá perdón. Después de esto, el doctor Temis ó lo defiende, ó se rehusa todavía : si lo primero, tanto mejor, y si no, salimos de él y nos libramos de una vez de su persecución.

— Bien, dijo Monterilla : ¿y no sería bueno, para comprometer más al doctor Temis, obligar á don Adolfo á que diga estar pronto á descubrir los secretos de la compañía ?

— Sin duda ; él debe manifestar que se ha arrepentido, que va á huir de nosotros, á borrar á fuerza de virtudes sus delitos pasados ; dirá que ha caído en el crimen involuntariamente y forzado por nosotros. El doctor Temis, con la esperanza de descubrir los secretos y suavizado por tanta humillación, cederá al fin sin remedio y defenderá el Morde-

dor consiguiéndole un indulto, con lo que todo quedará perfectamente.

— Es delicado el plan, dijo Monterilla, aunque es bien consolador.

— ¿Delicado? ¿por qué?

— Porque conozco mucho al tal don Adolfo...

— No hay que temer : él está igualmente perdido ó más perdido que todos ; así es que, si anda con escrupulillos, mejor sería que se ahorcara. Pero no se andará en ellos, señor Monterilla : lo que importa es tener mucho valor, y sobre todo mucho descaro : peor es dejarnos atrapar como palomas, y que nos maten de uno en uno con santa paciencia como si fuéramos ovejas.

— Tiene usted razón : aguadaremos á Oropimente y Solimán que deben estar de vuelta hoy ó mañana á más tardar ; arreglaremos las cosas y celebraremos la junta como usted me aconseja.

— Me parece bien, dijo ella. El consejo de una mujer suele ser, en casos apurados, mejor que el de ningún hombre. Ya verá usted cómo lo aprueban Solimán y Oropimente.

— ¡ Ojalá ! porque yo no quiero sino que todos obremos de acuerdo para salvar mi responsabilidad.

— Malo... malo, dijo la Daifa meneando la cabeza ; muy mala idea me formo yo de los que dicen así : poco carácter y poco talento. El mejor modo de salvar la responsabilidad, señor Monterilla, no estri-

ba en obrar de acuerdo con los otros, sino en obrar mejor que ellos, al menos en obrar de modo que los hechos satisfagan á quien importan y á quien los hace.

— Ahí haremos lo que se pueda, dijo Monterilla despidiéndose para ir otra vez á su casa á meditar este otro punto, mientras llegaban Solimán y Oropimente para consultárselo y ponerlo en práctica.

XV

EL PRESO

Monterilla, después de haber pasado largas horas meditando, se sintió de repente movido por el espíritu de acción, en virtud del convencimiento á que llegó de la bondad y eficacia que encerraban los consejos de la Daifa; y parándose súbitamente del asiento, se puso á pasear por la pieza muy á prisa, riéndose con una satisfacción feroz.

— ¡Enrique! exclamaba, ¡cuán útil vas á serme! Sí; la Daifa tiene razón, y yo puedo engañarme. Enrique es rival de Emilio, lo detesta, y haciéndolo obrar como cómplice, no hay ya temor de que nos pierda, que era lo único que me embarazaba. Que hable, pues, por sí mismo, proponga y practique el consejo de la Daifa, y así quedará por uno de los nuestros y aun contribuirá á salvarnos en caso de malograrse este proyecto. Además, ¿qué se arriesga? ¿No lo sabe ya todo el doctor Temis? El único recurso es engañarlo con la verdad... ¡Oh! si yo lo logro, ¡con qué gozo me reiré! Y si no, por malo que

sea el resultado, nada nuevo se pierde, porque todo está perdido. Mas ¿por qué desconfiar? Nuestro secreto debe darnos un poder formidable: el poder de engañar, y los elementos abundan para la mentira de acción. Es seguro que Enrique está en la imposibilidad de vendernos, y esto basta; no se necesitaba otra cosa; deben, pues, seguir ahora, como dice la Daífa, el valor y el descaro: el descaro en Enrique, y el valor en nosotros; y que Enrique sea descarado, ¿quién lo duda, cuando el estímulo va á ser irresistible y á obrar sobre el corazón de un perverso de alta guisa?

Monterilla decía esto disponiéndose á toda prisa para irse donde Enrique, aunque ya eran las seis de la tarde.

A esta visita no iba vacilante como fué por la mañana donde el doctor Temis: al contrario, en un momento llegó á la casa y empezó á dar en la puerta golpes tan fuertes y precipitados que los criados se alarmaron y salieron inmediatamente con mucha curiosidad á ver quién era.

Enrique no estaba allí, y Monterilla tuvo que ir á buscarle á la fonda, donde lo encontró jugando. Lo llamó aparte, y se retiró con el al zaguán de enfrente donde muy despacio lo impuso por orden de lo que convenía supiese, y lo estimuló, halagándolo con esperanzas y seguridades de buen éxito; poco rato después siguieron juntos para la casa de Monterilla.

Enrique iba ufano en extremo de poseer tan extra-

ordinarios secretos y haber merecido la confianza de ser instruido en una clave de la que con fundamento esperaba mucho para sus ruines pasiones; Monterilla, por el contrario, triste y sobresaltado, no cesaba de recomendarle la reserva.

Al fin llegaron á la siniestra casa, cuyo aspecto infundía pavor con su ancho y vetusto portón, que daba entrada á un patio húmedo y pequeño, cubierto de matorrales y rodeado de aposentos cuyas angostas puertas dejaban ver la oscuridad misteriosa del fondo, como el cómplice morador de ese fatídico edificio.

Monterilla y Enrique atravesaron el patio, entraron en un pasadizo, volvieron por un corredorcito estrecho, después del cual, bajando unas gradas, descendieron á un sótano escondido y tenebroso.

— Ahí está, dijo Monterilla á Enrique; voy á traer la llave.

Enrique se quedó asustado mientras Monterilla volvía.

Y tocando la puerta que no veía bien, trataba de distinguirla, poseído de miedo de entrar por ella cuando la abriese Monterilla. En medio del silencio que parecía reinar dentro, se oía de rato en rato arrastrar una cadena, y á veces también un gemido lastimero que hacía enternecer el corazón de Enrique, pero cuyo efecto se apresuraba él á calmar recordando la imagen de Adelaida y la esperanza de poseerla que acababa de ofrecerle Monterilla. Éste

tardaba, y entre tanto Enrique creía estar oyendo á las tinieblas y verlas animarse poco á poco, imponerle respeto y querer como introducirse en su alma para engendrar en ella el verdugo enlutado del remordimiento, que de continuo había de repetir en sus oídos ese suspiro serio y prolongado que en aquella cueva parecía exhalar la oscuridad misma, mirando asustado, desde la puerta de una tumba, al que, siendo malo en medio de la luz, debía causar horror en medio de la noche. Para no ceder á los impulsos benévolos que ese instante parecía inspirarle, se salió al corredor, donde recobró inmediatamente su carácter y se resolvió en el sentido que le convenía.

Monterilla volvió luego y abrió la puerta diciendo á Enrique en voz baja que entrase y expusiese con energía su proyecto.

— ¡ Señor Adolfo Castelvi ! dijo Enrique entrando.

— ¡ Ah ! exclamó el preso, ¿ quién me llama con una voz tan nueva para mí ? No es Monterilla, no... la voz de un joven... debía ser la de mi hijo... Si vieras á tu padre... ¡ hijo querido !...

— No es su hijo, interrumpió Enrique ; es un amigo.

— Antes de emplear ese nombre, dijo el preso, déme usted la libertad, para creer en sus palabras y poder abrazarlo.

— Tal vez, dijo Enrique avanzando hacia donde sonaba la voz.

— Viene dudoso, dijo don Adolfo. No entra así la

amistad al calabozo donde gime el inocente como víctima del criminal. No es amigo, continuó; déjeme usted en paz, nuevo agente del horrible Monterilla.

— Soy su amigo, repitió Enrique.

— ¡Mentira! Aquí no entrará otro amigo que mi hijo generoso cuando venga á darme la libertad. El rostro de usted, entre estas tinieblas tan espesas para el que entra y tan claras ya para quien las habita, muestra una impavidez que me es harto sospechosa.

— Sin embargo, dijo Enrique, yo vengo á aliviar á usted y creo que no debe temerme.

— ¿Yo temer? Jamás; y mucho menos después de que me han hecho los males más grandes que podía aguardar en la maldición de los cielos.

— Sí: ya sé que usted ha sido muy desgraciado.

— Por lo mismo debía usted correr á darme libertad y llevarme donde mi hijo... ¡Oh! y ¡cuán feliz haría Dios al que llegara á ejecutar tan bella acción!

— Puede ser, dijo Enrique; pero usted ha empezado mirándome como á enemigo.

— Es verdad. Mas... perdón: sí... es imposible que un hombre tan joven no sea todavía bueno y generoso.

— No piense usted, pues, mal de mí, que puede ser tenga yo al fin el gusto de ser el órgano por medio del cual puedan cesar sus sufrimientos y los de su hijo.

— ¿Los de Emilio? ¡pobre hijo mío! Ya sé cuánto

sufre, porque Monterilla me lo ha comunicado ; pero vive, ¿ no es verdad ?

— Sin duda ; y sus sufrimientos así como los de usted cesarán en breve.

— Sí, caballero ; sea usted virtuoso. Instruya á Emilio de la situación á que su padre se halla reducido... Vea usted, continuó tendiéndole la mano, el horroroso estado en que me encuentro.

Enrique tomó la mano que le tendía don Adolfo, y lleno de pavor volvió á soltarla, porque le pareció que cogía la mano yerta de un esqueleto que hablaba.

— ¿ No es verdad que esto es horrible ? continuó don Adolfo : ¿ que el día en que mi hijo me vea, si llega por ventura ese día, lo asustaré y no podrá reconocermé ? ¡ Ah ! ¡ cuánto llevo de este encierro bárbaro y tiránico, atado á la cadena y alimentado sólo con un sustento grosero y escaso, medido para conservarme la vida y quitarme las fuerzas !... Hace tres meses que, ansioso de ver á mi hijo, y habiendo conseguido, por medio de un trabajo asiduo, algo con que poder establecerme á su lado, venía para Bogotá, sólo y contento, deseando verlo cuanto antes ; la noche me sorprendió algo distante de aquí, pero no quise detenerme, en mi impaciencia, y á las once de la noche pasaba por ese camino que queda arriba de Egipto. Allí fui atacado por Monterilla y cuatro de sus compañeros que, habiendo robádome cuanto traía y dejádome por muerto, se retiraron un momento para volver á reconocermé, en cuyo acto

observaron que aun vivía ; uno de ellos me conoció, por desgracia ; se opuso á que me mataran, y fui traído á este calabozo donde cuidaron de mi persona para especular con mi nombre, como sé que han especulado, porque así me lo dicen con descaro. Sí : me han robado mi nombre para deshonrarlo y calumniarme con un fin miserable, y han cubierto de infamia el nombre esclarecido de mi hijo. Y yo entre tanto gimo en este encierro sin poder desmentir á los calumniadores ni ver á mi hijo para desengañarle. Corra usted á publicar estos hechos... ¡ Oh ! ¡ cuánto mi hijo me habrá maldecido ! ¡ cuánto habrá llorado al verse como hijo de un padre criminal !... Por piedad, caballero, lléveme donde Emilio : dígame por lo menos que su padre está inocente...

— Bien puede ser que llegue ese día, repuso Enrique, y yo vengo precisamente á indicarle los medios de salvarse.

— ¿ Cómo ? Hable usted.

— Muy fácilmente si quiere. Monterilla, bajo cuyo poder se encuentra usted, está interesado en salvar al Mordedor que ya ha sido condenado ; don Adolfo, el que ha tomado su nombre, desea escapar de las persecuciones tenaces de la justicia ; y yo he determinado casarme con una de las hijas del señor Osmán, cuyo objeto está enlazado con los dos anteriores. Pues bien, todas estas miras pueden lograrse con sólo que usted lo quiera y se sujete á un sacrificio pasajero

que dará por resultado la libertad que tanto anhela y la rehabilitación y desengaño de Emilio.

— ¡Silencio, miserable! exclamó don Adolfo. Salga usted ahora mismo de este sitio que viene á manchar con un nuevo crimen.

— No saldré hasta que usted quede instruído de lo que se trata de hacer, para que piense y escoja el partido que más crea convenirle.

— Hable usted cuanto quiera, que yo no lo honraré más con mi atención.

— El objeto principal de Monterilla queda cumplido, si el doctor Temis, que es un amigo poderoso de Emilio, se persuade perfectamente de que usted es criminal, pues entonces, por salvar á ese joven de la infamia y á usted mismo de la pena de los delitos que se le atribuyen, defenderá al Mordedor; el del falso Adolfo se consigue echando sobre otro nombre que está seguro de la impunidad la responsabilidad que tratan de hacer efectiva en él como verdadero delincuente; y el mío quedará cumplido igualmente, ofreciendo á Adelaida, quien tiene por el honor de Emilio un interés muy marcado, que yo lo salvaré de la deshonra, el día que ella me dé su mano. Ahora verá cómo se cumple también el suyo, señor Castelvi: apenas salga libre el Mordedor, y el falso Adolfo, dejando de ser perseguido, pueda fugarse y yo vaya á desposarme con Adelaida, se revelará el plan por mí mismo, haciendo creer que una equivocación fatal fué la que dió lugar á supo-

nerlo á usted como delincuente ; en consecuencia su nombre quedará rehabilitado y todo concluído de un modo ventajoso para nosotros y usted.

Enrique se quedó esperando la respuesta, hasta que pasado un rato continuó :

— La acción de usted, señor Castelvi, para ayudarnos en nuestros proyectos, está reducida á un hecho muy simple, pues únicamente le toca suministrar el convencimiento que se necesita en el doctor Temis, lo que es muy fácil para usted, si conviene en asistir á una junta á la que concurrirá igualmente aquél, y en prestarse á pasar por el verdadero delincuente. Para dar verosimilitud y fuerza á la suposición y mover al doctor Temis en su favor creyéndolo delincuente, usted pedirá perdón de sus supuestos crímenes, se manifestará arrepentido y llegará aún á ofrecer en cambio de la indulgencia la revelación de los secretos de la compañía. En fin usted, si acepta este partido, será bien ensayado por nosotros, y saldrá todo muy bien. He aquí el cuadro que le ofrecemos si se presta á soportar por pocos días una calumnia que sólo engañará á uno que otro, pues al efecto este asunto ha sido manejado con gran reserva y así continuará hasta el fin. Vea ahora lo que sucederá si se rehusa : usted quedará deshonorado públicamente y para siempre, porque Adolfo el falso se ocultará mientras puede irse y recobrar su nombre verdadero ; Emilio quedará infame, acaso morirá, y la prisión que usted está sufriendo se prolongará

hasta que, siendo preciso evitar que la policía lo encuentre, venga á hacerse forzoso poner término á sus días... ¿Aun no me respondió usted?... Pues bien, se le señala el plazo de cuarenta y ocho horas, dentro del cual debe resolver sobre su propia suerte; vencido éste, Monterilla vendrá á imponerse, y sea cual fuere entonces la resolución definitiva que usted manifieste, se llevará á efecto inmediatamente.

— ¿Y por qué no vino el mismo Monterilla, preguntó don Adolfo, á hacerme esas proposiciones? ¿las creyó por ventura demasiado infames para que su bajeza descendiese hasta el extremo de comunicármelas personalmente?'

— Era preciso, señor Castelví, que yo me persuadiese por mis propios sentidos de la realidad de estos secretos, para servir de órgano en el asunto; y era también necesario que un imparcial hablase al doctor Temis para obligarlo, en caso de que usted acceda, á la entrevista que se le propone. En fin, Monterilla lo ha exigido así, y yo ignoro cuántas otras razones lo habrán movido.

— Puede usted retirarse, dijo don Adolfo á Enrique.

Éste salió del calabozo, que Monterilla volvió á cerrar preguntando á Enrique, con no poca inquietud, el resultado de su encargo.

— No hay remedio, le contestó siguiendo juntos para el cuarto de estudio: todos nuestros intereses van á triunfar, aun cuando el señor Castelví se ma-

nifiesta muy resistido á aceptar su papel. Poco importa eso : al fin tendrá que ceder, porque ¿qué remedio le queda ? ¿qué gana con rehusar ? ¿cómo podrá resistirse á la esperanza de recobrar su libertad, de ver á Emilio y disipar la calumnia ? Es imposible ; él pensará esta noche con detenimiento, y mañana lo verá usted ya determinado.

— ¡Excelente ha sido esta idea ! exclamó Monterrilla. Es necesario chasquear al doctor Temis, que está muy orgulloso y audaz haciéndonos la guerra, porque llegó á penetrar, según comprendo, que nosotros teníamos un falso Adolfo y otro verdadero. Sólo por eso pudo dar el paso de hacer una delación tan inesperada, y por eso también buscar con tanta tenacidad al denunciado.

— Mas ahora, dijo Enrique, lo vamos á confundir con el resultado de este plan.

— Y nos reiremos mucho al verlo volver sobre sus pasos confesando el error con que ha procedido. Él no podía menos de estar en duda, y vamos á hacerle ver que se engañaba ; que efectivamente no hay más que un Adolfo, que es el padre de Emilio ; que es el verdadero delincuente, y que no hay otro arbitrio que salvarlo : es imposible que así no suceda.

— Por supuesto, dijo Enrique : mas debo indicar que es preciso precaver un reparo que puede ocurrir.

— ¿Cuál ?

— El que resulta del aniquilamiento en que se

halla don Adolfo : yo le he tomado una mano, y no he tocado más que los huesos.

— Es verdad ; pero ya eso está precavido, pues se ha cuidado de advertir al doctor Temis que don Adolfo es hombre muy flaco y está aniquilado á causa de sus remordimientos y de la inquietud en que lo tiene la persecución de la justicia.

— Bueno será sin embargo alimentarlo y tratarlo mejor.

— Así lo haremos.

— Eso es muy prudente, pues importa sobremañera que nuestro plan salga bien ; ya he dicho á usted que si me caso con Adelaida le pago con profusión.

— Por tanto es preciso que nos ayudemos recíprocamente, que usted tenga sumo cuidado en la reserva y que trabajemos de común acuerdo.

— Repito que le ofrezco mi cooperación ; y entre tanto procure usted determinar al señor Castelví.

Monterilla se quedó solo, no muy satisfecho, pues nada de cuanto había hecho le parecía bien, y antes, por el contrario, de todo se arrepentía apenas lo ejecutaba.

Enrique, sí, iba muy contento, imaginándose que era seguro su casamiento con Adelaida, porque ésta debía tener mucho interés en librar á Emilio de su desgracia, para justificar su propia familia. Enrique creía que, ofreciéndole esta esperanza, no tendría inconveniente en aceptarlo por marido cuando ese

matrimonio, además de ser un buen partido porque el pretendiente era rico y de suposición, según él mismo se juzgaba, llevaba consigo una consecuencia muy favorable respecto de un joven á quien el señor Osmán reputaba como hijo y que había vivido en su misma casa. Todavía Enrique daba más peso á sus esperanzas, suponiéndose amado, y por tanto sólo pensaba en aprovechar la primera ocasión para hablar con Adelaida, lo que no debía tardar, porque en casa de cierto ministro iba á darse un baile á la siguiente noche, al que la familia del señor Osmán estaba convidada con sumo interés.

Entre tanto don Adolfo, en su cadena, no podía contener las lágrimas pensando en el modo inicuo como se habían propuesto abusar de su esclavitud y de su amor paternal, y en el extremo á que sus enemigos iban á llevar su triste situación, imponiendo sobre él solo todo el furor de la justicia, el peso de las leyes y la execración de los hombres.

— He aquí, decía, cómo tendré que calumniarme confesándome como ladrón y asesino, después que sólo anhelaba estrechar á mi hijo virtuoso entre mis brazos inocentes : yo que venía á traerle los halagos paternos y la enhorabuena de su honor, vengo á arrojar sobre su frente el oprobio y la vergüenza. ¡ Ah ! ¡ quién pudiera salvarlo de mí mismo y librar su memoria del aciago recuerdo de su padre ! ¡ Cuánto habrá sufrido el infeliz Emilio al persuadirse de que yo he delinquido ! sí, yo no alcanzo á comprenderlo

en mi existencia que declina, cuando apenas se recuerda aquel sueño diáfano del porvenir que hace sonreír á la adolescencia, aquella visión de glorias, de amores y de esperanzas que se llama la juventud. ¡Oh! ¡Emilio desgraciado! la vejez va á empañarlas llevando en cada arruga un enjambre de crímenes y una fuente de infamia. No, yo no debo vacilar : ¿cómo habría de resolverme á pasar por criminal? Es imposible... Mas entonces ¿quién defiende nuestro nombre? Bien que me resuelva á morir... ¿pero dónde está el que puede rehabilitar mi memoria? Son malvados todos los que saben mi inocencia. Si la supiera alguno virtuoso... sí, yo debo probar todos los medios para conseguir que los hombres me vean ; puede ser que así, á despecho de mi propia confesión, se deje sentir la verdad y no se dé crédito á mis propias calumnias. No, no las creerán. La verdad tiene un poder divino que no estriba en la palabra, que brilla á pesar de la mentira, que se comunica de pensamiento á pensamiento como por medio de un fluido misterioso é invisible que no está sujeto al poder humano ni deja sonar la voz del embustero : que se revela al corazón como se revela Dios mismo sin que nada pueda contrastar su influencia sacrosanta. La boca balbuciente de Adolfo Castelvi dirá que es criminal ; pero la inocencia cortará á mis palabras el vuelo que las llevaba al oyente y caerán á mis pies como un cadáver al sepulcro. ¡Yo criminal!... Emilio no ha podido

creerlo; y si me lo oye confesar, exclamará: ¡Mentira!
¡Oh! si él tuviera de mí este concepto actualmente,
¡qué desgracia! ¡Cómo me maldeciría! ¡Cómo habrá
visto ese retrato que también me robaron y que
Monterilla me ha dicho haberle remitido en nombre
mío, para puersuadirlo de que pertenezco á esta
infernál compañía! Debe haberlo arrojado lejos de
sí. ¡Qué descaro! ¡qué perversidad! habrá dicho.
Con razón Emilio me habrá desconocido; con mucha
razón debe negarme, porque el que es criminal y
tiene hijos debe ser despojado por ellos mismos del
carácter de padre y lanzado de la sociedad como un
egoísta sin vínculos. ¡Ah! ¡Dios mío! esto es ho-
rrible... pasar por criminal... Si es preciso, me im-
pondré ese costoso sacrificio, para pasar después
por inocente, por hombre de bien, por un buen
padre á quien le fué preciso un sacrificio horrendo
para defender á su hijo y borrar la infamia que so-
bre él había hecho recaer la calumnia más cruel, que
tuve que pronunciar yo mismo para poder desmen-
tirla.

XVI

EL PUENTE DE ICONONZO

Mientras pasaba todo esto en Bogotá, y Adelaida lloraba sin cesar la ausencia peligrosa de su amante, sin que pudieran aliviarla los consuelos y caricias que sus hermanas le prodigaban, Santiago andaba por el camino del Sur en busca de Emilio, á quien no podía alcanzar, no obstante que en todas las poblaciones y chozas donde se informaba le decían que poco antes había pasado un joven desfigurado, pálido y distraído, que á pesar de su debilidad no se detenía en ninguna parte.

Al segundo día de camino, ya los informes cesaron enteramente y nadie daba razón de haber visto ningún viajero cuyas señales pudieran aplicarse y convenir á Emilio. Santiago como amante sufría ya una tristeza tan profunda que le era imposible continuar sus esfuerzos para andar á prisa, deseando más bien sentarse en alguna de esas soledades á contemplar sus penas y desengaños. Desde que cesó la razón que le daban de Emilio y que hasta entonces lo fortalecía,

su decadencia se hizo más irresistible, juzgando que Emilio en su desesperación se había matado ó que, rendido por la fatiga, había muerto en alguno de esos campos.

La misma tarde en que Enrique tuvo su entrevista con el verdadero Adolfo, Santiago caminaba despacio, vacilante sobre si debía seguir ó retroceder á persuadirse de que Emilio no se había quedado atrás, como era posible hubiese sucedido. Mientras resolvía esta duda, dejando á su espalda el pequeño y miserable grupo de chozas que forman el pueblo de Pandi, andaba lentamente, no bajo el rigor de ese sol de los climas ardientes que rinde las fuerzas y postra el espíritu, sino, antes bien, protegido por la influencia de esa luz agradable que, extendiendo sobre la naturaleza un colorido encantador y gracioso, dota á todos los seres de una apacibilidad tan pura y dulce que hace por algunos momentos las ideas y la imagen de la muerte del todo ajenas del pensamiento del hombre. Así influía, por lo menos, sobre Santiago aquella tarde por esa soledad tranquila, cuyo silencio no era interrumpido sino por el graznido que lanzaban volando algunos pájaros salvajes : no se oía más ruido, el aire estaba quieto, las pisadas del caballo de Santiago sólo sonaban en uno que otro paso pedregoso, y fuera de él y de los pájaros que bien pronto se perdieron de vista, el aire y la tierra parecían inhabitados.

La senda por donde iba seguía tortuosa en un te-

rreno irregular y quebrado, donde se veían enormes piedras cubiertas de lama negra, que contrastaban con la atmósfera trasparente, denotando como tumbas la tierra del olvido. Poco á poco el bosque iba haciéndose más espeso, y la soledad y el silencio tomaban un carácter más grave y profundo, que contristaba á Santiago, pareciéndole que, en busca de un desgraciado, dejaba ya la creación animada y penetraba más á cada paso en el dilatado y confuso recinto de una creación muda y vegetal.

Le parecía imposible que Emilio hubiese andado tan á prisa que fuera adelante, y más aún que, al penetrar por aquel camino, la desesperación no hubiese depuesto sus furores para dar campo á una tristeza sombría, pero blanda, que nunca puede permitir un atentado contra la propia existencia.

Entonces se le ofreció al paso un pequeño puente natural, que sólo se diferenciaba del resto del camino en estar cubierto cuidadosamente de arena y piedras menudas, y en las balaustradas de madera ordinaria sin pulir que tenía á uno y otro lado, tan débiles que la sola inclinación del cuerpo podía echarlas al fondo.

Si Santiago no hubiera ido cuidadoso y alarmado con la idea del suicidio de Emilio, no habría hecho alto en este puente donde no se veía siquiera el curso de las aguas ó la fértil vega que de ordinario encanta la vista del que pasa un arroyo lejos de las ciudades. Pero era necesario examinar ese sitio en que la natu-

raleza no solamente parece quiso disimular la grandeza y arrogancia en las dimensiones de una arquitectura suntuosa y soberbia, que desdeña con dignidad y orgullo la inútil é incompleta admiración de los humanos, sino que también abrió allí un abismo espantoso, como para desafiar á la desesperación y anonadar el odio de la vida.

Santiago, pues, en medio de su vacilación, tuvo que desmontarse y detenerse, lleno de horror, para ver por sobre una de las barandillas si por ese hondo camino había tomado su infeliz amigo. Pero todas sus miradas eran inútiles, aunque se quedaba suspenso viendo atónito aquella abertura amurallada por dos rocas formidables, tajadas perpendicularmente, cual si en un tiempo remoto é ignorado hubieran tratado de separarse por allí los dos hemisferios de la tierra. Apoyábase con sozobra sobre la baranda y dejaba descender sus miradas al abismo que estaba abierto bajo sus pies, y en cuyo fondo solamente veía, allá á lo lejos, deslizarse con sosiego hacia el occidente un arroyo cuya anchura parecía desde arriba de una vara. Bien podía estar sepultado Emilio en ese río de grotesca poesía, de tétrica existencia y de misterioso cauce, que consagrado á genios avernosos, nunca la planta del hombre podrá profanar pisando ese lecho inviolable, cuyas arenas, si las tiene, jamás dorará el sol ni herirán la vista de los mortales. Ese pensamiento afligía á Santiago, y lo anonadaba la idea de la desesperación de Emilio,

del mismo modo que la vista de esas rocas inmóviles y pesadas que cercan aquella caverna sombría engrandecían su alma ante las ideas sublimes que inspira la magnificencia con que un átomo de la creación en cada uno de sus puntos cansa y confunde la mente audaz del filósofo. En medio de su incertidumbre, Santiago contemplaba aquel abismo y paseaba sus ojos por esas bóvedas oscuras donde le parecían escondidos y enlutados los arcanos funestos del misterio.

Aunque sus dudas no lo hubieran detenido, habría bastado á cautivarlo por un momento aquella poesía en contraste con la poesía natural que había sentido siempre en los campos amenos de su tierra.

— Donde quiera, decía, los arroyos tienen una margen, donde quiera los arroyos murmuran... éste no tiene ni margen ni murmullo, ni hace más que lamer en vano la dura y estéril base de las rocas colosales que lo aprisionan. Donde quiera el arbusto cubre con su sombra la plácida corriente; á éste solo lo velan las enormes murallas que se elevan á su lado, serias y respetables como los siglos de su incontrastable existencia. Las ondas del Sumapaz no son aquellas aguas cristalinas con que calma su sed el caminante fatigado, donde se baña el pajarillo y cuyas gotas sutiles saltan á posarse imitando el rocío sobre la fresca rosa ó el cárdeno lirio, donde se mira engreída la beldad campestre y retratan su verbe ramaje los sauces y los alisos. Son las negras

hondas de la Estigia, cuyo aspecto lúgubre hiela al viajero, y sobre las cuales vela respetuosa el ave sacerdotisa de ese templo siniestro, donde no se ve otra imagen que la de los conserjes feroces que guardan sus Náyades proscritas, y que, como estatuas de la tiranía, se elevan con frente erguida y gesto arrogante señalando como con el dedo la víctima que pisan : nada se veía allí risueño, nada que no fuese serio y grave como aquella realidad del Aqueronte.

El corazón de Santiago se acabó de cubrir entonces de una bruma letal y empezó á sentirse menos activo, como que quería esperar á Emilio en ese punto creado por la Providencia para suspender por fuerza al caminante durante un momento sobre la honda gruta del pavor. Si Emilio había pasado por aquel puente, ¿ á qué fin perseguirlo más ? ¿ dónde podría alcanzársele más allá de ese río criminal y maldecido, condenado por la Omnipotencia á un destierro solitario é inmutable ?

Santiago confiaba á veces en que Emilio se habría quedado atrás, y ansiaba que llegase á aquel punto para sufrir juntos y suspirar sobre ese río que también parecía sufrir y suspirar, inspirando compasión, como un arroyo desventurado, imagen del ostracismo y templo helado de muda soledad.

— Si el llanto de la humanidad, decía, no alcanzara sino á formar un arroyo en el valle de las lágrimas, él escogería tus aguas para que mezclado con ellas lo pasases por aquí á la región del olvido.

Santiago, á fin de saber si Emilio había pasado y resolver con ese conocimiento seguir ó volverse, se puso á examinar si en la corteza de algún árbol estaba escrito el nombre de Adelaida. Al efecto bajó hacia el lado del poniente por un desfiladero inmediato, muy corto, pero difícil y peligroso. Al llegar al banco de tierra que debía sostenerlo, se presentó repentinamente á sus ojos la roca opuesta del lado de abajo, la que le pareció tan enfrente de sí, cual si fuese á hablarle con una voz de trueno ; de modo que tuvo que retroceder súbitamente como por un movimiento involuntario que no fué dueño de reprimir. No podía familiarizarse con tan enorme masa que le inspiraba una impresión semejante á la que creía sentir imaginándose ver un planeta á una milla de distancia. Sin embargo sólo consideró con horror que ese objeto material tan grande y espantoso que le ofrecía la tierra era, con todo, inferior á algo que hay mucho más grande y espantoso en el orden moral : era inferior á la desesperación, pues ésta había bastado á precipitar por allí doce años antes á un mísero desgraciado, y ella misma habría podido quizá precipitar también á Emilio acaso ese mismo día. Le fué preciso pensar en esto para dar un paso adelante é inclinarse cuanto pudo con el objeto de ver si bajo los estribos de ese puente misterioso se divisaban los restos de algún cadáver. Mas su esfuerzo fué inútil, porque no alcanzó á ver el fondo de la profundidad. Imposible le parecía que hubiese su amigo

cedido á la desesperación ante esa boca abierta de la muerte, arrojándose por ese vestíbulo material de la eternidad, decorado con cuanto puede hacer su entrada mas lóbrega y triste.

Por último arrastrándose por debajo de una gran piedra que dejaba sobre el suelo una abertura de tres pies en un tránsito de seis á ocho pasos, salió al lado de arriba, donde, mientras seguía en sus dudas y contemplaba el mismo cuadro de naturaleza, rocas, vegetación y soledad, alcanzó á oír de repente á poca distancia el tiro de un trabuco. Al instante, primero sólo pensó fuese el de algún cazador que andaba por el monte; mas después de un rato de incertidumbre se imaginó que también podía haber sido una descarga contra algún pasajero, por asesinarle ó robarle. Después le siguió el presentimiento de que la víctima podía ser Emilio; y entonces se dispuso á volver nuevamente á arrastrarse por debajo de la piedra para salir al banco del lado opuesto, subir el desfiladero y correr al punto donde había sonado el tiro á examinar su causa. Mas al momento vió que dos hombres llegaban al puente trayendo entre ambos á Emilio que, arrojando sangre, parecía iba á ser lanzado á aquel abismo.

Santiago, angustiado en extremo, entra con la mayor celeridad debajo de la piedra, pareciéndole á cada momento que ya oye retumbar el cuerpo de Emilio en el fondo de la concavidad, y que es imposible que alcance á salir antes de que se perpetre

aquel atentado. En su excesivo afán, lejos de poder correr desembarazado, á cada instante se enrieda y se ve obligado á suspenderse con una angustia mortal.

Entre tanto Oropimente y Solimán, que efectivamente iban á arrojar á Emilio por el puente, luego que vieron en el otro extremo el caballo de Santiago, y juzgando que alguno estaba allí, trataron de acelerar su obra para fugarse antes que alguien pudiera impedirselo. Emilio no oponía resistencia, porque, además de que sus fuerzas estaban agotadas, le era indiferente morir. Así que, venciendo entre Oropimente y Solimán la sola resistencia que oponía el peso del cuerpo, lo alzaron sobre la balaustrada y lo empujaron para volarlo al río; mas el instinto que despertó en Emilio lo obligó á cogerse de los palos de la cerca que bamboleaba y de los vestidos de sus asesinos.

En esta lucha estaban cuando Santiago apareciendo en el puente disparó una de sus pistolas y dejó muerto en el acto á Oropimente, mientras que Solimán, cesando de empujar á Emilio, salió corriendo al ver que Santiago le apuntaba con otra pistola, de cuyo tiro logró escapar ocultándose entre los matorrales.

Santiago corrió donde Emilio que exánime cayó al lado de Oropimente, tendiendo la mano á su amigo que lo salvaba. Éste lo alzó, lo puso sobre el caballo y volvió á echar al río el cuerpo del asesino.

Emilio le advirtió que guardase el trabuco con que lo habían herido. Santiago registró al muerto los bolsillos, y con mucha sorpresa encontró en uno de ellos una carta para él, la que muy fácilmente se debe inferir no podía ser otra que la carta verdadera de la Cisne. Mas como la situación de Emilio exigía pronto socorro, no tuvo tiempo de leerla allí mismo; la guardó para después y arrojó con mucho trabajo el cadáver al río, para que no quedase noticia de un suceso de que se horrorizaba y cuyo remordimiento le parecía no poder calmar nunca, á pesar de las circunstancias que justificaban el hecho. Luego que lanzó el cadáver, volvió las espaldas con rapidez, y aunque se tapó los oídos alcanzó á percibir el ruido del cuerpo en el fondo, cuyo eco retumbó con un bramido hueco y truculento, que le arrancó un grito de horror, cual si hubiera sentido que se rompían bajo sus plantas las puertas del averno. Horrorizado y temeroso, siguió con Emilio al pueblo inmediato, del que pocas horas antes había salido con un humor apacible y melancólico, y al que regresaba á la entrada de la noche lleno de pensamientos tétricos y espantosos.

— Me he hecho desgraciado para siempre, le decía á Emilio : yo no sirvo para defender á nadie, y el espectro de ese hombre va á perseguirme toda la vida.

— No, dijo Emilio : la acción de usted no es vituperable, pues ha sido ejecutada en defensa de un amigo.

— Mas es horrible... repuso Santiago; pero no hablemos de eso.

— Ya se ve, contestó Emilio : yo tengo mucho por qué callar hace algún tiempo, y debo guardar silencio cuando oigo hablar de sensibilidad... pero afortunadamente vuela hacia mí el momento en que callaré para siempre.

— No, Emilio : es preciso tener valor.

— Sí; y espero que usted lo tenga para verme morir, y no dejarme abandonado... ¿no es verdad que usted se volverá solo?

— No : los dos nos iremos juntos.

Santiago calló viendo á Emilio bambolearse sobre el caballo y observando su palidez y desasosiego. Las hojas con que desde el principio trató de estancarle la sangre no servían de nada, y ya iba temiendo que Emilio no alcanzase á llegar al poblado, por lo que resolvió hospedarlo en la primera casita que encontrase, á cuyo fin procuraba hacer andar el caballo más á prisa, hasta que al lado de un arroyo vió unas chocitas en las cuales determinó pedir alojamiento.

Allí no había á la sazón sino una mujer de poca edad, que al ver al herido no pudo rehusarse á darle asilo en su miserable morada. Santiago bajó á su amigo del caballo y lo introdujo en una salita donde se veía la luz por las grietas del empajado y en la que no había más que una barbacoa, un banco y una mesa junto á un tronco clavado en el suelo, que

servía de candelero. Emilio tenía sed, y no habiendo allí de pronto una bebida conveniente que administrarle, Santiago tuvo que salir, y coger del arroyo el agua para llevársela, mientras con vana diligencia pedía á la mujer algunos paños que pudiesen servir para vendar la herida. Nada había de cuanto se necesitaba, de modo que le fué preciso á Santiago desgarrar su propia ropa para hacer los vendajes, por cuya virtud logró al fin contener un poco la sangre.

XVII

LA NOCHE

Después que Santiago auxilió á Emilio con todos los servicios que en aquellas circunstancias le fué posible prestarle, resolvió mandar inmediatamente un posta á Bogotá, para que tuviese la familia del señor Osmán noticia exacta del estado peligroso en que Emilio se encontraba. No era esto muy fácil, pues en semejante sitio no encontraba un hombre de quién valerse para tal encargo. La mujer de aquella casa, á pesar de que salió varias veces con el mismo fin, tampoco lo halló, siéndole por último preciso, para calmar un poco la inquietud exigente de Santiago, decirle que aguardase algunos momentos con paciencia, hasta que viniese su marido, quien podría ser no tuviese inconveniente para encargarse de aquella comisión. Santiago se vió en la necesidad de esperar á tal hombre, que estaba en su estancia, pero que debía venir á las ocho ó nueve de la noche, según repetía la mujer.

Entre tanto Emilio estaba acostado en la barbacoa,

aliviado únicamente por el incómodo lecho que Santiago, con parte de sus vestidos, había podido acomodarle. Éste, mientras el hombre venía, sacó la carta que había encontrado, dirigida para él, en el bolsillo de Oropimente; la abrió y se puso á leerla á la luz de la vela, para entretener su afán con esta ocupación.

Le fué necesario no olvidarse del estado de Emilio, para evitar el prorrumpir en las exclamaciones de alegría que tal lectura le provocaba; pero, sí, bendijo de todo corazón el momento en que había quitado la vida á Oropimente, por cuya muerte, lejos de sentir desde entonces el más leve remordimiento, sólo se vanagloriaba, lleno de admiración al contemplar cuán fácilmente pudo haber perecido su dicha, si él mismo no hubiese matado á tal hombre.

— He aquí la carta, dijo sonriéndose y volviéndose á Emilio, que la Cisne me había escrito, la que reclamábamos de Monterilla, y que por un misterio que no me parece tan inexplicable aparece ahora en poder de aquel malvado.

— ¿Ésa es? preguntó Emilio con voz lánguida y perezosa.

— Precisamente, y yo la he leído violando involuntariamente mis promesas; pero nada he hallado en ella que no merezca hacerse conocer, porque antes bien descubre una virtud heroica: querría leerla á usted si estuviera en disposición de oírla.

— Sí, dijo Emilio: yo tengo mucho gusto en ocu-

par estos momentos en el recuerdo de las personas virtuosas y de mis amigos sinceros.

Santiago entonces leyó la carta con voz alterada ; y ambos quedaron muy satisfechos del descubrimiento que acababan de hacer acerca del mérito de esa joven por cuyos vicios supuestos Santiago había padecido tanto. Como esta carta le interesaba en extremo, la leyó muchas veces, y con ella abierta y agradablemente pensativo fijaba con frecuencia sus ojos en aquellos renglones, que siempre le ofrecían alguna palabra sentimental, algún concepto misterioso, la historia de algún suspiro, la queja de una humillación, pero, sobre todo, algún sentimiento grato consagrado el amor. Apenas se atrevía á creer que aquella carta le revelaba casi que era amado, y que, conteniendo el legado de los secretos de quien la escribía, le hacía saber expresamente que había sido el escogido para la rehabilitación de una mujer calumniada primero por las circunstancias y más tarde por la falsedad.

Determinó, pues, remitir con el posta su carta á la Cisne, acompañándole otra en que, al mismo tiempo que desahogase la agitación de su alma y el amor que lo devoraba, se disculpase de haberla leído y refiriese no sólo la historia del rescate de ese papel, sino también la de los acontecimientos con Veratrina, que había querido engañarlo suponiéndose depositaria de él, y mandándole en su lugar otro falsificado para deshonorarla.

Santiago, en efecto, se puso á escribir con lápiz, creyendo á la Cisne todavía en casa del señor Osmán; Emilio le preguntó lo que hacía, y le refirió también el último medio que al ausentarse había querido tentar, dejando á la Cisne la carta de Monterilla, en que, á cambio de que la Daifa la recobrara, ofrecía la salvación de don Adolfo. Extraordinaria fué la inquietud que esta revelación produjo en Santiago, y horribles el afán y la angustia que empezaron á atormentarlo en la duda que esto le causaba acerca del paradero de la Cisne. Hubiera querido volar á Bogotá para defenderla; pero no podía abandonar á Emilio, y su corazón fué nuevamente presa del sufrimiento: la carta falsa de Veratrina y la tácita exigencia de Emilio lo persuadían de que aquella joven había vuelto al poder de la Daifa y de que su virtud habría sido por fin sacrificada. Santiago, pues, empezó á padecer con toda la vehemencia que comunica siempre al sufrimiento la dignidad del objeto que lo inspira. Emilio quiso también enviar á Adelaida sus recuerdos, y al efecto le dijo á Santiago que sacase de un bolsillo la cartera en la que estaba la cinta que ella le dió antes de las desgracias que lo separaron de su lado, y en donde había algunos versos que él escribió en el camino pensando no volver á verla nunca. Santiago formó de todo un paquete y se quedó esperando al hombre que debía llevarlo.

Éste no parecía, y aquél salió para hablar otra vez con su huésped, como si eso pudiera acelerar el

regreso del marido. Necesitaba además respirar en la atmósfera de ese horizonte, pues su alma quería volar y su angustia era inmensa.

La noche estaba oscura, y á pesar de eso había en ella una serenidad encantadora, hasta tal punto que alcanzó á calmar un poco con la esperanza el corazón de Santiago que suspiraba y pensaba en la Cisne con un sentimiento tan bullicioso como el que produce el estreno de un bien desconocido.

Ella se presentaba á su imaginación llena de encantos y de virtudes, y ese pensamiento dejaba en su alma una embriaguez tan dulce como el perfume que á cada momento le traía la brisa embalsamada con el aroma delicioso de aquella vegetación, ó como el soplo del aire tibio en que volaban sus suspiros de amor. Este instante habría sido el más bello de su vida, si hubiera estado persuadido de que la Cisne se hallaba en seguridad, y Emilio no sufriera, herido y postrado, anhelando la muerte.

En esto se distraía, cuando alcanzó á oír á lo lejos la voz llena de un hombre que venía cantando con un acento tan triste, cual si la quietud de la noche inspirase melancolía en su sensibilidad, al mismo tiempo que en él inspiraba agitación. Este canto fué mucho más grato para Santiago, cuando saliendo la mujer de su casita, le dijo que ésa era la voz de su marido que ya venía, y á quien le gustaba mucho cantar por la noche.

Santiago, sin recordar lo que era para Emilio el can-

to que había á lo lejos, entró á participarle la llegada del mensajero; pero lo halló cruelmente atormentado por las emociones de sus recuerdos y resuelto á evitar que en Bogotá volviesen á acordarse de él.

— Ése es un hombre desconocido, le dijo Emilio, y no debemos confiarle nada. Además, yo creo inútil que se mande á Bogotá: allí se alarmarán con lo que usted les diga, les causaré todavía una nueva molestia que, por otra parte, para nada sirve, pues ni yo regresaré aunque viva, ni mi existencia es de grande interés para nadie.

— Que usted se oponga, ó que consienta, dijo Santiago, he de hacer ahora lo que me parezca y la amistad me ordene.

— La amistad, repuso Emilio, le ordena complacer á sus amigos.

— No me ordena sino que lo auxilie, Emilio: deje usted sus preocupaciones, cobre valor y mire con indiferencia todas las desgracias de la vida. Adelaida lo ama; sea pues generoso, evítele una pena y déle el gusto de que sepa de su amante. Además usted tiene amigos cuya felicidad está pendiente: consérvese para presenciarla, viva para ellos si no quiere vivir para usted solo.

— ¡ Ah ! Santiago, mis amigos no son muchos : son solamente dos, un hombre y una mujer : el uno me verá morir ó me dejará ausentar, la otra recibirá su cinta. Usted ya es dichoso ; ella lo será más tarde, pero yo no quiero presenciar su felicidad.

— ¡ Emilio! Es usted muy ingrato : cuando ella llora su ausencia, y después de que con tanta fineza lo consolaba, ¿ se atreve á sospechar que sea feliz más tarde con un nuevo amante?

— No, Santiago : ella no debe renunciar á su dicha sólo porque yo fuí desgraciado.

Santiago sintió entonces que llegaba el que había de servir de posta ; tomó el paquete, quitó de él lo que la finura del amor prohibía que se enviase, es decir la cinta y la cartera, y salió á instruir al portador, donde Emilio no pudiese interrumpirlo. Le recomendó además mucha reserva, pues acabando de ver lo ocurrido con la carta de la Cisne, tenía preocupado el ánimo con la idea de los riesgos á que podían exponerse las cartas, si directamente no iban á las personas á quienes se dirigían. Igualmente recomendó la celeridad, á cuyo efecto le dió su caballo, autortizándolo para que lo mudase donde tuviese por conveniente.

El hombre, pues, se puso en camino inmediatamente ; y Santiago se quedó muy satisfecho pensando en que al día siguiente la Cisne había de recibir su carta y ver que la amaba y respetaba un hombre á quien ella había elegido para depositario de sus secretos. Mas también lo contristaba el pensamiento de que Adelaida, ya demasiado afligida, iba á estarlo más con la noticia de la situación delicada á que su amante se hallaba reducido.

Al cabo de un momento volvió á la cama de Emilio

y lo encontró dormido, lo que le fué muy agradable, esperando de este sueño mucho en favor de las fuerzas casi extinguidas del enfermo. Cerrando pues con gran silencio la puerta, volvió á salirse para cuidar de que ningún ruido interrumpiese por fuera el descanso provechoso de aquél.

Santiago, triste y pensativo, se sentó debajo de un árbol aromático, desde donde alcanzaba á oír el canto melancólico del posta que se alejaba. Durante este rato se le despertaron innumerables y variados recuerdos. Aquel árbol le traía á la memoria la primera noche que estuvo en Bogotá, en la que, sentado al lado de la Cisne, la vió llorar y sintió el primer impulso del amor que había de inspirarle para crecer después entre las penosas dudas de una ilusión que lo había hecho suspirar tantas veces, ya renaciendo, ya marchitándose á cada minuto. Se acordaba también de la noche en que, fugitivo de Baciliza, se volvió para Bogotá; de la en que tuvo su cita en el jardín con la misteriosa Veratrina, cuyo lado le parecía ahora la sombra de un árbol artificial sin flores y sin aroma: hasta el canto lejano del posta le traía á la memoria su prisión, la defensa indigna que le había hecho Monterilla, las desgracias de Emilio, la lealtad de Adelaida y otros muchos incidentes que se cruzaban por su pensamiento sobre diferentes puntos, del mismo modo que veía aparecer rápida y momentáneamente á su rededor las luces fugitivas de las luciérnagas que revoloteaban. Mas entre esos

recuerdos se mantenía siempre inmóvil el de la Cisne, así como á lo lejos veía, sin variar de lugar, la luz que alumbraba, en una choza distante y miserable como la que abrigaba á la sazón á su amigo.

Tales pensamientos lo ocupaban, cuando empezó á cambiar la atmósfera y á correr un huracán violento y borrascoso. Entonces sintió pavor, y el ruido del viento lo sobresaltó trayéndole á la memoria el estruendo que causó el cuerpo de Oropimente cuando fué arrojado al abismo. Tenía lástima de ese hombre. Esto lo obligó á entrar nuevamente en la casa, donde encontró á Emilio todavía dormido ó más bien adormecido. Muy silenciosamente volvió á cerrar la puerta, y caminando de puntillas, se acercó á la mesa y se sentó á velar sobre el doliente y desventurado joven.

Éste no despertaba de su letargo, y el huracán seguía; por último muy tarde Santiago sintió que un caminante entraba al patio de la casa y que á voz en cuello pedía alojamiento. Era Solimán que volvía para Bogotá y á quien la mujer despidió diciéndole que no había en donde alojarlo, pues estaba ocupada por un herido la única pieza que podía servir. Solimán conoció inmediatamente que ese herido era precisamente Emilio, y como iba sin armas y previó que allí debía estar Santiago, quien, además de sus pistolas, se había apoderado del trabuco, no se empeñó mucho en que le diesen posada, determinando seguir su camino, á pesar del huracán.

XVIII

LA INSISTENCIA

Solimán llegó al poblado, pasó allí la noche, y se evantó muy de mañana con el fin de llegar á Bogotá o más pronto posible á poner en noticia de sus compañeros las desgracias ocurridas y buscar con eficacia no ya tan sólo la impunidad, sino particularmente venganza y satisfacción. Venía tan á prisa que pudo llegar á Bogotá antes que el posta de Santiago.

Directamente fué á desmontarse en casa de Monterilla á las seis de la tarde, que era la hora en que se acostumbraba llevar á don Adolfo el alimento diario. Monterilla le oyó con interés la noticia de la muerte de Oropimente y del modo como Emilio se había escapado, y según es de suponer, lamentó con exageración tan aciago desastre, hasta que Solimán le dijo :

— No es éste tiempo de inútiles lamentos, sino de un duelo digno de nosotros : ya sabemos que la compañía ha perdido una de las inteligencias más gigantescas que la honraban y dirigían, que la muerte

de Oropimente, cubriendo de luto nuestra tribuna, nos ha acarreado una pérdida irreparable, y que en su fúnebre tumba se sepultaron todas las esperanzas de nuestra sociedad...

— ¡Y qué tumba ! interrumpió Monterilla conmovido, ¡qué tumba tan helada !

— Pero límpida y trasparente, dijo Solimán : la más ligera, la más propia para contener esos restos venerandos. Juremos, Monterilla, como fieles amigos, vengar la muerte del filósofo, castigando al alevoso asesino con el rigor que merece un atentado tan cobarde.

— Sin duda, Solimán, es indispensable que juremos : seríamos unos pérfidos si no ofreciésemos satisfacer esa sombra ensangrentada.

— Se hará todo eso, añadió Solimán ; pero entre tanto es indispensable ocuparnos de los honores fúnebres, y costear un retrato.

— Eso es otra cosa, dijo Monterilla ; pero me parece muy dificultoso encontrar un pintor que pueda recordar la expresiva fisonomía de Oropimente. ¿Cómo habría pincel tan hábil que diese á sus ojos aquella expresión valiente y amenazante que tanto lo distinguía ? ¿quién podría simbolizar en aquellos labios espaciosos la elocuencia que los caracterizaba ? Mejor es pues que hagamos alguna otra cosa más elegiaca.

— Lo más elegiaco por ahora en mi concepto, dijo Solimán, es que vengüemos al muerto.

— Pero hay algo que me parece más urgente,

replicó Monterilla; y es el arreglo de nuestros asuntos, que no marchan por cierto con mucha felicidad.

— ¿Qué ha ocurrido, pues, de nuevo? preguntó Solimán con temor.

Monterilla le refirió entonces lo que había sucedido desde la ausencia de Emilio, y el estado á que las cosas habían venido á parar. Solimán le improbó que hubiese ido donde el doctor Temis, y descubierta á Enrique con tanta precipitación al verdadero Adolfo. Monterilla procuró justificar su conducta con la gravedad de las circunstancias, con el riesgo en que todos se hallaban, con los consejos de la Daifa y últimamente con la esperanza de lograr que don Adolfo, resolviéndose á pasar por delincuente, hiciese que el doctor Temis los salvase á todos, siendo tanto más justificable el paso, cuanto que estando ausente y herido Emilio le tocaba llenar sus funciones á su propio padre, para lo cual era indispensable ponerlo en acción abiertamente.

— ¿Y qué ha resuelto éste? preguntó Solimán.

— Nada todavía, no obstante que esta mañana, cuando lo interrogué sobre su resolución, me dijo que había vacilado un momento, pero que ya estaba determinado á no calumniarse por nada de este mundo, imputándose delitos tan infames.

— Vamos á verlo, dijo Solimán levantándose del asiento.

— Vamos, repitió Monterilla: puede ser que usted logre persuadirlo.

Y tomando una luz se fueron á tiempo que Jorge llegó á decir á su amo que abriese el calabozo para llevar al preso el alimento de ese día; mas Solimán le ordenó que aguardase hasta que pasara la entrevista que iban á tener.

Monterilla y Solimán se presentaron, pues, en el calabozo de don Adolfo, quien se sentía entonces mas débil que nunca, porque lo habían devorado en esos últimos días pesares muy cureles y dudas angustiosas. Cuando entraron, estaba sentado en una piedra colocada hacia el rincón más húmedo; tenía la cabeza descubierta y los pies descalzos; su vestido era el mismo con que lo cogieron, y aun se veían en él algunas manchas de la sangre que había brotado por la herida leve que le hicieron y de la cual ya estaba sano; tenía las manos cruzadas y sujetas con la argolla de la cadena que pendía de una de las vigas. La luz que llevaban lo dejó deslumbrado, y no pudo reconocerlos sino por la voz, cuando alternativamente le dijeron sin rodeos haber Emilio quedado enfermo en grave riesgo lejos de Bogotá, y ser la causa de todos los trabajos que padecía, precisamente la creencia de que tenía un padre asesino y ladrón. Don Adolfo oyó tan cruel noticia llorando en silencio y no atreviéndose á lanzar ninguna queja delante de sus enemigos. En vano trataba de consolarse imaginándose que eso podía ser un enredo urdido con el objeto de apurar su dolor y moverlo á condescender con los planes que se le habían indicado.

— Es pues indispensable, continuó Solimán, que usted se resuelva á pasar por unos días como delincuente : de lo contrario, ya se le ha prevenido que todo el mal recaerá sobre usted y sobre Emilio, sin que resulte beneficio alguno para nadie. Ceda usted á nuestras proposiciones, y le aseguro que apenas hayan transcurrido setenta y dos horas yo mismo iré á decir á Emilio que su padre es inocente, pero que ha hecho el sacrificio de confesarse culpable; que está en nuestro poder y sólo se espera, para darle libertad, á que el Mordedor sea indultado y á que el otro Adolfo salga con seguridad de Bogotá, en una palabra, á que el doctor Temis deje de perseguirnos y nos auxilie. Entre tanto guardarán el secreto, su hijo vendrá á visitarlo en la prisión, que entonces se hará menos penosa, pues será trasladado á otra pieza mejor, donde gozará usted de una asistencia esmerada, hasta que, pasados pocos días, salga enteramente libre y use del derecho de desmentir la calumnia y desengañar á los pocos que la sepan; pues ya ninguno de nosotros correrá riesgo, porque estamos arreglando nuestra partida para no volver á esta ciudad. Todo quedará concluido antes de un mes, si se depone el empeño tenaz que se tiene en perseguirnos sin piedad. Sí, señor Castelvi, considere usted cuántas desgracias puede evitarnos si accede á la súplica que le hacemos, ya que no obedezca á la ley que le dictamos; piense usted en Emilio, sálvelo, tenga compasión

de él siquiera, si es que no la tiene de nosotros.

— ¿Ha concluído usted? preguntó don Adolfo.

— Sí, señor, contestó Solimán; pero me reservo añadir algo todavía, si se manifiesta resistido.

— No lo añada, dijo don Adolfo; ustedes pueden irse, haré todo lo que quieran, me fingiré criminal y hasta diré, si lo exigen, que ustedes son inocentes, mas es con la condición de que me dejen en paz.

— Muy bien, dijo Solimán : le disgusta á usted nuestra presencia, ¿no es verdad? Bien, se le ahorrará ese disgusto. Vámonos, Monterilla.

Ambos salieron dejando encerrado á don Adolfo.

— No hay esperanzas, dijo Solimán : este hombre caprichoso no se prestará á nuestros deseos, y es indispensable resolver otra cosa. La aquiescencia que aparentó al fin con el objeto de despedirnos, como usted vió, debe advertirnos de que la resolución definitiva que ha abrazado es la de no transigir de modo alguno.

— Lo mismo he creído, repuso Monterilla; y celebro que los dos nos hayamos convencido de esta verdad y estemos juntos para deliberar maduramente lo que convenga en el caso.

— La deliberación es muy sencilla, contestó Solimán. ¿Él se rehusa á transigir? Pues bien : no transijamos y logremos al mismo tiempo, si es posible, dos de nuestros objetos más importantes : el uno la venganza, el otro el producir en el doctor Temis la

convicción de que el padre de Emilio es el cómplice del Mordedor.

— ¿Cómo cree usted que puedan lograrse esos dos fines?

— Haciendo morir á don Adolfo. Con esto él espiará la muerte que por causa de su hijo dió Santiago á Oropimente.

— Pero como don Adolfo no tuvo la culpa, esa venganza es dislocada.

— No, señor, para el verdaderamente vengativo ninguna venganza es dislocada, porque esta pasión no mira en su ceguedad á las personas, sólo mira los hechos; un muerto pide otro muerto, sea el que fuere, de preferencia el agresor, á falta de éste cualquiera; á lo menos así me vengo yo, cuando no puedo vengarme de otro modo.

— Eso nos pone, en mi concepto, en gran peligro; y tal asesinato en estas circunstancias nos priva además de la utilidad que de otro modo podríamos explotar en provecho nuestro y del Mordedor.

— No, señor, dijo Solimán: todo depende del modo como se hagan y combinen las cosas. La convicción que se trata de producir en el doctor Temis no tiene, á la verdad, otro obstáculo que la contradicción de don Adolfo. Pues bien: un cadáver no puede contradecirnos, y en presencia suya aseguremos libremente al doctor Temis todo lo que convenga, sin temor de que el muerto, á quien imputamos la complicidad, alce la voz para desmentirnos. Pre-

sentando, pues, en la entrevista proyectaba á don Adolfo muerto delante del doctor Temis, queda la escena dominada enteramente por nosotros, y venceremos á nuestros perseguidores de todo cuanto queramos. Por otra parte, ya es indispensable que evitemos el descubrimiento de la calumnia que intentábamos.

— No concibo eso, dijo Monterilla ; antes bien preveo las fatales consecuencias que traería consigo semejante homicidio. El doctor Temis vería que habíamos matado á don Adolfo, en cuyo hecho hallaría una prueba incontestable no sólo de todos nuestros delitos, sino también de que el padre de Emilio era inocente y habíamos querido librarnos de sus palabras haciéndolo morir.

— ¿Luego cómo piensa usted que vamos á matarlo ? Supone acaso que le daremos de puñaladas ó le administraremos un veneno ? No, señor : eso sería la torpeza más grosera. Sólo se trata de que don Adolfo se muera como naturalmente y por si mismo ; de que su muerte aparezca como efecto de sus remordimientos, de su vergüenza ó de su amor paternal.

— ¿Pero eso cómo ?

— Dejando que muera de hambre.

— No, Solimán : la muerte por ese medio se conoce demasiado.

— No le hace : lo que importa es que podamos decir que don Adolfo, desesperado por la persecu-

ción del doctor Temis, resolvió matarse no queriendo alimentarse más : esto servirá como prueba de que había delinquido, pues lo mató su arrepentimiento, y así se haría que lo declararan los criados y otros de la compañía.

— Aun quedan para mí dudas, dijo Monterilla : ese recurso es muy grave y peligroso.

— No importa, contestó Solimán : yo lo exijo. Es menester tener audacia y vengar por lo menos á Oropimente. Además, sea cual fuere la dificultad de las circunstancias en que no coloquemos, ¿no serán mejores que las presentes ? Nosotros estamos en el caso de obrar como hombres perdidos y buscar la salvación y la venganza á todo trance.

— Bueno, dijo Monterilla encogiéndose de hombros : á mí no me toca, según mi última resolución, sino seguir los consejos de ustedes para salvar mi responsabilidad; y puesto que se exige este homicidio, lo haremos como se quiere y empezaremos desde ahora.

Con esto Monterilla llamó á Jorge y le prohibió llevase de comer esa noche á don Adolfo; luego se dirigió á su compañero, con quien se puso á discutir los detalles de esa nueva combinación y el modo de facilitar la fuga del Mordedor para el caso en que sus planes no saliesen tan bien como esperaban.

Esta última discusión terminó, por irse ambos donde la Daifa á informarse por menor de los planes que ella tenía, ofrecerle los auxilios de los que po-

dían conciliarse en igual sentido proyectados por ellos, y obrar con una acción simultánea como era menester, entre tanto que el padre de Emilio encerrado en su calabozo esperaba en vano su alimento.

Como Solimán infería que ya Santiago habría encontrado en el bolsillo de Oropimente la carta de la Cisne, resolvió también esa noche, de acuerdo con Monterilla, sacar á Veratrina de la casa de doña Gonzaga, para que les ayudase en sus nuevos proyectos, puesto que el matrimonio era ya un asunto difícil que las circunstancias presentes no permitían continuar, pues los gastos se iban aumentando mucho por el auxilio que á la vez reclamaban Adolfo el falso, la prisión del Mordedor y la próxima fuga de todos ellos si se veían en peligro.

XIX

EL BAILE

Cuando Solimán y Monterilla salieron, ya muchas familias iban para el baile que se dijo debía darse esa noche, y al que la familia del señor Osmán estaba invitada. Este baile tenía lugar en una quinta muy inmediata, en la que desde por la tarde se habían reunido muchas personas de rango y entre ellas el doctor Temis.

Uno de los que concurrieron con más anticipación fué Enrique, que esperaba hacer esa noche muchos progresos respecto de Adelaida, tanto por no encontrarse allí Emilio que siempre le había estorbado, cuanto porque lo que tenía que ofrecer á Adelaida era en su concepto un estímulo muy poderoso para inclinarla á favor suyo y hacerla más franca en el amor que él le atribuía. Con este motivo se abstuvo de bailar, aguardando á que la familia del señor Osmán viniese, lo que á pesar de haberse bailado ya algunas piezas no sucedía, porque Adelaida estaba tan triste que no tuvo valor para vencer la

repugnancia que le impedía entonces concurrir á esos placeres bulliciosos, á que, por otra parte, su carácter poco la inclinaba.

Al fin se presentó una familia que venía acompañada del presidente de la República; y Enrique, persuadido de que en vano esperaba más, se determinó á bailar convidando para ello á una de las señoritas que acababan de entrar.

Entre tanto el presidente se dirigió donde el doctor Temis de quien era muy amigo y con el que gustaba mucho hablar sobre algunos asuntos delicados. El doctor Temis estaba conversando con unas señoras en el extremo opuesto de la sala, y sostenía sin duda algún diálogo muy festivo, si se juzga por la risa que lo animaba. Mas cuando se le acercó el jefe del Estado, recobrando su seriedad natural, se volvió hacia él haciendo antes una cortesía á las señoras.

— Muy tarde ha venido usted, le dijo después de algunos cumplimientos, lo que lo ha privado del gusto de oír una canción que las señoritas han cantado con una elegancia admirable y una expresión tan natural, cual si ellas mismas fuesen las gratas heroínas del poeta y del músico.

— Pero advierto que no lo somos, dijo una de ellas sonriéndose; y por lo menos el músico es precisamente una amiga nuestra.

— Es verdad, dijo la otra; hemos aprendido esa canción, su elegancia y su acento, de Ade-

laida á quien se la oímos hace algunas noches.

— Yo espero, dijo el presidente, que las señoritas tendrán la bondad de repetirla.

— Con mucho gusto, dijo la una, siempre que haya menos auditorio.

— Es verdad, repuso el doctor Temis, la canción no es de sala, sino únicamente de un cuarto de costura, porque tiene un gran número de conceptos tan íntimos que el autor se creería ofendido de que los expusieran en una escena solemne. Así es que las señoritas la cantaron entre amigos de confianza, porque son ellas también tan modestas que no pueden sufrir el aplauso de un concurso numeroso y respetable.

— Yo también soy de confianza, dijo el presidente, y mis aplausos pueden ser tan privados como los del doctor Temis.

— Yo conozco, dijo éste, la historia de esa canción, y apoyo la resolución de las señoritas de no presentarla al público : sería eso causar un pesar á su amiga, y acaso á un amigo mío. Hay además en ella la expresión de ciertas alusiones que no serían fácilmente comprendidas por los indiferentes.

Mucho hubiera sentido efectivamente Adelaida que los versos de Emilio se entonasen en aquel salón ; mas, por fortuna, durante la conversación, empezó una contradanza, y las señoritas fueron á ocupar su puesto.

Mientras tanto el presidente y el doctor Temis

que no gustaban de bailar, conversaban en un sofá.

— Es una de las jóvenes que canta en Bogotá con más dulzura, continuaba el doctor Temis, y es tan bella y tan modesta que interesa, cuando canta, los sentidos y el corazón.

— Es cierto eso, repuso el presidente, y siento tanto más no haber venido antes para oírla, cuanto que el motivo de mi retardo fué bien desagradable.

— Acaso, dijo el doctor Temis, alguna de esas audiencias pesadas á que están sujetos con frecuencia los gobernantes.

— Precisamente; se me presentó un capellán con la solicitud de que impartiese un indulto á no sé qué criminales, haciéndome de cada uno de ellos una relación de servicios en la milicia, cual si todos hubiesen sido unos héroes.

— ¿Y esos criminales están presos? preguntó el doctor Temis.

— Uno de ellos, según me expresó el capellán; pues la justicia no ha podido prender á los otros, á pesar de su actividad.

— Ya sé entonces de cuáles se trata: y, si me es permitido, diré francamente que semejante indulto sería con razón objeto de censura y produciría un descontento general.

— Yo estoy muy lejos de pensar en concederlo, y repito que la solicitud me ha molestado en todos sentidos.

— Esa molestia es muy justa, porque hay en la

sociedad muchos hombres que violando las leyes cometen un doble crimen, pues además de infringirlas, deshonran la clase á que ellos pertenecen.

— Sí, señor : por todas esas razones despedí al capellán sin dejarle esperanza alguna.

— Lo celebro, dijo el doctor Temis muy contento : y me atrevo á observar que semejantes importunaciones son un efecto muy natural del hábito que va contrayendo la sociedad de ver prodigar indultos y conmutaciones que en ninguna razón pueden apoyarse.

— Quizá es exacto eso, sin embargo de que la filantropía en que se funda el sistema de algunos ministros es una razón por lo menos muy respetable.

— En mi concepto, no : yo no respeto ningún sistema ciego, y lo que en virtud de él se hace me parece siempre vituperable, porque suele ser funesto todo sistema, aun cuando lo forme la misma filantropía. Sus actos serán algunas veces acertados, pero en todos casos no son más que resultado de una flaqueza vituperable, no porque el motivo del perdón ó la conmutación, si se trata de un sistema filantrópico, sea el temor ó el exceso de la sensibilidad ó de la humanidad mal entendida, sino porque el sistema en sí mismo es consecuencia de la flaqueza. El hombre sistemático no es más que un sabio perezoso que reduce las ciencias á un apunte de bolsillo, al que, si llega á ser gobernante, aplicará el pomposo nombre de programa, con cuya aplica-

ción ciega se excusará de meditar las circunstancias en cada caso que ocurra, creyendo haber pensado de una vez la conducta entera de su gobierno, y exponiéndose á verlo terminar por las exageraciones más chocantes, de que él mismo tendrá que avergonzarse y tal vez que arrepentirse. Digo todo esto para concluir indicando que, si alguno de esos criminales merece la muerte, no se le conmute la pena en una época en que la filantropía ha producido tantos delincuentes.

— Yo he meditado este punto, añadió el presidente, y estoy muy dispuesto á obrar de conformidad con esos principios.

— Además, señor, continuó el doctor Temis, debe observarse que hay ciertos puntos que no pueden reducirse á sistema, tales como el indulto y la conmutación; y basta para persuadirse de ello el considerar que estas facultades no son absolutamente del dominio del magistrado: son un depósito que simboliza la confianza de la sociedad en la discreción del que llama para que la gobierne. Con esas facultades no debe creerse se quisiera sancionar el absolutismo, y ni siquiera la clemencia; de modo que el gobernante que las cree suyas y abusa de ellas da derecho para que sus enemigos, particularmente cuando el gobierno, como entre nosotros, se ve siempre atacado por la maledicencia, digan que no comprende su encargo ó que tiende maliciosamente al despotismo. Advierto que no estoy por la pena

capital; pero basta que la ley la imponga para que el indulto y la conmutación sean, por decirlo así, un eclipse que sufre la justicia, sólo necesario cuando hay una consideración bastante grande para alcanzar á cubrirla.

— Esta es mi opinion actual, doctor Temis: usted lo sabe; y así es que puedo asegurarle que ni indultaré á ninguno, ni conmutaré pena capital en este caso sino por razones que no temo puedan ocurrir ahora.

— Algo más importa después de esto, dijo el doctor Temis: y es lograr la captura de esos criminales.

Al llegar aquí, ya el movimiento de la contradanza forzó á los dos interlocutores á levantarse para buscar otro asiento más cómodo donde pudiesen continuar su conversación.

Enrique deseaba mucho esa noche hablar con el doctor Temis según las instrucciones de Monterilla, pero aunque durante todo el baile estuvo espiando una ocasión oportuna, no le fué posible encontrarla, á pesar de su atrevimiento.

Por último al retirarse el doctor Temis, se le agregó como por casualidad y lo acompañó á su casa diciéndole por el camino haber visto donde Monterilla á don Adolfo; que éste realmente era criminal y deseaba una entrevista con el doctor Temis, para que se persuadiese igualmente de esa verdad y se evitase de algún modo á Emilio el sonrojo de que

se hiciese público tan lamentable suceso. El doctor Temis se limitó á decir á Enrique avisara á Monterilla que él estaba dispuesto á esa entrevista, y que por tanto le fijasen la hora y el lugar, que les dejaba elegir á su satisfacción.

Muy agradable fué para Enrique esta aquiescencia tan absoluta del doctor Temis, y no lo fué menos para Monterilla cuando al día siguiente se la comunicó.

Al momento convocó á Solimán y á la Daífa, y en junta extraordinaria acordaron reunirse esa noche, concurriendo todos bien armados y resueltos á citar al doctor Temis para las nueve, hora en que calculaban habría muerto don Adolfo.

Monterilla consideraba el éxito seguro, porque el doctor Temis no podría resistir á cuatro bien preparados, tanto menos cuanto que, ignorando los planes, concurriría solo ó á lo más con don Juan. Por otra parte, en la puerta de la calle debía colocarse Jorge, y si lo veía venir con otros, avisarles oportunamente para eludir la entrevista y no ser aprehendidos. Tenían pues por seguro que el doctor Temis ó quedaba muerto esa noche, ó salía vivo para ir á protegerlos.

El doctor Temis, entrando en su casa cuando lo dejó Enrique, hacía otra especie de consideraciones tan lleno de gozo que no podía tranquilizarse.

— Mis cálculos han salido exactos, decía, y mi acción va á empezar á ser abierta y decidida, porque

ya no hay dudas. ¡Estúpidos! Enrique me asegura haber visto por sus propios ojos al padre de Emilio en casa de Monterilla; y el Adolfo que yo persigo está donde doña Gonzaga... luego es indudable que hay dos, uno criminal y otro inocente, y que ambos van á ser descubiertos. Sí: esta entrevista va á ser feliz, todo va á aclararse. En el momento conveniente aseguraré al que está donde doña Gonzaga, lo tendré oculto, iré á ver al otro, y quedaré desengañado. Mas es preciso continuar la reserva hasta que obremos con seguridad; y como la entrevista nada tiene de peligroso, basta que vaya yo solo con un amigo, éste para coger á Monterilla y yo para sacar á don Adolfo.

XX

LA ENCUBRIDORA

A las mismas horas en que el doctor Temis salió del baile, llegó á casa del señor Osmán el posta enviado por Santiago.

Adelaida leyó muchas veces la carta que trajo el posta, y no pudiendo prescindir de considerarla como una noticia disfrazada de la muerte de su amante, creía también que la que se le enviaba á la Cisne contenía esa noticia con mayor claridad ; pero su discreción no le permitió leerla, y la guardó cuidadosamente para llevársela ella misma al convento el día siguiente.

El señor Osmán se afanó tanto con la novedad que se les comunicaba, que inmediatamente salió á ver un cirujano y arreglar lo necesario á fin de que al amanecer partiese éste, con las prevenciones del caso, á traer á Emilio si era posible, ó á emprender allá mismo la curación si la gravedad del mal lo requería. Con todo, la familia quedó en la más angustiosa consternación, temiendo que el cirujano llegara tal vez demasiado tarde.

Don Juan, á quien dieron aviso de todo como uno de los íntimos amigos de Emilio, quiso irse con el cirujano, pero el doctor Temis lo detuvo para que le ayudara en su empresa, manifestándole que al otro día marcharían juntos, cualquiera que fuese el resultado que ella tuviera; pues Enrique había venido muy temprano á avisarle que por la noche á las nueve tendría lugar precisamente la entrevista con don Adolfo en casa de Monterilla.

Como ya era tiempo de verificar la captura de Adolfo el falso, demorada hasta que fuese oportuna, según lo que se ha dicho, el doctor Temis se asoció con don Juan y algunos agentes de la policía bien prevenidos, y al anochecer se presentó en la casa de doña Gonzaga dejando en la puerta á los gendarmes.

Doña Gonzaga se hallaba sola llorando amargamente cuando entró el doctor Temis.

— Siento mucho que usted esté aún tan afligida, le dijo él, particularmente cuando mi visita no es una visita de consuelo.

— Ni yo podría gozar hoy consuelo alguno, contestó la señora, cuando mi hija me ha abandonado y yo voy á morir de pesadumbre.

— ¿Qué ha sucedido, pues, á la hija de usted?

— Hoy ha sido su monjío, señor; y me ha dejado sola en el estado más triste, sin tener siquiera á quien quejarme, pues desgraciadamente hoy mismo también se han llevado una joven que pagaba en

esta casa una pequeña pensión. Me he quedado enferma y pobre, sin hija, sin compañera, sin más que una criada que por bondad me acompaña todavía.

— Sin embargo, añadió el doctor Temis, no se aflija usted tanto, pues debe confiar en que no faltarán muchas personas que la auxilien en su enfermedad y la socorran en su pobreza. Además ése sería el destino de su hija, y usted debe conformarse habituándose á esta separación.

— ¡Imposible! Perder en tan poco tiempo un esposo y una hija, es demasiado para mí.

— Así es, dijo el doctor Temis que deseaba proceder á su objeto : pero hay una circunstancia que impide creer considere usted la primera de esas pérdidas como una gran desgracia, pues se sabe que usted tiene escondido en esta casa al asesino de su esposo.

— ¿En mi casa? ¿Es posible?... ¿Ese hombre es el asesino de mi marido?

— Precisamente.

— No, señor, dijo doña Gonzaga con vacilación. Yo no puedo creer semejante cosa : es imposible que el descarado llegue á tal extremo. Usted está equivocado, pues el asesino de mi marido no pudo serlo un sacerdote.

— ¿Un sacerdote? dijo el doctor Temis con curiosidad.

— Sí, señor : yo no he dado asilo sino á un sacer-

dote y no estoy dispuesta á denunciarlo ni temo que usted abuse de esta confianza que acabo de hacerle involuntariamente.

— La han engañado, señora, dijo el doctor Temis : la justicia no persigue actualmente á ningún sacerdote, ni lo ha perseguido hace mucho tiempo. Así es que me atrevo á ofrecer que, si en efecto el que está escondido es un sacerdote, será puesto en el acto en uso de su libertad bajo mi palabra.

— ¿Cómo no ha de perseguirlo la justicia, replicó doña Gonzaga, cuando sólo huyendo de ella ha podido pasar tan incómodos días en esta casa ?

— Ése no es sacerdote, sostuvo el doctor Temis con energía : repito á usted que es precisamente el asesino de don Mateo, á quien busca la justicia, y usted hace muy mal de sustraerlo á sus investigaciones.

— Yo no puedo creer eso, dijo doña Gonzaga.

— Es fácil desengañarnos, contestó él : permítame ver á ese hombre bajo la promesa que hago de conseguirle su libertad como he dicho, si es efectivamente lo que usted asegura.

— Confío en esa palabra, dijo doña Gonzaga. Entre usted á la pieza que está tras de la alacena, y allí lo encontrará ; yo no puedo acompañarlo, pero lo guiará la criada.

Doña Gonzaga llamó ; y el doctor Temis, haciendo entrar á los agentes de la policía, fué conducido por la criada al cuarto oculto, donde estaba Adolfo el

falso con sus vestidos eclesiásticos. Éste, lleno de temor, tuvo que salir de su escondrijo obedeciendo el mandato del doctor Temis, quien sin necesidad de averiguar de modo alguno la verdad que conocía muy bien, hizo amarrar al aprehendido y mandó que lo custodiasen en el mismo cuarto, previniéndoles á todos el secreto hasta que enviase la orden que tenía del juez para que lo llevaran á la cárcel.

El doctor Temis gozó en este momento el placer más vivo al ver realizadas sus esperanzas y disipadas sus dudas : ya estaba seguro de la exactitud de sus cálculos ; el padre de Emilio era inocente y los criminales iban á espiar sus delitos. Mas esta alegría cesó bien pronto y se tornó en angustia al recordar que Emilio, herido lejos de Bogotá, podía con su muerte inutilizar todos los esfuerzos que se habían empleado en su favor y bajar al sepulcro creyéndose víctima de un padre criminal, de un amigo traidor, y aun del vil Monterilla, cuyos planes y venganzas se habían realizado sobre él sin tener quien lo defendiese de la humillación y la deshonra. Además, ¡ cuánta pena debía probar el doctor Temis al imaginarse que don Adolfo tal vez no recobraría la libertad sino para recibir la penosa noticia de la muerte de su hijo !

El doctor Temis ignoraba que él mismo esa noche iba á presentarse incautamente en la entrevista, sólo con un compañero, entre cinco asesinos bien armados, y resueltos á salvarse haciéndolo morir ;

tampoco sabía que don Adolfo, condenado á muerte por sus verdugos, llevaba ya dos días sin alimentarse. La ignorancia de estos hechos le hacía juzgar segura la victoria, sin acordarse de que en la fortuna no es posible fiar, aun cuando sus favores estén al coronarse.

El doctor Temis volvió donde doña Gonzaga y la convenció de que el asesino de su esposo era el supuesto sacerdote, que ya estaba aprisionado para completa satisfacción de la justicia : le recomendó que guardase silencio sobre este asunto, haciéndole ver que la ocultación con que había favorecido á tal criminal era un delito que á ella le convenía no publicar ; é hizo poner en la puerta un gendarme con orden de impedir que alguno entrase ó saliese, para evitar así que supiera Monterilla antes de tiempo la captura de su protegido.

Esa tarde fué la familia del señor Osmán al convento de Santa Inés á visitar á la Cisne y entregarle su carta ; ya ésta había recibido también la de Veratrina y estaba sumamente alegre por el triunfo que había conseguido su virtud. Adelaida la rogó encarecidamente que dejase el convento y volviese otra vez á casa del señor Osmán, cuya familia la estimaba en extremo y sentía mucho su separación. La Cisne vió tanta sinceridad en estas súplicas que ofreció acceder luego que acordase sobre ello con el doctor Temis, sin cuyo consejo, la gratitud no le permitía resolverse á abandonar el asilo que él le había proporcionado.

XXI

CONCLUSIÓN

El doctor Temis envió ocultamente dos agentes de la policía para que se situasen en la esquina de la casa de Monterilla y mientras llegaba la hora de la entrevista observasen con disimulo lo que sucediera digno de notarse.

Esa tarde don Adolfo, instigado por el hambre y deseoso de no morir sin ver antes á su hijo, procuró hacer saber á Monterilla que ya estaba resuelto á calumniarse cuanto quisiesen, y no sólo empenó su palabra en garantía de la promesa, sino que con docilidad firmó un documento para que en todo caso obrase como prueba irrefragable de que él era el autor de los crímenes con cuya responsabilidad querían gravarlo. Monterilla no ignoraba cuánto valía esta prenda, y por tanto deseando evitar ese homicidio que le parecía muy peligroso, resolvió dar un giro más seguro á las cosas y una apariencia más eficaz para librarse siquiera del cargo de calumniador : dispuso, pues, diesen de comer á don Adolfo,

lo soltó de la cadena y lo llevó al cuarto donde, con Solimán, la Daifa y demás personas convocadas oportunamente, se instaló la junta en forma de visita para aguardar al doctor Temis.

Antes que éste llegase, se presentó muy afanada la mujer que se ha dicho habitaba frente á la casa de doña Gonzaga, y les refirió que el doctor Temis había entrado allí esa tarde con la policía, y salido después de un largo rato, dejando en la puerta un centinela, siendo en consecuencia indudable que ya estaba aprisionado Adolfo el falso. Entonces cayeron en cuenta de la inadvertencia con que habían obrado y fueron invadidos de una inquietud extraordinaria que no les permitía meditar, con la celeridad y acierto que el caso demandaba, el arbitrio que pudiera salvarlos. Viendo Monterilla, por una parte, que el único recurso que les quedaba era el de encerrar nuevamente á don Adolfo, para sostener que no podía concurrir por haber sido aprehendido en la casa de doña Gonzaga, y por otra, que este proceder era delicado, exigía datos seguros y preparaba consecuencias graves, llamó á Solimán para consultarle á solas esta medida y ejecutar sin tardanza lo que se acordase.

— Estamos perdidos, le decía Monterilla en voz baja y en el aposento de los ataúdes : el doctor Temis ha aprehendido ya, seguramente, á Adolfo el falso, y por consiguiente la calumnia proyectada y la inocencia del padre de Emilio quedan descubiertas.

— Eso no, replicó Solimán, pues él se ha declarado

ya delincuente de un modo bien auténtico, y á lo sumo el doctor Temis, en vez de un solo criminal, se encontrará con dos.

— Con todo, repuso Monterilla, mejor sería ocultar á don Adolfo nuevamente; para evitar todo riesgo.

— No, señor, sostuvo Solimán; porque no sabemos de un modo positivo que Adolfo el falso haya sido aprehendido; antes bien, no habiendo vuelto á salir de la casa la policía, es sin duda porque se ocupa de un registro minucioso, pero vano. Ocultar ahora al padre de Emilio sería obrar sobre un dato dudoso y exponernos á perder, por temores infundados, la utilidad segura de la entrevista.

— ¿Pero si efectivamente se ha hecho la aprehensión?... replicó Monterilla.

— No importa, dijo Solimán, pues ignoramos también si el doctor Temis conoce personalmente al padre de Emilio, y en ese caso lo más discreto es obrar suponiendo que sí, para que, apoyados en la verdad, no nos veamos en la precisión de comprometernos vacilando en momentos que exigen una grande entereza. Esté ó no descubierto nuestro compañero, conozca ó no el doctor Temis al verdadero Adolfo, siempre será cierto que éste va á resultar culpable, y nosotros nos salvaremos.

— Pero puede suceder que nos engañe y quiera sostener su inocencia, añadió Monterilla.

— Don Adolfo, dijo Solimán, no puede desmentir el documento... Además, sea de eso lo que fuere,

ya está resuelto que el doctor Temis saldrá de aquí á defender al Mordedor, ó le tocará espiar la muerte de Oropimente, muriendo á nuestras manos, que es lo que más deseo, si vemos en él un nuevo testigo de nuestros secretos.

— ¿Y si viene acompañado?...

— Entonces todos nos ocultaremos, á no ser que el número de los que puedan defenderlo no nos parezca temible.

— Bien, dijo Monterilla ; pero una vez que la incertidumbre de los datos es la que nos impide resolver, aconseja la prudencia esconder á don Adolfo, aunque sea en este aposento, mientras del mismo doctor Temis tomamos siquiera una presunción mejor fundada. Jorge custodiará aquí á don Adolfo, encargándose de matarlo si éste intenta hablar ó al oír una señal que yo daré en el momento de persuadirme que todo ha sido descubierto, en cuyo acto usted también matará al doctor Temis, pues en semejante caso será inevitable hacerlo.

— Tanto mejor, dijo Solimán gozoso ; ese plan es el que quiero que se verifique, porque tengo sed de venganza y sería para mí muy glorioso saciarme en un enemigo tan funesto.

En consecuencia saliendo ambos del aposento, Solimán ocupó el lugar más conveniente para evitar que el doctor Temis pudiera defenderse y ni siquiera notar el ataque. Estaba de veras impaciente por llevar al cabo su atentado, se agitaba en el asiento,

ansiendo la hora de ejecutarlo, y temía no poder esperar la señal convenida sin lanzarse sobre esa víctima que debía venir por sí misma al sacrificio para satisfacer los manes de Oropimente.

Entre tanto Monterilla, como presidente, se dirigió á don Adolfo, diciéndole :

— Se teme con fundamento que el doctor Temis ha descubierto ya á Adolfo el falso, en cuyo caso es preciso variar el curso de las cosas.

— No : más bien yo sostendré que soy criminal como he ofrecido, dijo don Adolfo helado de pavor al oír semejante indicación y persuadido de que iban á asesinarlo allí mismo y no volvería á ver á su hijo.

— Sí, pero es preciso, añadió Monterilla, que usted se oculte de nuevo, y si fuere conveniente, saldrá á sostener ante el doctor Temis que usted ha delinquido, sea ó no inocente el otro.

Don Adolfo condescendió inmediatamente y empuñó su palabra para seguridad de que obraría de acuerdo con lo que exigían.

En ese momento Jorge, que estaba con otro criado espionando en la puerta de la calle, vió venir dos embozados, que juzgó como seguro fuesen el doctor Temis y don Juan : y entrando á carrera los anunció á la junta, la que vió ya con esto decidido y logrado el triunfo de sus planes, pues ó se descubría la inocencia de don Adolfo, y entonces éste, el doctor Temis y don Juan morirían á manos de un número

de asesinos más que suficiente, ó don Adolfo quedaba calumniado y la defensa del Mordedor asegurada.

Monterilla mandó, pues, á Jorge que se ocultase en el aposento con don Adolfo, y le dió la orden de que lo matase al oír cierta señal, ó antes, si éste intentaba hablar. Solimán sentía latir el corazón con tal violencia que, moviéndose en el asiento, apretaba el mango del puñal y deseaba, para consumar más pronto su atentado, salir al encuentro de los dos que llegaban. Don Adolfo por el contrario, temblaba de temor, y sus ojos se humedecieron al contemplar que ya llegaba el instante terrible no de beber un veneno fatal, sino una infamia espantosa. Monterilla, lleno de confianza, tomó un aire muy grave y pareció impasible é indiferente, mientras la Daifa, su compañera, la vecina de doña Gonzaga y varios otros cómplices subalternos se disponían á ayudar á Solimán.

Los embozados llegaron á la puerta de la calle y preguntaron al otro criado si aquélla era la casa de Monterilla; fueron introducidos hasta la pieza en que estaba reunida aquella gente, quedándose el criado con su respectiva arma hacia la puerta, según las instrucciones de su amo.

— ¿Quién es el señor Adolfo Castelví, preguntó con voz firme el doctor Temis desde el fondo de la pieza, mirando á todos los circunstantes con ceño amenazador.

— Aun no ha venido, dijo Monterilla poniéndose de pie; pero aquí está este documento que usted puede leer para convencerse de los delitos de ese hombre.

El doctor Temis se acercó á la mesa, recibió con desprecio el papel, y, al acabar de leerlo, lo aplicó á la luz, que levantando una llama lo redujo á ceniza.

Monterilla, furioso con esta acción que revelaba estar todo descubierto, dió la señal convenida, y Solimán, levantándose con el puñal en la mano, ocultando la hoja tras el brazo, dió, con mirada torva, un paso adelante, lo mismo que el resto de sus compañeros; mas se detuvieron, porque en el instante que Monterilla dió la seña, sonó también en el aposento de los ataúdes el ruido de un cuerpo que caía, y abriéndose la puerta se presentó ante el doctor Témis, bamboleante y trémulo el padre de Emilio.

— He aquí, gritó con voz convulsa, al verdadero Adolfo Castelvi, cuyo nombre se ha escrito por mi mano al pie de la calumnia esperando lo borre la justicia.

— ¡Ya está borrado por mí! exclamó el doctor Temis desembozándose y abriendo los brazos. En nombre de su hijo virtuoso, continuó, vengo á salvar á usted y darle el nombre de amigo.

Entre tanto Jorge salía cubierto de polvo del aposento, donde, no atreviéndose á herir á don Adolfo,

cayó en la lucha enredado en uno de los ataúdes, y Solimán, lleno de rabia, y con la misma prontitud con que el doctor Temis y don Adolfo se habían abrazado, partió de su puesto acompañado de la Daifa para lanzarse sobre sus víctimas.

Al tiempo que don Adolfo entre los brazos del doctor Temis exclamaba que lo salvase y lo llevara donde su hijo, Solimán alzando el brazo, gritó :

— ¡No lo llevará, y ambos morirán á nuestras manos !

— ¡Silencio, miserable ! gritó el compañero del doctor Temis desembozándose y corriendo sobre el asesino. ¡Deténte y tiembla del rigor de la justicia !

Todos quedaron atónitos y confundidos ; Monterilla se levantó de su asiento, y Solimán y la Daifa dejaron caer las armas y retrocedieron llenos de confusión... Fué el presidente del Estado el que se dejó ver allí, y dando una voz, mandó entrar á los gendarmes, que, según orden previa, ya estaban en la puerta de la calle.

Monterilla y sus cómplices fueron aprehendidos, mientras el doctor Temis, dando su capa á don Adolfo, lo llevó á la casa del señor Osmán, y allí lo dejó por irse inmediatamente á casa de doña Gonzaga para hacer aprisionar definitivamente al falso Adolfo y participar el triunfo á don Juan que era quien se había quedado custodiando á éste en la casa.

Al día siguiente, habiendo ya variado las cir-

cunstancias, el doctor Temis sacó á la Cisne del convento, la llevó á casa del señor Osmán y con toda la familia, don Adolfo y don Juan partió para donde Emilio.

Éste se había mejorado y Santiago lo acompañaba cuando se presentó el doctor Temis en la choza y corrió hacia Emilio para pedirle perdón de sus aparentes perfidias y anunciarle á su padre inocente y á su amada constante. Emilio, al oír la relación que le hacía don Adolfo en medio del doctor Temis y Adelaida, creía soñar los últimos raptos de felicidad que la virtud ofrece al moribundo; mas los abrazos de su padre y sus amigos y la sonrisa halagüeña de Adelaida lo convencieron de la realidad de su dicha.

Mientras Emilio acabó de reponerse, pasaron todos en el campo días muy agradables, particularmente para Santiago que, debiendo residir en su hacienda, segozaba en extremo de ver á la Cisne tan decidida por la vida apacible de las aldeas.

Cuando volvieron á la ciudad, supo el doctor Temis que Monterilla y Solimán se habían fugado, porque fácilmente sobornaron á los gendarmes antes de llegar á la cárcel. Después asesinaron á Jorge como culpable por su cobardía del mal éxito de los planes; pero el doctor Temis continuó activo en la persecución, hasta que por fin más tarde, pero también más caro pagaron todos juntos sus antiguos y nuevos delitos, á pesar de los esfuerzos que hizo Enrique

para salvarlos, excitado por la envidia que le inspiraba la felicidad de Emilio y Adelaida, Santiago y la Cisne, de los que procuraba vengarse con la maledicencia ; mas ellos lo compadecían, en tanto que por otra parte colmaban de bendiciones al doctor Temis por la rectitud y energía con que, persiguiendo el crimen, salvó la inocencia é hizo triunfar la justicia.

FIN

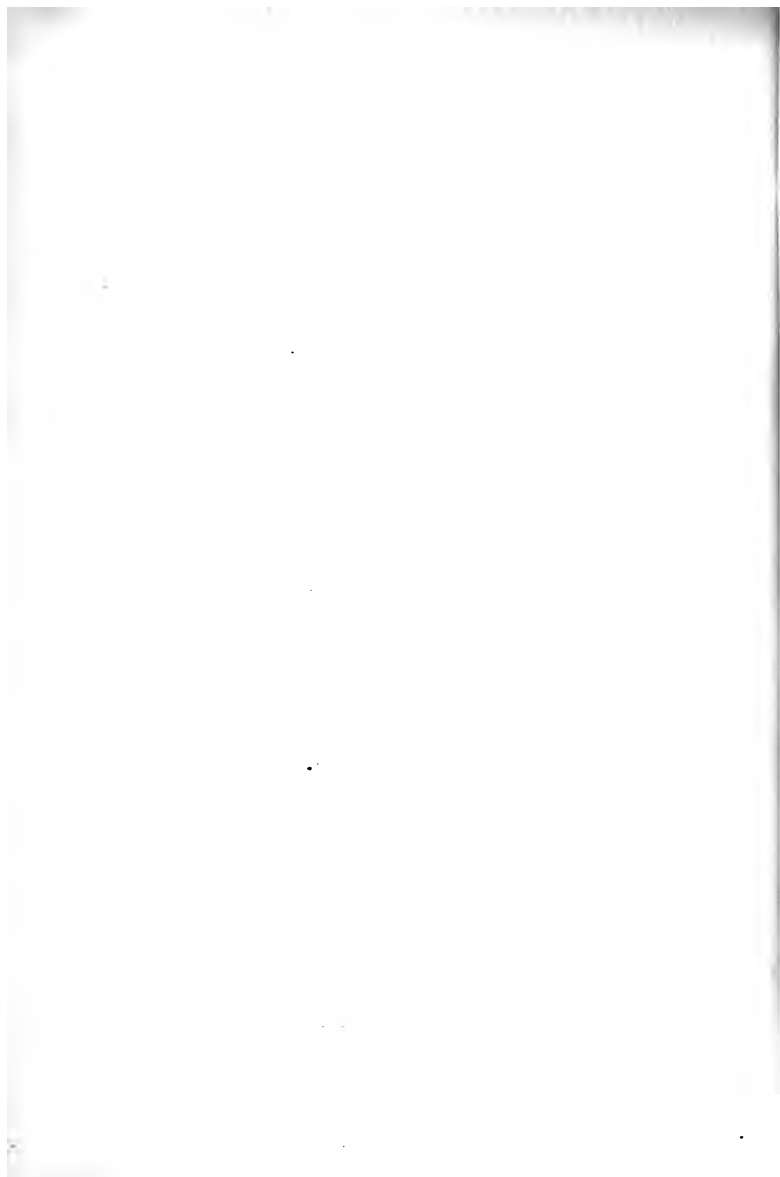
ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

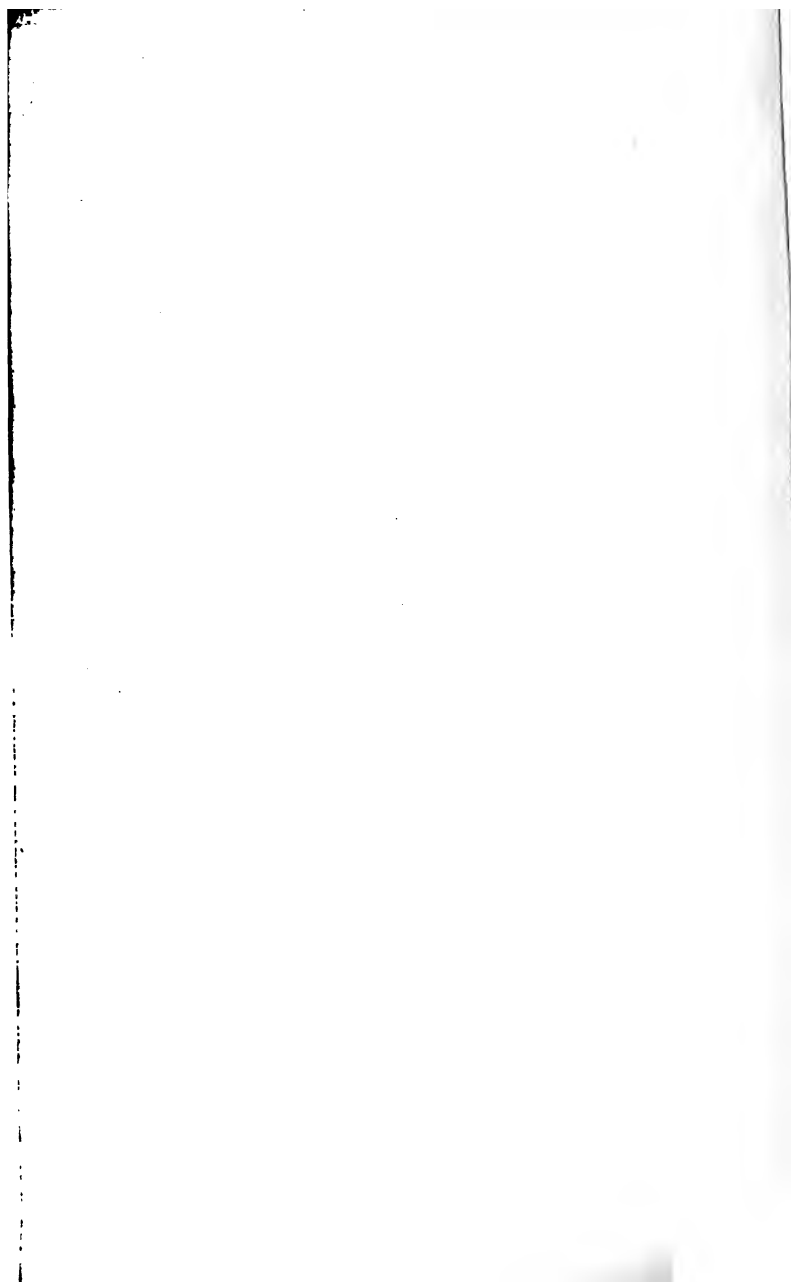
PARTE PRIMERA (*Continuación*)

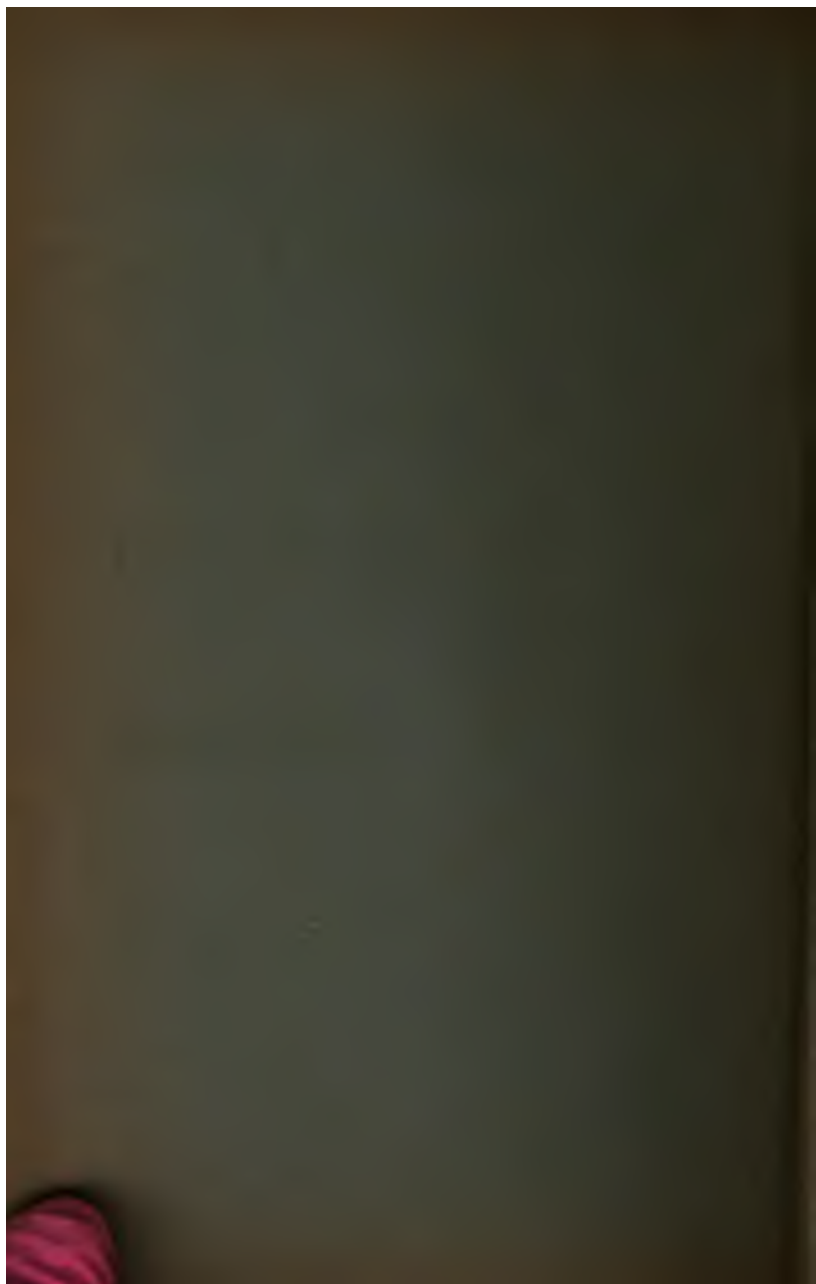
XXIII. — La Junta	1
XXIV. — Las Fiestas	17
XXV. — El Concierto.	39

PARTE SEGUNDA

I. — El Hijo.	49
II. — La Caverna	62
III. — Los Amigos.	75
IV. — Los Comunistas.	87
V. — La Falsificación.	103
VI. — El Abandono	115
VII. — El Mensajero.	128
VIII. — Veratrina	143
IX. — El Delator.	159
X. — La Madrugada.	172
XI. — Las Declaraciones.	185
XII. — El Clérigo	195
XIII. — El Registro	205
XIV. — El Consejo.	219
XV. — El Preso.	232
XVI. — El Puente de Icononzo.	247
XVII. — La Noche	259
XVIII. — La Insistencia.	268
XIX. — El Baile.	278
XX. — La Encubridora.	287
XXI. — Conclusión.	293







This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.